

RECUÉRDAME QUIÉN SOY

GISELA MOON



Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Gisela Moon

Diseño de edición: Letrame Editorial.

ISBN: 978-84-18129-78-0

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

DEDICATORIA

.....
A los tres hombres de mi vida:

Mi padre, fuente inquebrantable de buenos valores: perseverancia, humildad, bondad, cariño, amor por su familia, inteligencia, generosidad. Allá donde estés una parte de mí estará a tu lado en todo momento. Intentaré que mi vida sea doblemente plena: por ti y por mí, siempre.

Mi marido, el que ha hecho que mi corazón vuelva a latir. Siete años ya a tu lado y has superado con creces el más *ñoño* relato de amor. Esta historia no habría sido posible sin ti. Tu esencia está presente en cada página; esta novela es tan tuya como mía.

Nuestro hijo, que con sus tres años cargados de energía ha sido el motivo de la creación del tierno y hermoso Zio. Nos has enseñado cómo superar grandes retos sin importarnos el esfuerzo. Das aún más sentido a nuestras vidas y, aunque a veces nos agotas con tanta vitalidad, la vida sería menos divertida sin tu presencia. Gracias por regalarnos tanta luz.

Y no puedo olvidar a mi madre, la que con su fortaleza y su amor incondicional me ha dado todo y más. Es el más puro ejemplo de cordón umbilical que nunca se rompe. Entre nosotras no hay kilómetros, y aunque a veces tengamos nuestras rabietas, tengo la certeza de que no he podido tener una madre mejor que tú.

INTRODUCCIÓN

.....
«Te crees importante y no vales nada.

Adónde crees que vas con esas pintas, pareces una *fulana*.

Llego a casa a la hora que me da la gana, tú no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer.

Estás cada vez más gorda, no sé cómo no te da vergüenza ir con esa ropa tan ajustada.

Quieres llegar lejos pero lo tienes complicado: eres una mujer en un mundo de hombres.

No eres especial; no sabes nada de la vida;

no...».

HAGO ¡ZAS! Y...

1

.....
Hacía mucho tiempo que no me encontraba tan a gusto como en este preciso instante. Lo único que inunda ahora mismo este lugar es la brisa que genera el movimiento de las hojas de los centenares de árboles que me rodean, el sonido de los pájaros y demás animales de la zona, el correr del agua a través del río, y *poquito* más.

Cierro los ojos, inhalo y exhalo tal cual me enseñó la última *youtuber* «terapeuta» que encontré una de esas miles de noches en las que me era imposible dormir, y uno de los motivos de los que haya decidido ir a parar donde ahora mismo me encuentro. Soy una adicta a todo lo que inunda YouTube, no puedo evitarlo, es uno de esos hobbies prohibidos que uno mantiene en secreto, mis amigas se reirían de mí hasta hartarse si lo supieran.

Os voy a contar ahora dónde estoy ya que el «porqué» me requerirá mucho más esfuerzo, pero prometo desvelarlo, en cuanto me sienta preparada, no es fácil despertar fantasmas que deberían estar dormidos y encerrados a cal y canto. Llevo tan solo cinco días instalada en este pequeño *pueblecito* alejado de todo, zona rodeada de montaña, de ríos en los que jamás me bañaré, y de partes internas del bosque que jamás me atreveré a visitar. Mi mente cosmopolita aún tiene un largo camino hasta mi *ruralización*.

Ayer metí los pies en el río que está junto a mi casa. Un lugareño de la zona se me acercó tras salir del agua como si nada y me dijo: «hoy el agua está buenísima para darse un *chapuzón*». Pensé sinceramente que me tomaba el pelo porque mis pies estuvieron a un *trís* de gangrenarse por congelación (vale, mi parte andaluza paterna me hace exagerar soberanamente).

Cierro los ojos de nuevo, y me repito a mí misma con contundencia: «Xiomara, intenta dejar la mente en blanco para disfrutar de este entorno como se merece» (nunca he conseguido dejar la mente en blanco del todo; admiro enormemente a aquellos que pueden hacerlo). Vuelvo a inhalar, exhalo y... ¡ZAS!

Abro los ojos y no puedo creer lo que veo: mi pastor alemán de pelo largo se acaba de tirar al más puro estilo *bomba* en medio del río. Me levanto y echo a correr para echarle una mano, pero no sé ni cómo ayudarle a salir.

He de decir que para ser mi perro y seguir la famosa tradición de perro es igual a dueño desde luego que no tenemos nada que ver: él es la calma permanente (excepto cuando hay río, piscina, playa o charco a menos de treinta metros a la redonda), yo soy la *culo inquieto*; él tiene esa mirada de sabiduría que muestra una inteligencia superior a la mía. Y muchos adjetivos más que nos diferencian pero que nos hacen formar esta gran pequeña familia de dos. Sin duda hacemos un gran equipo.

Al menos hay algo que nos une y nos caracteriza: ambos somos patosos a más no poder. Tanto sus *patazas* enormes como mis *manitas* están ambas hechas de mantequilla. Para qué negarlo, mejor confesarlo a que lo descubráis por *vosotr@s mism@s* en las próximas páginas; sería mucho más humillante para mí.

Empiezo a ponerme realmente nerviosa porque para mi querido Lor, así es como se llama mi compañero de vida, salir del agua se le está convirtiendo en una tarea más que complicada. Os comenté ya que era torpe ¿no? Pues imagináros el *percal*.

Cuando ya estoy a punto de llamar al 112, veo como aparece un chico en bici por el camino que va hacia mi casa.

—¡Eyyyy! ¡¡¡Hooooo!!! ¿Podrías ayudarme? ¡Hoooooaaaa! —Dios espero que me oiga porque si tengo que esperar a que aparezca alguien más podrían pasar mil horas—. ¡Ayuda por favor, mi perro no consigue salir del río! —Parece que con mis alaridos he conseguido captar su atención y ya me ha visto. Se baja de la bici y viene corriendo hacia nosotros. Según ve a *Lorete*, ya bastante cansado con la lengua fuera intentando salir, se mete en el agua sin siquiera quitarse la camiseta. Una vez dentro, dándole un empujón al enorme *culazo* de mi pastor alemán, consigue sacarlo del agua.

No me puedo creer cómo todo ha pasado tan rápido. Me acerco corriendo a abrazar a mi perro empapado hasta la médula y por primera vez no siento la frialdad del agua: poco me importa su temperatura después de este susto.

Por un instante me he olvidado del chico que ya ha salido del agua y que nos está mirando de forma medio divertida mientras observa nuestra escena amorosa de *abrazaco* interminable.

—Muchísimas gracias por sacarle del agua. Soy nueva por la zona y no tenía a quién avisar, y temía que si entraba yo a sacarle ya seríamos dos a los que rescatar porque el modo acuático no va mucho conmigo... —Me mira aún con esa cara entre divertida y desconfiada que no consigo descifrar, y noto cómo esta situación me está pareciendo demasiado embarazosa, y además con alguien que no conozco de nada.

—Tranquila, no te preocupes, aunque para la próxima deberías vigilar algo más a tu perro. No sé si has visto que se ha vuelto a meter en el agua. —¿Pero qué demonios...? Desde luego hoy no es mi día.

Me giro para ver a mi amigo perruno, al que pienso matar esta misma noche, y tan tranquilo, sale del agua por uno de los laterales subiéndose a una piedra a medio camino entre el río y la superficie, y se acerca corriendo a nosotros más feliz que una perdiz.

—Veo que esta táctica de ligue parece muy efectiva, me la apunto.

—¿Perdona? Oye oye, te aseguro que hace un rato mi perro era incapaz de salir del agua, ni táctica ni leches.

—Tranquila, preciosa, me pasa a menudo. Soy un imán para *urbanitas* como tú. —Noto cómo empiezo a ponerme roja cargada de vergüenza y de rabia a partes iguales...

—*Esto...* gracias, y ya nos veremos. —Llamo a Lor y nos vamos *pitando* de allí.

—¡Nos vemos, preciosa! —me dice partiéndose de risa.

¿Pero, qué acaba de pasar?

Regreso a casa con una sensación extraña: ese chico que claramente me ha vacilado me resulta curiosamente conocido. Esa forma de reírse al despedirse de mí me llama poderosamente la atención. A ver, tengo que admitir que el chico no está nada mal, pero a mí esos aires de *qué guapo soy y qué tipo tengo...*

¡Que le den!

A GATA MEIGA

2

.....

Cuando me ofrecieron venirme a esta casa hace medio año pensé que era la idea más disparatada de la historia y la rechacé rotundamente. Mi abuela Marina, con la que siempre he tenido una conexión especial y la que supo ver desde el principio que mi relación con Albert solo traería desgracias (ojalá yo también lo hubiera visto), fue la que me dio la idea de escapar de todo cuando terminó el interminable proceso en el que me vi envuelta durante nuestro divorcio. No me vi con fuerzas ni para moverme de mi *pisito* en pleno centro de Madrid. Era mi piso de soltera anterior a mi historia con Albert, lugar que consideraba mi único refugio y el que me hacía volver a ese pasado que jamás debió haberse truncado como lo hizo.

Esta casita en la que me encuentro fue en la que se crió mi abuela durante toda su infancia. Siempre ha compartido conmigo sus miles de *vivécdotas* allí (así las llamaba ella, que decía que eran mucho más que historias, mucho más que anécdotas, de ahí este divertido apelativo).

Ella adoraba este lugar, y hace tan solo un mes, minutos antes de fallecer, me hizo prometer que me mudaría aquí durante noventa días, ni uno más ni uno menos, y que aquí encontraría mi yo interior que, según ella, está atrapado desde hace años. Me dijo que aquí, y solo aquí, sería el único lugar donde podría encontrarlo, encontrarme a mí misma. Palabras textuales de mi abuela:

«debes resurgir desde la misma raíz, y florecer de nuevo eliminando la enredadera cargada de espinas que te consume y que no te deja ver, ni mucho menos vivir».

Ni hace un mes la entendí, ni a día de hoy la comprendo mientras observo estas cuatro paredes llenas de humedad y de maderas viejas que crujen y crepitan a su antojo.

Mi abuela Marina era gallega de nacimiento y de corazón. Con tan solo doce años tuvo que abandonar la casa de su Pontevedra montañosa profunda para irse al pleno centro de Madrid a trabajar en la casa de una familia adinerada, instalándose con ellos mismos en su casa.

Allí creció hasta que siendo una mujercita de diecisiete años conoció a mi abuelo, trabajador incansable en una fábrica de cerveza llamada El Águila (una de las primeras cervezas del país. Por el año 1900 apenas se consumía esta bebida, décadas después sería consumida de manera habitual. Esta cerveza pasaría a llamarse Amstel, seguro que os resulta conocida). Esta fábrica se emplazaba en pleno centro de Madrid.

Tras casarse mis abuelos decidieron montar un bar que ha perdurado en el tiempo, siendo heredado de generación en generación hasta el día de hoy, bar donde hasta yo he trabajado y donde conocí al que fue mi marido hasta hace bien poco. ¿Sabéis cómo se llamaba ese bar? Pues al más puro estilo de mi abuela, que con ese carácter fuerte, cuya viveza y determinación autosuficiente y a veces con un temperamento de armas tomar, la hacía una mujer adelantada a su tiempo. Así fue como quiso denominar, con permiso de mi enamorado abuelo, que la adoró hasta hace unos veinte años donde debido a un cáncer de pulmón que se lo llevó en menos de cinco meses, llamó a nuestro bar que ya hoy es una importante *tapería* frente a la estación de Atocha, *A Gata Meiga*.

Mi abuela era conocida por su adoración a estos felinos, y siempre afirmaba que ella misma había sido un gato egipcio en su vida anterior, y que aún conservaba de este felino su carácter independiente e impredecible que la caracterizaba y, que, entre media sonrisa siempre me decía:

«Xiomara, mantén tu indómito encanto a la vista de todos, pero que tus uñas siempre estén alerta para defenderte de los depredadores con disfraz de *cachorrito* indefenso».

Las *meigas* en Galicia son ya archiconocidas en su folklore mitológico: bruja que hace el bien y que es capaz de deshacer los conjuros malignos... Jamás he creído en estas historias pero había algo en la forma de mirar de mi abuela que siempre me hacía sentir como si fuera capaz de leer en mi interior; un sexto sentido que usaba a menudo capaz de desenmascarar a cualquiera que quisiera engañarla. A veces mi abuela hablaba de mí como si me conociera más que yo a mí misma, y siempre le decía: «Abuela, deja de leerme, me pones nerviosa y me siento violada en mi intimidad. ¡Dios!, me traspasas y alcanzas sitios de mi subconsciente adonde ni yo he conseguido llegar».

Ella sonreía enigmáticamente y, revolviéndome el pelo de forma juguetona, me guiñaba el ojo y seguía con sus miles de quehaceres en el bar *A Gata Meiga*, el que fue para ella más que un hogar donde entregó toda su vida hasta los setenta y cinco años, cuando al fin entre mi madre y yo conseguimos que dejara los fogones y disfrutara al fin de unas merecidas vacaciones indefinidas. Aunque bien es cierto que se mantuvo capitana de su barco hasta los ochenta y nueve años. De vez en cuando venía a ver que todo estuviera en orden, y pobre de nosotras si así no fuera.

Y DE REPENTE AQUÍ

3

.....

Me despierto de nuevo con la misma pesadilla, la que una y otra vez consigue volver a mí. Los sueños pueden mostrarte tus mayores anhelos, pero también pueden transportarte a tus peores vivencias haciéndolas parecer tan reales que mi sensación al despertarme es de verdadera angustia. No quiero volver a recordar todo aquello que tanto me cambió y que me convirtió en una persona que jamás pensaría que pudiera llegar a ser: débil y vencida ante las circunstancias.

Me visto rápido a sabiendas de que aún es de noche, me pongo mis deportivas y Lor me mira medio dormido con esa cara de «¿en serio? ¿ahora? ¿tan temprano?». Me pongo el mp3 a todo volumen y abro la puerta principal. ¡Jesús! qué frío hace por estas tierras a estas horas, parece mentira que dentro de un rato el termómetro suba unos quince grados más.

—¡Vamos, Lor! —Le dejaría aquí durmiendo pero sé que en el fondo me lo agradecerá, le encanta salir a correr conmigo.

Cualquiera que me vea a estas horas por estas zonas llenas de árboles y de caminos terrosos, abandonados y estrechos pensaría que estoy loca de remate.

Cuando llegué aquí hace seis días tuve un primer flechazo con la zona tan solo bajando las ventanas de mi coche dejándome transportar por el olor y el sonido tan particulares de esta zona. Me consta que este lugar es especial, no solo porque está alejado de todo. Su flora es tan verde que parece pintada por un impresionista, los marrones son intensos y muestran unos troncos anchos llenos de fortaleza y vida ya adulta. Si estos árboles hablaran cuántas cosas nos enseñarían, probablemente nos darían lecciones de vida tan solo conversando con ellos.

Cuando llegué a este pueblo era de noche, y como solo había estado en esta casa veraneando con cinco años, no recordaba dónde estaba exactamente. Lo que hice fue traer del bar unas cuantas fotos que tenía del exterior de la casa y del camino, y tras varios minutos buscando en callejuelas estrechas donde apenas cogía un solo coche, *calellas* sin cimentar y con apenas algo más que resquicios de gravilla, al fin encontré la verja principal.

Mi abuela me dijo que sería Isabel, su vecina de al lado, la que me daría el juego de llaves de la casa. Yo no conseguía acordarme de esta mujer, pero sí recuerdo que tenía una Barbie de pequeña la cual mi madre siempre me contaba que había sido un regalo suyo de cuando habíamos veraneado allí. Sabía que esa Barbie era regalo de «tía Isa», pero sin pretenderlo, hablaba de ella sin recordarla. Tan solo era consciente de que ella era el motivo de mi felicidad con esa muñeca que tantas horas de diversión me trajo.

En esta callejuela solo veo otra casa un poco más adelante, así que dejo el coche y, con linterna del móvil en mano, me dirijo a la misma. Toco a la puerta, y tras unos segundos de silencio, escucho la madera sonar. A continuación, unos pasos se aproximan.

Para que os hagáis una idea de la casa, está rodeada de tullas, es de piedra grande antigua y encaja perfectamente con el paisaje que la rodea. Presenta una galería de madera llena de flores que le da un aspecto familiar y cálido.

Abre la puerta y me encuentro a una señora de unos setenta años, ojos claros y pelo tornándose en blanco pero aún casi rubio con una pequeña melena por debajo de la oreja. Se ve que esta mujer, aún guapa, fue una belleza años atrás. Me mira primeramente con extrañeza y recelo pero,

de repente, me sonrío con tal ternura y cariño al reconocermé que sé desde ese momento que esa señora desconocida y yo vamos a ser grandes amigas y confidentes; a veces aparece cierta conexión especial entre las personas ya desde el primer instante. Este es un claro ejemplo.

Me da un abrazo tan grande que hasta me coloca aquellas vértebras que pudieran estar fuera de sitio. No sé de dónde saca tanta fuerza, no le echo más de sesenta kilos y aun así... casi me parte en dos.

—*Dios mío*, Xiomara, no me puedo creer que seas tú, ¿realmente estás aquí?, ¿o estoy soñando? Pellízcame por favor te lo pido, pequeña. —Tener treinta y cuatro años y que te llamen pequeña... adoro aún más a esta mujer.

—*Esto...* hola, Isabel, me alegra saber que aún me recuerdas —le digo tímidamente y empiezo a sentir el cansancio del viaje en todos mis músculos. Hacía años que no conducía tantas horas seguidas.

Esa noche Isabel se mostró muy amable, me hizo pasar y tomarme un café que me dio la vida. No quise entretenerla mucho ya que le comenté que estaría un par de meses por allí y que tendríamos mucho tiempo para hablar. Tengo que reconocer que la intriga por entrar en casa de mi abuela Marina era mayor que todo lo demás.

Ya con las llaves en mi poder, me acerco al coche y saco a Lor de la parte de atrás. Aunque le he dejado varias ventanas semiabiertas me siento fatal por dejarlo esos quince minutos mientras estuve con Isabel y me apresuro a abrirle la puerta para presentarle su nuevo hogar.

Abro la verja y Lor entra en la finca donde ya al momento le pierdo la pista. Sé que en este lugar será más feliz que yo. Tan acostumbrado a la ciudad, esto para él es una merecida recompensa.

Cojo en el coche un par de bolsas de viaje y me aproximo a la puerta principal. Lo veo dando *saltitos* de cachorro todo feliz moviendo la cola. Conociéndole como le conozco veo que este sitio le encaja como anillo al dedo.

Antes de llegar a la puerta principal veo un hórreo a mi derecha, tiene forma rectangular y unas puertas pequeñas de madera en sus extremos. Cuenta con varios matojos a su alrededor por el devenir de los años, pero se ve aún majestuoso y elegante. Me encantará verlo mañana a plena luz del día.

A su derecha, enfoco con el móvil y veo algo que, aunque me pone los pelos de punta, me deja fascinada: hay una tela de araña frente a mí de un tamaño enorme, unos dos metros de ancho, y en el centro una araña que... *ufffff*, da *repelús* por mi falta de costumbre. Guapa desde luego no es, pero valoro tanto este *trabajazo* tan bonito que ha realizado que la respeto en su quehacer y dejo todo tal cual está. Esta tela de araña va desde una parte del hórreo hasta el pasamanos de la escalera de piedra que da acceso a la puerta principal.

Subo unos diez peldaños y al fin estoy ya en la entrada. La puerta es tremendamente grande y tiene un color marrón oscuro que llama la atención por su tonalidad intensa sin apenas desgaste. Abro la puerta, que por cierto pesa la suyo y... ¡al fin en casa!

Lo primero que Isabel me dijo que debía hacer era buscar en el salón el cuadro eléctrico, y subir los plomos. Días antes llamé a la eléctrica para que activaran todo y así volver a tener el suministro en marcha.

El salón está en la primera puerta a la derecha. Encuentro el cuadro y subo el general. Al instante varias luces inundan la estancia. Veo muchos muebles tapados con sábanas y voy visitando cada habitación de la casa. La cocina es más grande de lo que pensaba, tiene una mesa preparada para unos diez comensales. Arriba hay tres habitaciones y un baño. Decido acomodarme en la habitación más grande. Está al fondo del todo de la planta superior: me he

enamorado de sus grandes ventanales y desde su gran balcón podré leer y observar las estrellas y la montaña, que ahora solo está levemente iluminada por una luna llena enorme que me ha acompañado gran parte del viaje.

Saco mis sábanas y preparo lo mínimo, ya habrá tiempo de recolocar todo. Salgo al balcón y veo a Lor sentado mirando hacia a un punto fijo en la lejanía. No veo el río pero su sonido es palpable y muy relajante. ¿En qué estará pensando Lor mientras mira al infinito? Es tanta la sabiduría que puede detectarse en él... me quedo un rato observándole con orgullo y, tras unos minutos, decido bajar a llamarle para que venga a dormir arriba conmigo.

—¡Lor! ¡Vete más despacio! Hace unos minutos estabas medio dormido y ahora no consigo alcanzarte, granuja. —Supuestamente tenemos la misma edad siguiendo el cálculo de su edad por siete. Pues el señorito me está dando una lección de aguante y resistencia que ya la quisiera yo *pa'* mí. Llevamos cuatro kilómetros y hacia la mitad de mis nueve kilómetros diarios empiezo a decaer y decido insuflarme de la energía necesaria a golpe de Pablo López y su vibrante *El Patio*.

Si bien es cierto que no es la canción más idónea para correr, en mi caso consigue recargarme y llevarme dentro de su historia. Su forma de entregarse al piano mezclado con su voz y esa letra que me hipnotiza hace que me olvide de mis piernas ya algo cansadas, y cuando me doy cuenta, ya la he escuchado unas cinco veces seguidas cuando mi reloj me confirma que ya he terminado mi rutina diaria.

Al regresar a casa veo una nota en lo alto de la escalera, frente a la puerta:

«Xiomara, cariño, soy Isa, cuando tengas un rato acércate a casa. Quiero proponerte algo pero me gustaría que lo hablemos en persona. Ven a tomar un café cuando te apetezca».

Llevo cinco días aquí y ya he estado en su casa un par de veces tomando el café más rico de la zona, conversando sobre mil y una *vivécdotas* sobre mi abuela y sobre ella, también sobre nuestras respectivas familias. Hasta el momento no me ha comentado ni hablado de nada ajeno a ello.

Decido ducharme, desayunar, y me hago una cola rápida (mi pelo castaño entre rizado y liso se encrespa con facilidad, y la mitad del tiempo es indomable, pero me encanta tenerlo largo y pocas veces me atrevo a cortarlo). No quiero demorarme mucho para poder acercarme a su casa lo antes posible.

Quizás sea por la paz excesiva del lugar que hace que en ciertos momentos me sienta aburrida en exceso, pero tengo intriga en saber qué me va a proponer y, no sé por qué, pero intuyo que será algo «interesante».

NICOLÁS

4

.....
Decido dejar a Lor jugando dentro de la finca y me dirijo hacia casa de Isa.

Al llegar a su puerta escucho unos golpes recurrentes que provienen del exterior, y observo a unos metros a un hombre de espaldas que está cortando leña en la finca. No lleva camiseta y, con brazos fuertes y bien formados golpea sin tregua una y otra vez unos troncos del tamaño de un camión.

Me fijo en un tatuaje grande que lleva en la parte de atrás que no consigo ver con detalle, una especie de Samurai. He de reconocer que me descubro observando lo musculoso que está, creo que llevo demasiado tiempo sin fijarme en ningún hombre y este en concreto me ha llamado poderosamente la atención, menuda alegría para mi vista. Aprovecho y le observo a sabiendas de la libertad que supone no ser vista. Intento fijarme en su tatuaje, me aproximo un poco y... ¡joder! Se ha dado la vuelta y me descubre mirándolo como una *pasmarota* mientras averiguo de repente que para mi gran suerte estoy ante el chico con el que hice el ridículo más absoluto el otro día cuando se mofó bien a gusto de mí en el río.

Es tanta la vergüenza que sin más me doy la vuelta y casi corriendo llego a la puerta y entro, tropezando como una idiota al entrar. Por suerte Isa no cierra casi nunca la puerta y la escapada ha sido sencilla, a pesar de casi caerme de bruces contra el suelo.

—¡Xiomara! Qué alegría me da verte por aquí. Oye ¿te encuentras bien? ¿No tendrás fiebre? Niña tienes unos mofletes rojos como pimientos y estás medio sudando. —Lo que me faltaba ya para rematar, a Isa no se le escapa una.

—Hola, vecina, ¿cómo estás? No, qué va, me encuentro bien. Igual es porque he salido a correr esta mañana y aún me dura el sofoco.

—Cuánta vitalidad derrocháis los jóvenes. Ahora mismo tengo a mi sobrino que ha venido a echarme una mano con la leña y como todo lo que tiene que ver con el trabajo manual se le da de lujo se ha ofrecido a ayudarme. —¿Se me están subiendo los colores otra vez? No me reconozco. En fin...

—Los trabajos *manuales* están bien sí... —Cállate, Xiomara, y cambia de tercio. Isa me está mirando con cara extraña.

—¿Nicolás y tú ya os habéis saludado? —me pregunta.

—Bueno, el otro día de forma casual nos cruzamos por el río y...

—Tía, esto ya está listo, ¿te parece que venga por la tarde y la apile toda junta en el granero? — Nicolás irrumpe en la cocina ya vestido al completo (ya me dirás tú por qué le doy tanta importancia a eso). Se acerca a la nevera a coger un refresco.

—Muchas gracias, corazón, por la tarde perfecto y así si quieres me echas un vistazo al grifo de la cocina que vuelve a perder. ¿Qué haría yo sin ti? Oye ¿saludaste ya a Xiomara? Parece mentira que hace unos treinta años fuerais uña y carne. Durante las vacaciones en las que estuviste aquí, Xiomara, no hubo manera de separaros, y al marchar tu madre me dijo que lloraste hasta casi vuestra llegada a Madrid. Menuda pena os dio separaros, fuisteis compañeros de mil juegos y aventuras: vaya dos terremotos.

¿¿¿Cóóóóómoóóóó?? Ambas nos miramos con cara de surrealismo puro y Nico se echa a reír.

—Claro que me acuerdo, tía. Yo tenía siete años y ella unos cinco. Recuerdo que le encantaba comer tierra y matar bichitos, un encanto. —*Ay dios mío* que lo voy a matar.

—Pues yo al contrario no te recuerdo en absoluto, la verdad.

—Un día de estos bajo el álbum de fotos y os enseño alguna que tenéis juntos...

—*¡¡¡Nooooo!!!* —medio gritamos los dos a la vez.

—No hace falta, tía, yo además ya me voy que tengo una videollamada ahora con Zio, ya nos vemos de tarde. Un placer de nuevo. Espero que Lor, el perro acuático, esté bien, cuando vuelvas a necesitarme ya sabes, ando por aquí.

—Hasta luego, un placer. Nos vemos.

—Ni lo dudes. —Al acercarse por mi lado... ¿me ha guiñado un ojo medio sonriente? Este tipo es de lo que no hay.

Al fin solas decido sentarme en su mesa de madera antigua, que me tiene fascinada: está llena de arañazos y marcas de calor, pero me encanta sentarme y tocarla, y pensar en los miles de cafés y momentos que se han compartido en este lugar. La de buenos momentos que se habrán vivido aquí entre familia y amigos. Isa, a pesar de que aún estamos en octubre, ya ha encendido la cocina de leña y me quedo hipnotizada viendo cómo introduce pequeños troncos que tienen un sonido al entrar en contacto con el fuego que, si hubiera sido gata, mi ronroneo se escucharía incluso desde nuestra *tapería* familiar en Madrid.

—Bueno, verás, tu abuela Marina me contó que estudiaste derecho y que, al licenciarte, te aventuraste a montar un bufete pero, que a los pocos años decidiste cerrar. —El comentario me pilló tan desprevenida que parece que me habla de una vida anterior que no me pertenece.

—Sí, así es. Tras la boda con Albert, él no quería que trabajara, siempre me decía que estaba en un sector dentro de un mundo de hombres. Como queríamos tener un hijo preferí centrarme en la familia y quedarme en casa. Ahora me doy cuenta de que fue un error, pero en su momento, él creía que era lo más acertado y yo, pues, en ese momento, pensé que era lo mejor y...

—Tranquila, pequeña, en la vida tomamos decisiones y lo importante es saber que nadie encuentra su camino sin haberse perdido varias veces. —Me quedo observando las llamas en la cocina de leña y, me reconfortan tanto las palabras de Isa que, sin darme cuenta, las lágrimas comienzan a fluir por mis mejillas, y, por primera vez después de muchos años, ella es la primera persona que me ve llorar.

—Xiomara, disculpa, no pretendía hacerte sentir mal, olvida todo lo que te he dicho, perdona, de verdad. —Se acerca rápida y veloz y me da uno de esos abrazos potentes que, una vez más, continúan colocándome las vértebras.

—Isa, *nooo, yooo*, solo me he sentido en confianza y... las lágrimas han salido solas. La verdad que me siento bien ahora mismo y te agradezco enormemente estas palabras, no sabes lo que significan para mí. —Deja de abrazarme, me mira, y me guiña un ojo mientras me revuelve el pelo. Noto como si mi misma abuela hubiera venido para regalarme este gesto tan suyo a través de su gran amiga Isa.

ZIO

5

.....
—Isa, referente a la nota que me dejaste en la entrada, ¿de qué trata tu propuesta? —Llevamos un rato charlando de banalidades y la curiosidad por saber de qué trata lo que tiene que proponerme acaba conmigo.

—Verás, Xiomara, pedirte esto me cuesta un montón porque sé que no te lo esperas pero Nicolás necesita ayuda y sé que él jamás te lo pediría por sí mismo. Tu abuela siempre me hablaba tan bien de ti en este ámbito... Tiene un pequeño problema y la única persona a la que se me ocurre recurrir es a ti.

La miro con extrañeza y me descubro preocupada al saber que este hombre con el que apenas he cruzado un par de palabras pueda tener problemas. Suelo empatizar bastante con la gente, es algo de lo que me siento orgullosa pero de lo que a menudo lucho por evitar ya que me hace sufrir. Soy de las que sufro viendo las noticias con las miles de desgracias que a veces nos muestran de forma tan cruda y fría.

—Isa, puedes contármelo con total confianza, estaré encantada de ayudaros en todo lo que esté en mi mano.

—Vamos a hacer una cosa. Te lo cuento y durante un par de días decides si te ves con ganas de hacerlo o no. Creo que es algo que tendrás que meditar con calma.

—Trato hecho. Cuéntamelo ya que la impaciencia empieza a apoderarse de mí. —Que me lo cuente ya o acabo haciendo un agujero en la mesa, los golpes que le estoy dando con mi dedo índice cada vez son más frecuentes e intensos.

—Hace casi un año que Nicolás y su mujer decidieron separarse. En un primer momento lo llevaron con la mayor normalidad por el bien de su hijo Zio, que tenía tan solo cinco años. Los problemas aparecieron cuando ella se escapó de todo marchándose a Barcelona y decidió por ella misma que el niño se iba con ella. Ahora Nicolás, tras dos viajes hasta allí para intentar llegar a un acuerdo por el bien de ambos sin éxito alguno, está valorando tomar medidas legales e intentar una custodia compartida. Zio y su padre están muy unidos y está siendo muy duro para ambos.

—*Ohh* cuánto lo siento de veras. No sé cómo podría ayudaros, llevo ya varios años sin ejercer y no me planteo retomarlos en un futuro próximo. Aún no me veo preparada.

—Sé que lo que te pido es delicado y a priori inconcebible para ti, pero tu abuela Marina me dijo que fuiste una abogada exitosa y que tu trabajo te hizo realmente feliz en su día. Nos contó que ya de pequeña te gustaba defender a todos tus amigos ya incluso desde tus años escolares en el colegio, y que con cada injusticia te enfurecías de una manera tal que con tan solo ocho años cualquiera te llevaba la contraria.

Hace ya unos tres años que no ejerzo, por supuesto que me encantaba. En cada caso entregaba cuerpo y alma, estudiaba bien a fondo cada situación como si fuera la primera y la última. Entre semana ejercía y los fines de semana solía ir a A Gata Meiga a ayudar a mi madre hasta que conocí a Albert y, poco a poco, fui abandonando todo lo que me gustaba y apasionaba. Pero esa es otra historia que quizás pueda contar más adelante, no ahora.

—Xiomara, vuelve conmigo. Has puesto esa mirada perdida de vuelta al pasado, y no quiero ser yo la que haga atraer esos viejos fantasmas que aún te atormentan. Te voy a ser sincera, porque sé

que así lo querría tu abuela. Noto muchas heridas abiertas en ti, mucho dolor, y hechos del pasado que debes afrontar y superar. El arte más poderoso de la vida es hacer del dolor un talismán poderoso que te cure. Vamos a coger a Lor y si te parece bien nos acercamos al pueblo caminando y compramos un par de cosas. Te voy a preparar el mejor pulpo que hayas comido en tu vida. Además tengo un albariño que lleva un par de meses esperando a abrirse y... ¡hoy es el día!

¡Qué difícil es no mirar atrás! ¡Qué difícil es no sentirse frustrada! ¡Cómo me está costando vivir el momento presente y disfrutar de este entorno que cura corazones y almas!

¡¡¡FUERA!!! Pienso disfrutar este paseo al pueblo. Me muero de ganas por probar el famoso pulpo de esta zona que tan buena fama tiene. Me muero por probar ese vino blanco que está metiendo ahora mismo Isa en la nevera, que seguro está riquísimo. El día de hoy me pertenece, horas por delante que pienso aprovechar. ¿Qué son si no los pequeños momentos? Pequeños instantes que provocarán mañana grandes recuerdos.

Salimos de casa. Isa me sonrío orgullosa al verme más animada y cogemos a Lor, que al verme con la correa comienza a mover la cola como un loco al saber que nos vamos de paseo.

El pueblo está a quince minutos caminando. Es muy pequeño y todo gira en torno a una plaza central que sirve de epicentro para contener todo lo necesario a su alrededor: el ayuntamiento en un frontal, que es un edificio de dos plantas hecho en una piedra de tamaño grande de color grisáceo y muy típica de esta zona, imponente y con un toque rústico delicioso. A ambos lados se encuentran la biblioteca y la farmacia. Al continuar rodeando la plaza se ve un pequeño centro médico, y en una de las bocacalles se llega a una carretera general en donde se encuentra un colegio bastante grande para tratarse de un pueblo tan pequeño.

Al volver a la plaza se muestra una terraza grande con un restaurante muy concurrido y un supermercado de tamaño mediano a su lado que, a pesar de su pequeño tamaño en su interior, tiene casi absolutamente de todo.

La única tienda a mayores se encuentra en otra bocacalle y tiene ropa de mujer fuera, y en su rótulo se ve escrito: «ropa, regalos, menaje y mucho más». Tendré que acercarme un día de estos.

Para ser un pueblo tan pequeño se ve un movimiento de gente que sorprende. La plaza está llena de vida, y es un gustazo ver cómo los niños juegan en el único parque, que también se encuentra en la plaza. Se respira un buen ambiente afable y tranquilo. Ojalá pueda llegar a sentirme parte de él. Los días y semanas me lo dirán, supongo.

TELA DE ARAÑA

6

.....
Ya son más de las dos de la madrugada y acabo de salir de casa de Isa. Hacía tiempo que no me reía tanto, y es que entre el albariño y las travesuras de Isa y de mi abuela en su niñez, ha resultado ser una cena sorprendentemente divertida.

Siento cómo la cabeza me da vueltas. Creo que ese licor café casero que me ha dado no ha sido una buena idea para mi cuerpo poco acostumbrado al consumo de bebidas alcohólicas.

Cuando abro la verja me quedo paralizada al ver cómo la misma tela de araña que encontré la primera noche y que cada día al amanecer desaparece se muestra de nuevo grande y majestuosa ante mí. Ya llevo casi una semana aquí y hasta creo que empiezo a cogerle simpatía a este arácnido tan trabajador y persistente. La seda de la que está hecha esta telaraña se considera uno de los materiales más fuertes del mundo.

—¿Ssshables? Hoy me caes parrrrricularmente bien, Maya, como la araña Maya, era así ¿no? La verdá es que me suena rarrro pero... Maya te vooy a llamarrrr que lo sepasssh. Espero que consssighas cazar a tus presasss essshta noche amiga mía. Yo hoy he cenado como nuunca y ahorra me voyyyy a dorrrmir. Me noto allghoo canssada... ¡"hip"! —¡Jesús! Esta telaraña tiene vida propia y no para de moverse.

Entro en casa y subo las escaleras, esta noche están inusualmente complicadas, las noto irregulares en altura y han añadido unas cuantas más mientras he estado ausente, estoy convencida.

Me meto en mi cama tras quitarme tan solo los tenis. Todo un logro, que conste en acta. Me quedo observando el techo en estado de semitrance.

¿Qué narices hago aquí? ¿Hasta qué punto puede serme útil este lugar? ¿No será mejor regresar a Madrid y reorganizar de nuevo mi vida?

Lo último que siento al cerrar los ojos es el peso de Lor subiéndose a la cama y recostándose a mi lado. Siempre fiel, nunca ha dejado de dormir conmigo desde esa noche en la que rompí con todo y puse el cronómetro a cero.

Primer sábado de octubre y ya llevo unas dos semanas aquí. El tiempo en este lugar transcurre de forma diferente, siento que llevo mucho más tiempo del que en realidad es. En tan solo dos semanas ya considero a Isa como de la familia. Lor ya es querido entre los lugareños, y Nico y yo hemos cuadrado en un par de ocasiones de pasada por el pueblo.

Desde la última vez en casa de Isa, cuando me guiñó el ojo, ha sido bastante frío conmigo y siento como si me evitara, quizás sea mutuo ya que yo sigo dándole largas a Isa, no veo claro lo de retomar mi abogacía.

La próxima vez que vea a Nicolás le diré que me es imposible ayudarle en el caso, no me siento con fuerzas para volver a ejercer, y menos en lo que concierne al tema divorcio.

—Xiomí no me puedo creer que hayas estado dos semanas sin apenas *whatsappearme*, ¿pero dónde coño te has metido? Y no me digas eso de que en el pueblo no tienes cobertura que eso suena a típica excusa, te lo advierto. —Mi mejor amiga *JAMÁS* se anda con rodeos, y si toca riña, pues bronca que te crió.

—A ver *amore*, no te me enfades que encima que te llamo...

Ruth es mi *soulmate* desde que nos conocimos en la taberna de mi abuela cuando teníamos unos

dieciocho años. Ella solía venirse con su novio a tomarse unas cervezas durante casi todos los sábados y domingos, hasta que un día tras varios meses apareció sola y, tras pedirse una cerveza tras otra hasta casi fulminar nuestras existencias y dándonos casi las cinco de la mañana, decidí cerrar y quedarme con ella hasta casi por la mañana debido a su estado de *embajonamiento y chispazo* máximo, mala combinación. Esa noche me contó sus mil y un males causados por los estragos del fracaso en el primer amor, todo un drama, culebrón intenso cuando además proviene de dos dieciochoañeras que se juntan. Es curioso cómo un momento tan horrible pudo unirnos como lo hizo hasta el día de hoy. Nuestro inicio de amistad fue al revés que lo socialmente acostumbrado; en vez de ir cogiendo confianza poco a poco, Ruth y yo en la primera noche y a golpe de *zumitos de cebada* nos confesamos todas nuestras inquietudes sobre el amor, el desamor, la incertidumbre del futuro por venir, etc. etc. etc.

Ya superada la barrera de la sinceridad más absoluta nos ahorramos pasar por el proceso de conocidas, cercanas, colegas, hasta llegar al término amigas. Nosotras pasamos esos cuatro niveles en una sola noche.

Ruth es, de las dos, la más alocada, la que siempre saca ese lado de espontaneidad que hace crear esa chispa de improvisación que a veces me falta. Solía ser extrovertida y de carácter vivaz, pero quizás mi parte más racional me impide en ocasiones desmelenarme con la vida. No digo ser una cabeza loca a la deriva, pero sí tener algún momento donde poder dejarse llevar. El día a día a veces es tan cuadrículado y está tan marcado por esta sociedad actual tan rápida que no se nos tolera ni apenas un respiro, ni para coger impulso.

—Bueno, al grano, Ruth. Sácate ya un *huequito* para venirte aunque sea un fin de semana. Mira que ya llevo catorce días y en cuanto te despistes ya me tienes de vuelta con un *licorcito* en mano que te va a encantar y que si te descuidas te hace bailar *el aserejé en bragatanga desde tu terracita* céntrica en plena Atocha.

—Uy ese brebaje tengo que catarlo. En seis días me tienes por ahí. Déjame llamar a Sergio para que venga a encargarse de la tienda. En cuanto me confirme mi hermanito te mando un WhatsApp para que vayas metiendo la *botellita* en la nevera. Yo me encargo de llevar los taconazos para las dos porque tú seguro que no te los has llevado. Vamos a arrasar en la discoteca esa que deben de tener ahí insertada en la montaña. Ahí de porteros tendrán vacas por lo menos ¿no?

—Oye guapa, deja el tópico pueblo igual a pueblerinos que te puede sorprender lo que te vas a encontrar. Aquí hay muy buenas vistas, y no me refiero a la flora y a la fauna, bueno, sí a un tipo de fauna bípeda, bueno *leñe*, ya me entiendes.

—Sí *Xiomi* sí... te veo yo demasiado desconectada en amores y ya no controlas ni la jerga. Lo dicho, llevo dos pares de taconazos, maquillaje *pa'* parar un tren y... *¡a bailar!* Que los *pueblerinos sexys* nos esperan.

—Tía no te pases... —Las personas que he ido conociendo durante estas dos semanas me han demostrado una calidez y una cercanía de la cual me siento muy agradecida. En Madrid, en ocasiones, me sentía sola entre tanta gente, una contrariedad que me hace recordar ese *temazo* del gran Fito y sus Fitipaldis, uno de mis grupos favoritos de los noventa.

Y es que como bien dice este sabio de la música, de la vida y de las buenas letras... hay «*muy pocas personas, demasiada gente*».

RUTH

7

.....
Como cada día me levanto temprano y salgo a correr mis nueve kilómetros, esta vez bajo la lluvia. Estos días he asistido al clima profundo del otoño lluvioso más gallego y me he incluso animado a encender la estufa de leña tan bonita y grande que tiene mi abuela en el salón de la parte inferior. Cuando lleva varias horas encendida hace que incluso el calor suba a las habitaciones que elija dejando las puertas abiertas de aquellas que elija para que todo ese calor entre en su interior.

Me ducho rápido ya que Ruth llegará en un par de horas y quiero ir a buscarla a la estación de tren no sin antes parar a comprarle un par de regalos, este fin de semana es su treinta y dos cumpleaños y hay que ser muy buena amiga para venir a pasarlo aquí, conmigo.

Ayer jueves cuando salí a comprar al súper del pueblo me crucé con Nicolás en la plaza al salir. Casi chocamos ya que iba pensando en mis cosas y al cruzar la esquina de la plaza... ¡Ahí apareció! Fue algo violento, no sabría explicar el porqué y nos quedamos los dos parados. Tras un breve momento extrañamente incómodo decidí romper el hielo:

—¿Hola? Hacía unos cuantos días que no nos veíamos, ¿te apetece tomar un café? Desde que he llegado Isa no ha parado de contarme historias sobre mis vacaciones de niña donde por lo visto en tantas ocasiones jugábamos juntos. Ya sé que hace ya tiempos inmemoriales de eso pero, deberíamos, no sé, hacer honor a que nos conocimos aunque yo extrañamente ni te recuerde. —He de admitir que, al mirarle, sus ojos me transmiten cercanía y una sensación de familiaridad y simpatía que no puedo entender pero que sin duda es, y está ahí. Nicolás es moreno de piel, medirá un metro ochenta y algo, es bastante más alto que mi metro casi sesenta de complexión delgada, aunque siempre orgullosa de mis curvas algo marcadas. Su pelo castaño claro contrasta con sus ojos color miel que, al mirarme fijamente, siento como si penetraran en mis más profundos pensamientos. Algo parecido a lo que mi abuela Marina hacía conmigo, debe de ser propio de esta zona. Su torso está bastante marcado dentro de una complexión musculosa pero sin ser exagerada. Se nota que, debido a su trabajo, se mantiene en forma. He de reconocer que su estilo desenfadado de vaqueros y camiseta ajustada Levis ¡no le van nada nada mal!

—Hola, Xiomara, la verdad es que me pillas algo liado ahora, pero si te va bien podríamos vernos mañana sábado sobre las ocho y cenamos algo en Pontevedra. Ahora mismo ando a vueltas con el arquitecto con el que he quedado en un rato para tomar unas medidas en una casa. — Nicolás tiene una empresa de construcción y reformas, lo sé porque me lo dijo Isa. Lleva años dedicándose a ello y según sus propias palabras «es bueno en lo que hace, no lo digo porque sea su tía, pero es tanto lo que le gusta, que su pasión se palpa siempre en sus trabajos, sobre todo cuando transforma una casa vieja de piedra centenaria en una casa rural rústica mezclada con las técnicas innovadoras de la construcción actual. Casi siempre, en sus trabajos, consigue como resultado casas materializadas en verdaderas maravillas».

—Este fin de semana viene mi mejor amiga Ruth y, además, es su cumpleaños. Ya quedamos otro día, no te preocupes. Aún podrás verme unas cuantas semanas más por aquí. —Tenía ganas de tomar un café con él para comentarle el porqué de mi negativa a ayudarle con su divorcio, pero ya se lo diré la próxima vez que le vea.

—Ok, de todas formas mañana lo más seguro es que me junte con un par de amigos en el

Aterrizo como puedas: es un pequeño pub a unos kilómetros de aquí, y suele haber bastante movimiento los fines de semana. Los sábados siempre traen a algún grupo de música.

—Le comento a Ruth y si nos animamos ya nos vemos por allí.

—Sería estupendo, así tendré oportunidad de intentar que me recuerdes... ¡Hasta luego!

—Adiós, Nicolás.

—Llámame Nico. Con cinco años así era como me llamabas. —¡Me ha vuelto a guiñar el ojo con esa media sonrisa! Siento cómo el calor se apodera de todo mi cuerpo ascendiendo desde mi más absoluta intimidad a mis mejillas, quitándome este frío otoñal del tirón en menos de dos segundos. Hace ya varios años que ningún hombre me provoca esta sensación tan extraña.

Cuando conocí a Albert hace unos cinco años, su aparición fue como un avión que aterriza ocupando *toooda* la estación e inundándolo todo. Su poder de convicción y su seguridad tan aplastante pudieron conmigo desde el primer instante. Su forma de conquistarme fue tan insistente y con tanta seguridad en sí mismo que casi no tuve ocasión de pararme a pensar si estaba o no enamorada de él. Desde luego me atraía su forma de ser y había mucha atracción, pero a veces creo que fue como un imán al que no pude darle una negativa por respuesta nunca, en nada, lo que comúnmente se denomina como una «relación tóxica».

¡Ahhh! Se me hace tarde. Me he puesto a ordenar la leña, quiero tener suficiente para todo el fin de semana, por si el domingo nos apetece tirarnos toda la tarde en modo *marmotillas* con *calorcito* en el salón. He estado tan entretenida que se me ha esfumado el tiempo.

Me ato el pelo y me coloco un chongo en lo alto totalmente despeinado, menos mal que se han puesto de moda porque me encanta la comodidad de peinarme en un *tris tras*.

Le relleno el cuenco de comida y de agua a Lor y le revuelvo el pelo mientras mueve la cola agradecido. Me dirijo al coche para bajar al fin hasta Pontevedra.

La estación está concurrida y, aunque no es muy grande, hoy viernes tiene bastante movimiento. Me quedo en el andén viendo llover con gran intensidad y, al poco, aparece el tren proveniente de Madrid.

—¡Xiomiiii! ¡Dame un abrazo por dios! Siento como si hiciera un año que no te veo. ¿Por qué me has hecho esto? Madrid es horrible sin ti, *jodía*. —Su abrazo me hace la más feliz del mundo. Siento parte de mi Madrid más querida aquí conmigo, y tras un abrazo largo me separo y la observo.

—La verdad es que parece un año, sí... te han salido un par de *arruguitas* y todo, veo hasta un *michelín* que asoma por ahí...

—Tú sin embargo sigues igual de imbécil que habitualmente, no has cambiado apenas nada *¡capuuuuuy!* —Me encanta vacilarle un *poquito*, sacarla de quicio hace que te desternilles de la risa. Ruth es una *morenaza* de las que *quitan el hipo*. Es alta con el pelo moreno largo, caída en cascada y casi siempre lo lleva suelto y bien peinado, todo ello acorde a sus curvas de infarto en un cuerpo de complexión delgada. Pues como la CocaCola, ¡donde va triunfa! Y no solo debido a su físico, *¡qué va!*, tiene una forma de ser abierta y desvergonzada. Suele hablar con la gente como si la conociera de toda la vida así que como os imaginaréis el adjetivo tímida es su contraposición más fiel.

Nos dirigimos a mi montaña del alma y querida que ya se ha convertido en mi guarida por excelencia. La ayudo a deshacer todo en su habitación mientras le voy contando y actualizando sobre Isa, el pueblo, el río... Decido no hablarle de Nico, el porqué no lo sé, pero me da *cosilla* hablarle de él y prefiero dejarlo para otro momento. Lo que no me imagino es que el momento llegará *muuuuy* pronto, y ¡de qué manera!

CONFESIONES Y MIL TÉS

8

.....
Anoche nos acostamos tarde. Estuvimos en la terraza de arriba tomando unos cuantos té de distintos sabores que Ruth trajo de su tienda y que tanto me gustan. Desde que abrió su increíble negocio lleno de inciensos, jabones naturales, té procedentes de todo el mundo y mil y un artículos de procedencias diversas, aprovecho cada momento que puedo para acercarme y empaparme de sus olores tan atrayentes; incluso el propio olor de Ruth me transporta a esa tienda que tan bien ha funcionado desde que abrió.

Al fin me ha puesto al día y me ha contado que el chico con el que se estaba viendo de vez en cuando ya ha quedado atrás, no quiere atarse y se la ve feliz sin necesidad de tener a alguien a su lado, ella misma siempre dice: «me siento tan a gusto conmigo misma que no quiero enturbiar esta buena convivencia que tengo conmigo arriesgándome a agregar a alguien más en esta tan buena relación entre *me and myself*».

—No te imaginas lo bien que he dormido. No recordaba lo que era echarse en una cama y escuchar el más absoluto de los silencios. Sin ruido de coches, de gente, vecinos... ¡¡¡esto es una maravilla!!! —La verdad es que Ruth tiene un aspecto descansado que da gusto.

—Como bien te dije, esto es el paraíso, pequeña. ¿Quieres un café?

—Sí cari, bien cargado como bien sabes, ven aquí que te *morreo churriiii*.

—*Jajajajaja* aparta, pulpo, que no me van las mujeres. —Cuánto echaba de menos esta complicidad tan nuestra.

Desayunamos con tranquilidad y la convido para dar una vuelta por la zona aprovechando que no llueve y que el sol se deja ver. Lor es el que más disfruta de las tres, ya conoce cada rincón y no pierde la oportunidad de bañarse en el río ni un solo día. Ya se ha hecho todo un experto nadador. Si me despisto y no le hago caso mientras Ruth y yo charlamos, hasta él mismo se tira el palo para después zambullirse al estilo bomba para cogerlo y volverlo a sacar.

Aprovechamos y nos acercamos al pueblo para así comprar un par de cosas para comer hoy y mañana. La cena la disfrutaremos fuera para así celebrar su cumpleaños. Le he comprado un vestido de infarto que compré en Pontevedra antes de ir a buscarla a la estación. Es de color negro sencillo pero muy favorecedor. Aunque ella tiene más altura y algo más de pecho, casi tenemos las mismas medidas así que no me suele ser difícil comprarle ropa. Además suelo acertar con el estilo que a ella le gusta, cómodo y sexy. Es de color negro elástico de escote en pico y corte asimétrico con un tirante en un lado y tirante más ancho en el otro. Es por encima de la rodilla, tiene una abertura en un lateral y viene ceñido en la cintura. Se lo quiero dar después de comer para que de noche lo pueda estrenar. Seguro que le queda de muerte.

Me animé a comprarme también un vestido azul eléctrico que me enamoró: corte palabra de honor, sencillo pero muy ajustado. Estos días haciendo deporte me han sentado de maravilla y al verme con él en el probador me siento segura de mí misma y bastante favorecida así que no me he querido resistir.

Terminamos de comer y nos acercamos a casa de Isa. Me dijo que quería conocer a Ruth para invitarnos a tomar el café y así poder conocerla. Las dos conectan desde el principio y disfrutamos durante casi toda la tarde de la amabilidad infinita de mi nueva amiga a la que ya

quiero casi como a una tía. En su casa ya me siento como si fuera una familiar más.

—Bueno, chicas, ya me dijo Nico que igual os acercabais esta noche al Aterrizaje como podáis. Hoy sábado se suele llenar y traen grupos de música muy buenos.

—¿Quién es Nico? —¡Oh! ¡Dios! ¡Mío!

—¿No te ha hablado Xiomara de él? Resulta que coincidieron cuando eran unos *pequeñajos* y en esas vacaciones fueron inseparables.

—¡*Ahh!* Ese Nico. Sí, claro, ya me contó, por supuesto que me habló. —Si las miradas matasen... Me reta durante un rato con su mirada asesina de amiga traicionada y, con la mejor de mis caras de niña buena le regalo media sonrisa tímida e inocente pero como me esperaba... no cuela.

—Bueno, Isa, como siempre, mil gracias por esta agradable tarde, mañana pásate un rato por la tarde, seguro que estaremos relajadas en casa durante toda la tarde.

—Así lo haré. Pasadlo muy bien esta noche.

—¿Seguro que no quieres venir a cenar? Me encantaría que te animaras a celebrar el cumpleaños conmigo —le dice Ruth sincera y con verdaderas ganas de que acepte la invitación

—Muchas gracias, Ruth, la verdad es que estoy algo cansada y seguro que no os aguantaría el ritmo, pero espero que lo paséis genial y que mañana me contéis todo.

—¡Así será! —gritamos las dos en alto al unísono mientras brindamos con nuestras tazas de café ya vacías.

Nos vamos a casa a arreglarnos. Son casi las ocho, el vestido le ha encantado y como ha traído unos cinco pares de zapatos (dos míos que tenía en su casa, y tres de los suyos), cogemos los más altos y los dejamos junto con los vestidos para aprovechar antes a maquillarnos y a peinarnos. Es un *momentazo remember* adolescente esto de arreglarnos juntas. Me ha parecido algo divertidísimo, comparando sus labiales con los míos, robándole su bronceador que tanto me gusta, compartiendo mi perfume... sin duda este momento lo guardaré en mi cajita de los mejores recuerdos con Ruth.

No sé por qué pero intuyo que esta noche... será una gran noche.

SERENDIPIA

9

.....
Serendipia es el acto de descubrir algo valioso de forma inesperada o accidental, mientras se está buscando algo distinto. Cuando vine a este lugar deseaba encontrarme a mí misma, recuperar la persona que era y que quería volver a ser. De pronto todo se trunca y se complica con algo que, desde luego, no me esperaba.

Mientras Ruth y yo volvemos en taxi de vuelta a casa no me puedo creer lo que ha sucedido y la cabeza no para de darme vueltas. Será mejor que descanse y mañana medite sobre lo que ha pasado. No consigo borrar la sonrisa que se me ha fijado de forma permanente desde que él... ¡¡¡Me ha besado!!! Y no ha sido el típico beso de una noche loca. Ha sido el beso más intenso que me han dado en la vida. «¡¡¡Ufffff!!! Borra, *Xiomi*, borra», esto no puede ser bueno.

Cojo mi móvil y lo apago. Tengo un par de WhatsApps suyos y aún no estoy preparada, no sé cómo actuar.

De acuerdo, os voy a contar qué es lo que ha pasado. Será mejor que empiece desde que Ruth y yo salimos de casa esta noche...

Sobre las nueve y algo llamamos al taxi para que nos venga a buscar. Isa me recomienda una taxista de la zona que ofrece muy buena atención. De camino hacia Pontevedra nos dice que la avisemos para volver a casa, que no tiene inconveniente en recogernos a la hora que sea.

Una vez allí, Ruth y yo nos adentramos a través de calles estrechas: su casco antiguo está lleno de bocacalles con grandes soportales empedrados que te transportan a la época medieval de forma inmediata.

Decidimos tomar un par de cervezas en un par de *tascas* concurridas, y finalmente nos decantamos por cenar en una *tapería* típica ubicada en una de las plazas más céntricas del lugar.

—Bueno, *Xiomi*, ahora que ya hemos tomado un par de cervezas ha llegado el momento de que me hables de ese amigo tuyo de la infancia, ese que con solo nombrarlo consigue sacarte todos los colores. Y te recuerdo que esta vez no tienes escapatoria posible, te lo advierto. —En eso lleva razón, de esta conversación no me libro ni queriendo.

—Pues he de decirte que este «*amigo del alma mío*» al que te refieres... es tan desconocido para mí como para ti. Tan solo es un hombre con el que jugué de niña unos cuantos días en aquellas vacaciones que hice con mi abuela. Por cierto, no recuerdo apenas esas vacaciones, y de él, pues no me acuerdo en absoluto.

—Bueno, olvidando a aquel niño, ¿me vas decir de una vez por todas si está tan bueno como creo? Porque de verdad que debe de ser un adonis para despertar a mi adormilada amiga, y con esto me refiero al ámbito amatorio y sexual, para que no haya lugar a dudas.

—Ruth, te puedo asegurar que no ha despertado nada en mí porque Nico no es más que el sobrino de mi vecina, y ni me he fijado en él, ni pienso hacerlo. Es más, me dijo de acercarme hoy a un antro cerca de nuestra casa y la verdad es que no tengo ganas de ir, así que tema resuelto.

—¿Te invitó a salir y ni siquiera me hablaste de él? *Ay* es que yo te mato.

—Tan solo me dijo al comentarle que celebrábamos tu cumpleaños que nos acercáramos si queríamos, por eso no le di importancia.

—Pues no hay nada más que hablar. En un rato llamamos al taxi y para allá que nos vamos, ese

es mi deseo de *cumpleañera* esta noche, ahí te lo dejo. —Sabía yo que me la iba a liar esta Ruth, con las pocas ganas que tengo de acercarme y verle. Nicolás me contraria y no he venido aquí a complicarme la vida sino a solucionar y a pasar página a lo vivido estos meses atrás.

—Pero Ruth, estamos en plena Pontevedra llena de *ambientazo* y, ¿me dices que te quieres subir a la montaña que tanto aborreces?

—Isa ya dijo que ese sitio se llenaba y que había música en directo, no podemos desperdiciar un buen concierto en vivo... —*Claaaaaro*, todo por disfrutar de música en vivo. Si es que esta mujer cuando se empecina en algo no hay opción de negativa por respuesta.

—De *acueeeeeerdo*, pero una sola copa y nos vamos.

—Amén, *abuelita* de la montaña. Yo pago y tú llamas a la taxista. —No me ha dado tiempo a responderle cuando se da la vuelta y se encamina rauda y veloz a la barra.

Cogemos el taxi y sobre la una y algo aparecemos en el Atrápame si puedes. Se encuentra en la recta de un pueblo pequeño del que he oído hablar por un mercado típico que organizan todos los días cinco de cada mes. El pub se encuentra en la carretera general, y razón no le faltaba a Nico: toda la recta está llena de coches y se ve bastante movimiento por la zona. Incluso hay dos o tres bares más con gente fumando en el exterior.

Nos adentramos en el local, y nada más entrar nos damos cuenta de que más del ochenta por ciento del pub está compuesto por hombres de entre unos *ventilargos* y cuarenta y algo de media.

Nada más entrar se escucha música rock con toques celtas. El grupo está compuesto por un cantante, un batería, un bajista y un guitarrista. A mayores cuentan también con un violinista y un clarinetista, de ahí ese toque folk tan típico de la zona. No es que sea muy sabia en cuanto a conceptos musicales pero desde pequeña me han gustado los grupos nacionales, sobre todo de la época de los noventa siendo el género rockero mi favorito ya desde niña.

Nos acercamos a la barra y pedimos un par de *gintonic*s.

Lo que sucede a continuación es el giro de ciento ochenta grados sin vuelta atrás del inicio de nuestra inevitable condena.

PRIMER Y ÚLTIMO BESO

10

.....

—Hola, chicas, tú debes de ser la *cumpleañera*, ¿me equivoco? —Nico hace su aparición estelar de la forma más habitual, seguro de sí mismo y con una sonrisa amistosa que derrite corazones. Envidio tanto a Nico como a Ruth por esa forma de ser tan innatamente extrovertida. Me descubro una vez más observando con gusto cómo la camisa que lleva de color azul marino ajustada le marca sus brazos fuertes y su vientre plano, y, por desgracia para mí misma, me doy una *palmadita* en la espalda y decido asumir y aceptar que, esa maldita camisa... ¡le queda de infarto!

—¿Y tú no serás por casualidad el primer mejor amigo de mi actual mejor amiga? Mira que no la comparto con nadie, es mía solo mía. —¿Mejor amigo ha dicho? Me quedo inmóvil ajena a todo mientras me viene un *flashback* a un lugar no muy lejano en espacio pero sí bastante alejado en el tiempo

«Estoy sentada junto a un niño frente al río. Aún me duele la barriga de tanto reírme por todas las cosquillas que me ha hecho. Huele a césped recién cortado. Me sonrío, me mira y me dice: “siempre serás mi mejor amiga, y cuando sea mayor iré a esa ciudad grande a buscarte, te lo prometo”. Yo le miro sin entender del todo y le digo: “eres mi mejor amigo, Nico, y siempre lo serás. Te echo una carrera hasta el agua, ¡vamos!”».

—¿Xiomara? Que si quieres algo —Nico y Ruth llevan un rato charlando mientras yo estaba absorta en el sorprendente recuerdo que acabo de recuperar. Se ve que estaba tan metida en mi mundo que ambos me miran con extrañeza como si llevara minutos desconectada del mundo. La verdad es que no les falta razón.

—*Esto...* sí, claro. Un *gintonic* sería perfecto. —Necesito relajarme y beber un poco, seguro que me sienta bien—. Que sea bien cargado. ¡*Graaacias!*

Nico nos trae las bebidas y se disculpa diciendo que tiene que atender una llamada. Sale fuera y mientras tanto, Ruth y yo nos tomamos nuestras bebidas.

—¿Sabes qué? Esta noche es mi cumpleaños, así que es momento de sacar a nuestras *veinteañeras* y lucirnos una noche como esas que tanto nos gustaban, llenas de locura y desenfreno, ¿*te hace?* —Aún recuerdo aquella noche en Madrid en la que se nos ocurrió la brillante idea «típica de las cinco de la mañana» y nos retamos a hacer un *Thelma y Louise*. Acabamos en la estación cogiendo un tren con destino a la playa y despertamos en la última parada del tren destino a Valencia sin apenas acordarnos de por qué narices estábamos allí. Por suerte llevábamos la tarjeta de crédito con nosotras, y a pesar de haber sido de una manera totalmente improvisada, resultó ser uno de los mejores fines de semana de la historia.

El concierto ya ha terminado hace un rato y yo me encuentro más feliz que una perdiz tras los tres, cuatro o quizás cinco *gintonic*s que he ingerido. Ya no sigo la cuenta, la verdad. Lo que sí sigo es el ritmo de la música mientras arranco a Ruth a bailar conmigo a la pequeña pista. Odio estos temas *churras reggaetoneros* que tanto ponen ahora pero esta noche he decidido dejarme llevar y olvidarme de la Xiomara cuadrículada y amargada que lleva años encerrada en casa sin salir, ¡maldito Albert!

Muevo las caderas al ritmo de la música y de repente noto cómo, desde la barra, el irresistible chico de la camisa azul marino me observa con una mirada fija en mis movimientos. Me encanta

cómo me mira y sigo bailando mientras repetidas veces nos observamos con un juego de miradas que no llega a ser coqueteo extremo pero... sin duda denota cierta conexión sexual. Mi pudor se ha evaporado junto con mi último *gintonic* y me dejó llevar por el momento consciente de la situación. Ni corta ni perezosa me acerco a la barra:

—¿Sabes? Al fin te he recordado, al menos sé que el Nico de siete años era mi mejor amigo. Lo que no sé es si el Nico actual me cae bien o no, aún tengo que conocerle un *poquito* más para decidirlo.

—Pues podríamos empezar por lo estandarizado en un sitio como este a una hora como esta, ¿quieres una copa? Creo que a Ruth no le importará, lleva ya un buen rato charlando muy cariñosamente con el guitarra de la banda. Tranquila, es amigo mío y es buena gente, por eso no te he dicho nada, si fuera un moscón cualquiera ya os habría avisado. Me basta solo con saber que es tu amiga para protegerla en caso necesario, pero como me consta que son dos almas libres en edad de divertirse, la noche para ellos aún está a tiempo de convertirse en una gran noche. Incluso mejor aún de lo que ha sido ya hasta ahora, gracias a que ha podido disfrutar de tu compañía me refiero. —Ni los *gintonic*s que he tomado evitan que me sonroje.

—Acepto esa copa, pero a cambio me dejas que te haga dos preguntas para poder conocerte mejor y decidir qué tal me cae el Nico de ahora. Ya sabes, pura investigación de campo.

—Trato hecho, preciosa. —Me quedo observando sus labios sin poder remediarlo, es que la palabra preciosa dicha por él, y con esa voz grave y sensual, y tan cerca de mi cara para que pueda escucharle debido a la música a tan alto volumen... me temo que ha provocado que los tres hielos de mi reciente copa se hayan derretido *in situ*. Así, sin más contemplación.

—*Esstooo*, lo que te iba diciendo... Primera pregunta señor... *¡ohh!* Espera, ¿cómo te apellidas?

—Durán es mi apellido, ¿segunda pregunta?

—No vale, me niego, solo era para meterme en el papel de entrevistadora. Primera pregunta, señor Durán, ¿cambiaría algo o alguna de las vivencias que ha tenido en su vida? ¿Lo que fuera?

—*Madre mía*, entras pisando fuerte con la primera pregunta, miedo me da la segunda. Pues supongo que cambiaría varias cosas: alguna pelea en el instituto que causó algún que otro susto en mi casa, aquel día cuando robé esa cajetilla de tabaco porque sabía que me pedirían el carnet si intentaba comprarlo a tan temprana edad, me imagino que ese tipo de cosas de gamberro adolescente que llevó a mis padres por la calle de la amargura durante un par de años.

—Así que eras un chico malo, ¿no?

—Si así es como te voy a gustar más... era malo malísimo, querida *Xiomi*. El niño que conociste era mi versión más angelical, te perdiste la parte diabólica entre los dieciocho y los *veintilargos*. Pero has llegado en el mejor momento: aquí le presento la mejor versión de este hombre que tiene enfrente. Saca uno de los dos lados según el momento, según el lado que precise y que vea necesario. Sería para mí un placer enseñarle mis dos facetas, una de ellas solo la he mostrado a un pequeño círculo formado por una o dos personas tan solo...

—Interesante, señor Durán, *mmmuy* interesante. Mi segunda pregunta entonces es, ¿tendría el honor de mostrarme ese lado? Soy curiosa y debido a nuestra larga amistad de unos treinta años creo que merezco conocer ese lado... —*Hala*, la que habla ya no soy yo, ¡que viva el alcohol, señores!

—¿Está usted segura? No hay nada que me pueda complacer más, señorita Pazos... —¿Cómo sabe mi apellido?

—Dígame entonces cómo es ese *lad*... —No me da tiempo a terminar la frase y me agarra por la cintura mientras me arrastra literalmente a la pista a bailar. Al principio me muero de vergüenza

ya que creo que jamás he bailado este tipo de música con nadie que no sean mis amigas, pero veo que él se desenvuelve bastante bien y me embriago de su olor al estar tan cerca de mí mientras sigue sin soltarme de la cintura y me sonrío con picardía y con esa mirada sugerente que me mantiene embrujada al ritmo de la música.

—¿Puedo mostrarte un poco más de esta faceta que tanto quieres conocer? —Siento cómo me mira y, sin poder evitarlo, decido dejarme llevar y seguir con este juego absurdo donde ya no sé ni de lo que estamos hablando. Solo sé que ambos estamos deseando ir más allá de las palabras.

—De acuerdo, señor Durán, estoy deseando ver ese lado suyo tan sugerente.

De repente la música deja de sonar para mí. Deja de sonreír de forma pícaro y me mira con tal intensidad que apenas consigo soportarlo. Sus ojos comienzan a recorrer cada parte de mi rostro deteniéndose en mis ojos y entrando hasta las entrañas de mi más absoluto subconsciente. Noto cómo es capaz de entrar en mis más íntimos pensamientos y siento como si descubriera que asiento desde mi interior y que le doy permiso para hacer algo que ambos deseamos con la mayor de las ganas. Deja de mirar mis ojos y se detiene en mis labios mientras yo observo los suyos, y poco a poco nos fundimos en un largo beso que, haciendo que nuestras lenguas nos recorran con más deseo de lo que jamás he recordado... me llevan al más intenso de los momentos que he vivido desde que he llegado aquí. Solo sé que quiero recorrerle entero y que me encantaría continuar conociendo total y enteramente ese lado tan privado y tan suyo que ha comenzado a presentarme de una manera tan íntima y sensual. No puedo creer lo que estoy sintiendo con tan solo un beso. Tan solo imaginarme todo lo que puedo llegar a sentir si esto fuera a más...

—Nico, *tío*, nosotros nos vamos, sigue divirtiéndote. No seré yo quien te joda la noche. —De repente despertamos y aterrizamos de nuevo en el Atrápame si puedes. Noto cómo a Nico se le ha cambiado el color de la cara y, pidiéndome disculpas, se marcha corriendo detrás de ese hombre que, con muy malas formas le ha dicho que se va, pero me da la sensación de que tras esas palabras se esconde un resquemor extraño e inusual impropio de un «supuesto» amigo.

Voy corriendo hacia Ruth y le pido que nos vayamos de allí cuanto antes. No quiero que Nico entre después de lo que acaba de pasar y necesito irme a casa y dejar que todo se quede en un momento absurdo y sin sentido.

Lo único que tengo claro es que este será el primer y último beso que me dé con él. No puedo, ni debo, ni quiero complicarme más la vida. Emocionalmente tampoco estoy preparada para nada de esto así que mañana será otro día.

Borrón y cuenta nueva.

DOMINGO DE BRUNCH

11

.....
«Oigo un portazo y me despierto alterada, asustada y confusa. Albert me está gritando. De nuevo la misma historia de siempre: llega tarde a casa oliendo a alcohol y a tabaco y otra vez decide atormentarme con sus malas palabras y sus frustraciones haciéndome sentir una vez más pequeña y desgraciada. Ya no lucho demasiado porque en el estado en el que llega es imposible tan siquiera intentar una conversación medio normal.

Llevamos ya dos años casados y a estas alturas me es muy difícil encontrarle una solución a esta convivencia cada vez más dura y complicada.

Le digo que no monte más escándalo, que tenemos vecinos y, de nuevo con otro portazo se vuelve a marchar dejándome en el sofá llorando totalmente destrozada, al menos en esta ocasión no ha ido a peor. ¡Tengo que tomar una decisión porque si no me temo que estas heridas que cada vez rompen mi corazón en más pedazos serán incapaces de recomponerse nunca...!».

—*Xiomi* cariño, ¡buenos días! —Noto cómo me acarician el pelo pero aún estoy en una de esas pesadillas recurrentes que tanto me trastornan—. Estás sudando un montón, ¿te encuentras bien? Te despertaba porque es ya la una. Voy a preparar uno de esos *brunch* que tanto nos gustan, ¿vale?

—Estoy bien, tranquila y ¡buenos días! ¡Me parece buena idea! Vete bajando que ya sabes que yo necesito un par de minutos para ser persona ya sabes. —Ruth, a la que ya conozco tantísimo, es una persona tan vital que desde primera hora se despierta con una energía tan desbordante que, a pesar de que la quiero con locura, en cierto modo me resulta algo complicado estar con ella porque yo necesito mis primeros minutos con paz total y tranquilidad. No consigo seguirle el ritmo y necesito que mis neuronas también vayan despertando poco a poco.

Procuro no pensar demasiado en la pesadilla recurrente en la que he vuelto a estar inmersa, y me visto lo más rápido que puedo para aprovechar las pocas horas que me quedan con mi locuela Ruth.

El *brunch* consiste en una comida que combina desayuno y almuerzo, lo que yo traduzco como un desayuno tardío con componentes salados en él.

Nos lo tomamos con calma y al final estamos casi hasta las cuatro en la cocina entre que preparamos todo y lo comemos: zumo de naranja natural, huevos fritos, salchichas, pan untado en tomate y aceite con unas tiras de jamón serrano por encima, termo enorme cargado de café que se termina entero, etc.

La primera en romper el hielo sobre la noche de ayer decido ser yo:

—¿Qué tal ayer con tu nuevo amigo el guitarrista? —. Cojo la barra de pan y me la coloco tal micrófono para luego colocárselo a ella junto a la boca en espera de su contestación a esta mi primera pregunta, al final va a ser que tengo vocación de periodista.

—Pues te diré, bonita, que no recuerdo nada de lo que me comentas y, fiel a una de mis artistas favoritas, viéndome obligada a citarla, te digo como la gran Thalia en su *temazo*: «y si no me acuerdo no pasó, eso no pasó». Ya ves, lo deja claro. Mira, te la voy a poner, que esta te sube el ánimo a las nubes...

—Ruth, no desvíes la atención, cara dura. —Acaba de abrir el Spotify y con la barra de pan en mano está cantándola en modo *playback* mientras baila por toda la cocina. Al final me contagia y,

eso sí, sin levantarme de la silla me voy moviendo al ritmo de la música mientras me río de la bailarina estrella aplaudiéndole efusivamente al final de su bonita actuación.

—*Ufff*, se me acaba de quitar la resaca del tirón, entre el *brunch* y el temazo de Thalia con Natti Natasha...

»Venga, voy a ponerte al día: resulta que el guitarrista de ayer se llama Manu. Estuvimos hablando un largo rato y, aunque no pasó nada entre nosotros, desde que llegamos a casa no nos hemos dejado de escribir por WhatsApp y me dice que le gustaría venir a cenar conmigo el próximo sábado a ¡MADRID! Sinceramente creo que está loco y lo más seguro es que le diga que no. Aunque he de reconocer que ayer me hizo reír muchísimo, y esa forma de tocar la guitarra junto con ese pelo revuelto y esos ojazos verdes... si es que el imán músico sexy es difícil de rechazar. Veré qué tal nos va estos días porque ya le dije que marchaba mañana temprano y que imposible vernos hoy. Dejaré pasar los días y decidiré.

—Se ve que ese chico se ha quedado loco contigo, si no, no iría hasta Madrid a verte. Además por una cena no pasa nada. Creo que deberías al menos probar, aunque aún quedan días para decidirlo, sí, pero una cena es solo una cena.

—Ya te iré contando. Ahora hablemos de lo que vi ayer, que creo que no fue producto de mi imaginación. Desde que Albert y tú os divorciasteis, Nico es el primer chico con el que, ya sabes, te has besado, ¿verdad?

Le doy un sorbo a mi café. Me quedo unos segundos callada y decido contarle todo, con todo lujo de detalles. Cuánto me alegro de que Ruth esté aquí conmigo para poder expresar el torrente de emociones que se me han aparecido estos días.

Lo que sí que no puedo llegar a imaginarme es lo que va a pasar en unas pocas horas, cuando le vea...

AL ATARDECER

12

.....
—Me noto agotada. Al estar de *whatsappeo* con Manu toda la noche ahora mismo si no duermo un par de horas, mañana no me levanta ni el *tato*. ¿Te importa que me acueste un rato y luego a la noche cenamos por ahí juntas una hamburguesa o algo similar?

—Claro que sí. Me parece genial, descansa. Yo voy a salir a dar una vuelta con Lor aprovechando que no llueve ni hace frío. —Ruth se va a la habitación mientras yo termino de recoger un poco la cocina y le doy el último sorbo a mi cuarto café. La cafeína que corre por mis venas y mi ya ausencia de resaca me hacen salir a pasear.

Al salir de casa me acuerdo de que tengo que devolverle a Isa unos *tuppers* que nos dejó ayer con comida para Ruth y para mí, así que decido acercarme antes del paseo.

Al llegar a su casa veo que no hay nadie, y me fijo en que en el galpón se encuentra Nico apilando leña, con su pelo castaño algo revuelto creando ese *look* informal tan sexy y que tanto me atrae. Se gira y me ve al escucharme intentar abrir la puerta. Decido acercarme a pesar del pudor que me da verlo tras la noche de ayer.

Lleva una camiseta negra ajustada y unos vaqueros rotos muy sueltos. A este hombre todo le queda bien.

—¡Hola! Venía a devolverle esto a tu tía, pero parece que no está.

—Se fue a comer a casa de mis padres, que viven no muy lejos de aquí. —Se acerca hacia mí y noto cómo mis pulsaciones empiezan a subir vertiginosamente.

—Perdona, es que tienes una pequeña araña por el pelo. —Me la aparta con delicadeza, me acaricia el pelo al quitármela, y la deja de nuevo en el suelo. Me ruborizo enteramente yo. Al incorporarse se me queda mirando un par de segundos en los cuales siento un escalofrío que me recorre de dentro a fuera, y me quedo atrapada en esa mirada magnética e hipnótica donde sus ojos y sus labios me dejan una vez más sin aliento.

—Xiomara, respecto a lo de ayer...

—No hay nada de lo que hablar, Nico, entiendo que te marcharas debido al *simpático* de tu amigo. Cualquiera diría que estaba celoso o algo, ¡menudo carácter!

—En realidad no era ni es mi amigo, es el hermano de mi exmujer, y desde que dejamos nuestra relación, digamos que no tomó la mejor de las actitudes conmigo. Pero no te quiero agobiar con mis historias, ¿te parece que vayamos a dar una vuelta? Hace días que no veo a Lor y quiero asegurarme de que ya no corra peligro bajo el agua de ese río. Aunque sigo manteniendo la teoría de que me engañaste y de que es un gran nadador, pero mejor asegurarme. Si te parece bien nos acercamos y le tiramos un par de palos. Si quieres avisamos a Ruth y que se venga. Sé que marcha mañana y querrás aprovecharla. ¿Qué dices, preciosa, te animas? —Contigo, si me llamas así, con esa voz tan grave y sensual, me voy al fin del mundo, para qué me voy a engañar.

—La verdad es que Ruth está durmiendo, está agotada por culpa de un amigo tuyo que no la ha dejado dormir en toda la noche con sus *WhatsApps flirteadores*.

—Este Manu es un galán, no le queda nada a Ruth. Cuando Manu se engancha y pone la flecha... Me parece que tu amiga acabará cayendo en sus redes. Yo, la verdad es que con el WhatsApp no me entiendo muy bien, y menos en términos de cortejo, lo cual me frustra enormemente ya que ayer

una señorita a la que tuve el gusto y el placer de besar, y que no consigo quitarme de la cabeza, recibió varias llamadas mías y no se dignó siquiera a contestarme. Esa chica me atrae enormemente pero no sé qué hacer ahora al respecto. Como amiga mía desde la infancia que eres, ¿podrías darme un consejo de lo que podría hacer? —Si supiera que ahora mismo me abalanzaría y le devolvería uno y mil besos más para continuar lo de ayer. El calor sube de nuevo inevitable recorriéndome toda entera desde el interior.

Me observa fijamente con esa mirada profunda abrasadora. Me doy una torta en la cara mentalmente para salirme de este aturdimiento que me genera y envalentonándome le respondo:

—Me temo, querido Nico, que mi único consejo es el siguiente: esa chica de la que me hablas seguramente estaría encantada de volver a repetir ese momento. Pero quizás su problema sea que aún no está preparada para más complicaciones emocionales ya que se encuentra en una etapa de búsqueda de la tranquilidad y la normalidad que no ha podido tener años atrás. Ojalá ese mejor amigo que tuvo en la infancia y que le prometió ir a buscarla a su ciudad hubiera cumplido su palabra... —No sé realmente por qué le he recriminado eso, pero se ve que me afectó recordar ese momento. Una parte de mí se siente traicionada por algo tan infantil y tan de niños pero que, por una parte, me hace pensar que si hubiera ido a Madrid a verme, quizás, de alguna manera, todo habría podido ser mejor. No puedo ser más imbécil.

—Señorita Pazos, no tiene a la suerte y no quiera recabar información de algo de lo que se pueda llevar una sorpresa. Al menos yo sí me acordaba de ti. Más de lo que quisiera admitir incluso. ¡Vamos! Lor nos espera. —¿Pero qué demonios ha querido decir con eso? Se da la vuelta y se pone a caminar. Como una colegiala me veo ojeando su culo al moverse, y es que esos vaqueros holgados marcan levemente lo que parece ser un buen trasero que junto con su espalda y sus piernas atléticas hacen un equipo *muuuuy* bien formado.

¡Diossss! ¿Pero qué narices me pasa? Menos mal que este hombre no sabe leer el pensamiento, aunque a veces lo parezca.

SUSURROS JUNTO AL ÁRBOL

13

.....

Recojo a Lor y nos ponemos en marcha camino al río. Es la primera vez que Nico y yo hacemos algo juntos de verdad, y tengo que reconocer que su compañía me genera mucha paz. A su lado, aunque vamos casi todo el rato en silencio, me siento tranquila, muy a gusto y como en casa. Esa familiaridad me contraría, pero decido disfrutar de la tarde y no pensar en etiquetas ni en historias, solo quiero ver ese lado amistoso de Nico e intento conocerle más a fondo en ese lado tan adulto y aparentemente tan lleno de serenidad.

Me pregunta si quiero dar una vuelta antes de ir al río y me lleva por unos senderos preciosos que descubren riachuelos, árboles centenarios y vistas montañosas que no pensé que existieran por aquí. Mientras voy disfrutando enormemente de los lugares que me va mostrando, sonriendo como una niña y disfrutando de cada anécdota suya y de cada explicación, de vez en cuando me muestra alguna casa de hace más de doscientos años y que aún está en pie y me cuenta que algún día se animará a arreglarlas una a una, ya que, por desgracia, muchas han sido abandonadas. Me explica que le encantaría embellecerlas para que no perezcan y así puedan seguir siendo bonito marco dentro de esta naturaleza que las rodea.

Me gusta verle hablar de su trabajo. Isa sin duda tenía razón, le brillan los ojos al hablar de su pasión y me gusta la forma en la que habla de todas esas opciones arquitectónicas que podría convertir una aparente *chabola* a medio derruir en una gran casa rústica. Se ve que Nico gusta de sacar la belleza y de devolverle vida a lo viejo y a lo que se ha estropeado causado por el devenir del tiempo. Soy yo o, ¿no es sino un romántico empedernido?

Le descubro varias veces observándome con media sonrisa mientras me ve disfrutar de cada camino y de cada zona nueva que me va enseñando. No sé cómo ni por qué pero cada vez me gusta más este lugar y lo que él genera en mí.

Llegamos al río y decidimos sentarnos mientras Lor nos trae una y otra vez el palo.

—¿Te acuerdas de cuando tuviste un pequeño percance ahí mismo, a escasos metros de donde estamos ahora, mientras me decías que eras una gran bailarina y te pusiste a dar mil vueltas hasta que al parar, toda mareada, perdiste el equilibrio y te caíste junto a ese árbol? Estabas adorable toda *espatarrada* partiéndote de risa. —De pequeña me encantaba bailar y solía hacer actuaciones improvisadas a mis pobres familiares y amigos. Siempre le pedía a mamá que me comprara vestidos de mucho vuelo para que mis vueltas fueran aún más espectaculares.

—La verdad es que no me acuerdo mucho de eso. Lo que sí recuerdo es que, para yo tener solo cinco años y tú siete, lo fácil que era ganarte siempre en las peleas. Estabas muy *flojillo*, pequeño, menos mal que decidiste ponerte algo en forma porque si no...

—Si quieres probamos ahora a ver quién puede con quién. —Hace un instante estaba sentado a mi lado, ambos mirando hacia el río. Ahora se cambia rápidamente de posición y se pone frente a mí en cucullas. Se me queda mirando y, de repente, me coge en el aire y me da unas tres o cuatro vueltas mientras yo grito como una idiota y él sonríe bien a gusto con la gamberrada.

Al bajarme se me queda mirando y me vuelve a regalar su ya conocido y sexy guiño:

—*Bueno bueno*, creo que ahora puedo perfectamente contigo. No me importaría volver a repetir esa pelea. Estaré preparado con gusto para ver quién de los dos gana esta vez, aunque un empate

tampoco me parecería tan mal... —Ahí está esa media sonrisa burlona. Este tonto comienza a parecerme muy divertido y me hace sentir cada vez más cómplice y a gusto con él.

—Ay, señor Durán, la oferta sin duda es tentadora pero no querría desilusionarle con mi victoria. Soy muy eficaz en estos menesteres. —Sin siquiera darme tiempo a reaccionar, Nico me coge por la cintura y me atrae hacia él. Me lleva hacia el árbol del que antes me habló y, sin apenas haber más de tres centímetros entre su boca y la mía, se acerca un poco más y me susurra casi rozándome los labios al hablar:

—Aquí fue donde te caíste al dar esas mil vueltas mientras bailabas. No sabes lo que me encantaría volver a verte bailar así, ver ese lado tuyo que seguro está a punto de salir y del que sin duda sería tu fan número uno. Noto como si te conociera de toda la vida, como si nunca nos hubiéramos separado, como si al mirarte supiera que quieres salir de esas cuatro paredes que te tienen atrapada.

»Creo, no sé por qué, que puedo ayudarte a sacar esa parte tan auténtica y tan tuya que pide a gritos salir. Quizás juntos podríamos descubrir esa Xiomara que me tiene ya de por sí fascinado y de la que quiero empaparme no sabes cuánto ni de qué manera. Te respeto en tu decisión y te daré tu espacio, pero quiero que sepas que estaré aquí para lo que necesites. Desde que has aparecido en mi vida no logro quitarte de mi cabeza y el beso de ayer me ha vuelto loco hasta tal punto que hoy he tenido que venir a colocar la leña y a entretenerme con algo porque, sinceramente, me subía por las paredes. Te daré tu espacio pero ahora mismo te llevaría a casa y te encerraría conmigo una semana entera, te lo aseguro.

La tensión sexual en este momento sería capaz de derretir uno o dos polos, como poco. Me acaricia la cara, me da un beso entre la mejilla y los labios, rozándome tan solo la comisura y, mientras me acaricia de nuevo el pelo, se separa de mí y me deja el espacio que le he pedido absurdamente y del que ahora mismo tanto me arrepiento. Esos labios que me acaban de decir tantas cosas increíbles son los labios más *besables* del mundo.

Estoy aturdida debido a la bomba que acaba de compartir conmigo. Me siento confusa y alterada. Tengo que reconocer que la atracción que hemos descubierto el uno por el otro es palpable a kilómetros y que, aunque no me vea preparada para nada con nadie, la tentación es insufrible y mortal para mí.

Me despido de Nico con sospechosa rapidez por la incomodidad desde que nos hemos vuelto a sentar juntos. La situación ha comenzado a ser algo tensa y extraña. Le prometo quedar esta semana para tomarnos un café. *¿Un café?* Si lo único que queremos ambos es comernos el uno al otro, *vaya par de dos*.

¿Qué voy a hacer aquí a partir de ahora, sola, pensando en él si lo que debo hacer realmente es dedicarme a pensar en mí misma y en cómo encauzar de nuevo mi vida?

Maldito Nico...

¿ME AYUDAS?

14

.....
Ruth y yo amanecemos con cierto regusto de nostalgia debido a la despedida, pero de buen humor porque ayer salimos a cenar una hamburguesa en un pueblo cercano. Nos lo pasamos genial: Ruth tonteó con un camarero todo el rato, y con sus comentarios de caradura *urbanita* consiguió sacarle los colores en más de una ocasión. Comimos comida grasienta hasta reventar y conseguí olvidarme de mi atontamiento tras la tarde en el río con *míster chico sexy*.

Le conté a Ruth la tensión sexual tan potente que tenemos durante todo el rato que estamos juntos y su opinión al respecto fue clara y concisa:

—Mira, bonita, aquí hay mucha gente que pasa hambre en el mundo, tú la primera. Llevas ya casi un año divorciada y no me quiero imaginar cuánto tiempo estuviste con Albert sin que os tocarais con esa parte final tan tormentosa en vuestra relación así que... ¡SI NO TE ACUESTAS CON ESE HOMBRE SACADO DE UNA PORTADA DE MODELO DE CALZONCILLOS... ES QUE ERES REMATADAMENTE IDIOTA! —Qué fácil es decirlo siendo Ruth, la que tras su primer amor se prometió a sí misma no volver a enamorarse y así disfrutar solo de la parte carnal del otro género. En mi caso lo de enamorarse no es una opción. La única vez que me enamoré acabé sintiéndome la más desdichada e infeliz del planeta.

Tan solo pensar en el riesgo de volver a caer en esa espiral de dolor sin salida... ¡Uffff!, demasiado vértigo.

—Deja de poner esa cara de pánico y no uses tanto la parte cerebral. Es momento de sacar la parte animal e instintiva que llevas dentro y así *darle a tu cuerpo alegría Macarena ¡¡Aaahhh!!*
—Así es ella, espontánea como la vida misma.

—¿Quieres cantar más bajo? Asustas a los lugareños.

—*Ahh* es verdad, *oye, ojazos*, ¿me dices qué es lo que se estila por aquí? A ti te veo *reggaetonero*, vaya, tienes unas pintas de bailar bien moviendo esas caderas tan masculinas... — El camarero no sabe ya dónde meterse.

Me despido en la estación de Ruth con un abrazo que dura unos quince minutos. Me vuelvo a casa con una sensación de vacío horrible. Al llegar me acerco a ver a Isa y converso durante una hora y algo con ella mientras le cuento qué tal ha ido el fin de semana, obviamente descartando la parte *erótico-festiva* que he vivido con su *sobrinito* el seductor.

Isa me levanta el ánimo y, tras varios cafés junto con unas pastas caseras que le he llevado típicas de Pontevedra, me despido de ella cariñosamente y vuelvo relajada a casa. Entro y decido ponerme cómoda mientras se calienta el agua del té en honor a Ruth.

Subo con mi té en mano al balcón de mi habitación y cojo mi libro favorito, el que hace ya más de seis años que no he vuelto a leer y que me recuerda a una de las cosas que tanto amaba y disfrutaba A. A. (así denomino a mi etapa antes de Albert, para que veáis el cariño que le tengo).

Tras leer varias páginas me doy cuenta de que me es imposible concentrarme. En mi cabeza solo aparecen dos imágenes recurrentes: una en el Atrápame si puedes, y la otra en el árbol junto al río. No logro dejar de pensar en él y no sé ni cómo quitármelo de la cabeza.

Me pongo el chándal y decido salir a correr: tras varios kilómetros y un *playlist* de las últimas novedades en España de Spotify, me vuelvo completamente loca al ver las letras de todas las

canciones reflejadas en nuestra *NO* historia: Becky G y Paulo Londra me cuentan que «cuando te besé sentí que toqué el cielo y no me equivoqué». Becky se sigue riendo de mí, y me explica junto con Natti Natasha «si tú me llamas, nos vamos pa' tu casa, nos quedamos en la cama sin pijama sin pijama...». Melendi, Alejandro Sanz y Arcano también se unen a esta broma macabra, y me recuerdan lo que me ha dicho Nico hace tan solo unas horas de bailar y dejarme llevar, de ser yo misma y sacar mi mejor lado, y desde esta canción siento como si él mismo me dijera:

«Ella no es la princesa delicada, que ha venido a este *party* a estar sentada, ella no es solamente lo que ves, a ella ni tú ni nadie le paran los pies. Déjala que baile, con otros zapatos, unos que no aprieten cuando quiera dar sus pasos. Déjala que baile, con faldas de vuelo, con los pies descalzos dibujando un mundo nuevo».

Dejo de correr tras escuchar esta canción unas cuatro veces y... sin apenas dedicarme un segundo a pensarlo y meditarlo le mando un WhatsApp.

«Señor Durán, se ha metido totalmente en mi cabeza y no logro dejar de pensar en usted.

Nico... espero que esta pregunta no sea muy atrevida pero, ¿me ayudas a recordar quién soy?».

Ya está, estoy perdida, que sea lo que dios quiera. A los pocos segundos me lee y solo al leerlo sonrío con ilusión por un lado, pero por otro con un miedo atroz a lo que pueda estar ahí escrito:

«Será todo un placer para mí, princesa. Haré que vuelvas a bailar, e incluso te compraré esa gran falda de vuelo».

¿Las casualidades existen? Quizás no existan las coincidencias, quizás caminemos cada día a lugares y personas que nos han esperado desde siempre.

Sin duda esa es mi sensación en este momento. Aun así la borro, prefiero desconfiar de ella porque el miedo es tan grande que me impide dejar de pensar en posibles sufrimientos futuros, en más desdichas, en más destrozos emocionales... No quiero que el miedo consiga hacerme desperdiciar el disfrute de lo que pueda llegar a vivir, pero ahí está, presente igual que las pesadillas que vienen a mí cada horrible noche.

Inhalo y exhalo, y me repito a mí misma, aprovechando que no tengo a nadie alrededor:

«Sé valiente, *Xiomi*, lo que tenga que ser será».

Ahora es momento de tirarse a la piscina, y ha sido Nico el que he elegido para que me ayude a dar ese paso que, intuyo, me será de gran ayuda.

Aunque soy yo y solo yo la que decide saltar sola con el coraje que ello supone. ¡Allá vamos, *Xiomi*!

ELLA Y YO, DESDE EL PRINCIPIO

15

.....

Los veranos en mi pueblo siempre han sido aburridos. Cuando era pequeño todo el mundo se iba de vacaciones, se iba a la playa con su familia, en fin, desaparecían. Mis padres trabajaban duramente y, en verano, era cuando me iba a casa de mi tía y, al haber pocos niños por la zona, para que no me sintiera todo el día ocioso la ayudaba como podía con las tareas de la casa y demás quehaceres propios de un hogar, como por ejemplo limpiar la piscina, o cortar el césped, siempre bajo supervisión de mi tío, un hombre fornido y siempre dedicado al campo. Mi tío falleció hace unos años en un trágico accidente de tráfico.

Hace unos treinta años, en uno de mis primeros veranos, exactamente después de mi séptimo cumpleaños, apareció una novedad en forma de niña pequeña que dio color a mi verano gris. La primera vez que vi a Xiomara, mientras jugaba en la finca de la casa de mi tía Isa, me sorprendió. No estaba acostumbrado a ver niñas tan arregladas, ella era una niña menuda que se mostraba al mundo con su vestido de vuelo, tan atípico entre las niñas de mi pueblo. Tenía ese pelo castaño con reflejos dorados lleno de rizos despeinados que le daban un aire de *gamberrilla* muy gracioso. He de reconocer, que, a pesar de tener tan solo siete años, ya de aquellas me resultó interesante y diferente a las demás, ya desde el principio.

Cabe decir que al ser los únicos dos niños de la zona, nos hicimos inseparables desde el primer momento, y así se mantuvo hasta un mes después cuando su abuela Marina y mi tía Isa nos tuvieron que despegar literalmente el uno del otro ya que no entendíamos ni veíamos razón en tener que despedirnos.

Durante los siguientes veranos, siempre preguntaba por Xiomara una y otra vez, pero parecía que esa chica que tantos buenos momentos me había hecho pasar con su carácter alegre y juguetón no iba a volver.

A partir de ahí no volvería a acordarme de esa chica hasta muchos años después. Mi adolescencia resultó estar cargada de muy buenos momentos para mí, pero muy malos para mis padres, o al menos eso era lo que yo pensaba, que eran buenos, menuda pubertad más rebelde la mía. Sobre los catorce descubrí el mundo de los cigarros, que siempre escondía al llegar a casa en mi calcetín por dentro del pantalón y que no levantó sospecha alguna en mis padres. Casi al cumplir los dieciséis me dijeron que era un flojo y que lo que se llevaba era fumar porros de marihuana. Era lo que molaba, así que sin pensarlo dos veces me convertí en el mejor *liador* de la zona, podéis imaginaros todo lo que fumé para cogerle tanto la técnica, en menos de un minuto me liaba un *canutillo*.

Era la época del botellón, y así descubrí las primeras experiencias con las chicas, en parques concurridos escondidos tras los arbustos cuando ya anochecía, o en los reservados de las discotecas de la zona, todo un clásico. Con tres o cuatro cubatas de vodka limón el pudor se quedaba atrás y daba lugar a las primeras experiencias sexuales. No me gustaba repetir demasiadas veces con la misma chica así que mi *modus operandi* siguió siendo así hasta más de los veinticinco.

Ninguna mujer me despertaba nada fuera de la amistad, por un lado (tenía buenas amigas), o de lo sexual por otro, pero de ahí a encontrar algo llamado amor... nada que se le pareciera.

No llegué a ser un delincuente pero era lo que se suele llamar un chico malo: me metía en peleas, usaba a las chicas de mala manera para luego darles largas sin importarme sus sentimientos, y mil cosas más de las que a día de hoy me arrepiento y que, sin duda, no volvería a hacer. Con mis amigos era bastante fiel, y ese era uno de los motivos de siempre verme envuelto en miles de follones. La justicia y la lealtad eran intocables para mí, así que cualquiera que tocara a los míos, sin duda estaba metiéndose conmigo.

Por suerte, el azar hizo que conociera al que es hoy mi mejor amigo de la manera más incoherente, partiéndole un labio. Estábamos en una discoteca de Vigo, y uno de mis amigos me dijo que un tío estaba morreándose con la que era su chica (llámese «su chica» a su rollete de una o dos semanas). Decidimos ir en su búsqueda y, cuando ambos lo cogimos por banda, apareció de la nada un tipo alto y fuerte y, sin apenas esperármelo, me dio un empujón que me tiró al suelo mientras evitaba que le cayera una buena a su amigo. Cuando me levanté, viendo que era más fuerte y grande que yo, sin dudarlo le di un puñetazo con todas mis fuerzas, y así fue como le rompí el labio.

—¿Pero tú te has vuelto loco? Joder, me has roto el labio *¡¡¡subnormal!!!* —No sé por qué pero en ese momento me sentí bastante mal y quise mostrarle mi arrepentimiento a ese tío que se veía que lo que menos ganas tenía era de buscar problemas, y eso que con su tamaño hubiera podido con cualquiera.

—*Joder*, lo siento. Espera que cogemos mi moto y te llevo a urgencias, hay que poner puntos.

—*Ostia no me jodas*, tú a mí no me llevas ni a por un cubata.

—En serio, disculpa. Curaremos esto y asunto zanjado.

Ambos teníamos dieciocho años y, desde esa noche, nos hicimos inseparables. Nunca dejamos de recordar esa primera noche: él siempre dice que pudo haberme tumbado pero que le daba pena porque sabía que era demasiado grande para mí y no le gustaba jugar con tanta ventaja. Un fantasma, vamos, pero yo le quiero como a un hermano.

DESPEDIDA DE SOLTERO

16

.....
Mi mejor amigo se llama Jagger y siempre ha estado ligado al deporte. Ha competido en la federación española de kickboxing. En los mundiales siempre ha liderado en las primeras posiciones. A día de hoy tiene un gimnasio en el pueblo más cercano de la zona, y lleva diez años regentándolo con entrega y profesionalidad. Cuenta por ello con clientes fieles, y su gimnasio se caracteriza por tener un ambiente familiar gracias a su trato cercano.

Él fue el que me enganchó al deporte, el que me hizo dejar todo ese mundo lleno de drogas y alcohol. Aunque he de reconocer que hemos sido unos donjuanes en nuestras escapadas nocturnas mientras estábamos solteros, eso no cambió en absoluto. Hasta que conocí a Mariela, claro.

Mientras él se centraba en el mundo del deporte casi las veinticuatro horas del día, yo me decanté por estudiar arquitectura. Siempre me había llamado la atención el mundo de la restauración y también la recreación de casas en el ámbito rural, desde el principio fue mi clara vocación.

Al licenciarme trabajé para varios proyectos de diversos ayuntamientos: creación de parques, de edificios municipales, etc. Pero cuando conseguí ahorrar lo suficiente me aventuré a crear mi propia empresa de reformas, enfocado primeramente por toda mi zona, donde tantísimas casas estaban y están aún cayéndose y, donde, con poco dinero, se convertían en una grandísima opción para vivir. Las adquirí casi todas a un precio muy razonable para después restaurarlas manteniendo una piedra que, aunque antigua, es enormemente valiosa. Esta iniciativa la vi también como una buena opción para aquellas personas que, debido a la crisis, eran incapaces de conseguir una hipoteca de unos ciento cincuenta mil euros, los bancos no daban préstamos ni a sus tíos, bueno, seguro que a sus tíos sí.

En esta zona, por la mitad de precio, eso sí, amando la zona rural, conseguí que muchas personas tuvieran la opción de comprar una vivienda adquiriendo así una casa restaurada de gran tamaño y con terreno, a un precio de chiste.

Mi idea simplemente fue reformarlas con las más actuales innovaciones arquitectónicas pero manteniendo la esencia de la misma. Los resultados de mi empresa al principio fueron mediocres, pero, año tras año, se fue haciendo un hueco y, a día de hoy, con una plantilla de catorce albañiles, dos fontaneros, dos electricistas y un aparejador, no damos abasto.

Así fue como conocí a Mariela hace unos siete años. La conocí en una nave proveedora de materiales y, aunque no me llamó la atención al principio, a base de ir coincidiendo, un día me invitó a salir, y he de reconocer que las chicas lanzadas siempre me han parecido irresistibles. Sin duda ella no estaba nada mal, morena, de metro ochenta, pelo largo ondulado y siempre excesivamente peinado, sonrisa pícara y quizás algo descarada, siempre coqueteando con todos los hombres a los que tanto estaba acostumbrada al tenerlos siempre a su alrededor en su día a día debido a su trabajo.

Salimos a cenar y después nos fuimos a un par de pubs de Pontevedra y, desde esa primera noche, encajamos como anillo al dedo. A ambos nos gustaban las mismas cosas: el deporte, el mundo de la construcción, las películas de terror, los animales (ella tenía un labrador y yo un pitbull de diez años).

Nuestra relación comenzó fluida y sin problemas desde el principio. Ambos queríamos independencia y el problema apareció cuando Mariela me dijo, al año y medio de relación, cuando aún no vivíamos juntos por decisión conjunta, ¡que nos habíamos quedado embarazados!

Fue un golpe complicado de encajar para ambos ya que ni lo esperábamos ni estábamos preparados para ello. Mariela, con una familia clásica y conservadora, y yo, que no era de los que quería tener un hijo sin estar casado con la madre del mismo, decidimos organizar una boda exprés en pocos meses para después irnos a vivir juntos a los ocho meses casi antes de dar a luz, y así tener a nuestro hijo dentro de una familia aparentemente formada y normal.

Jagger, que es un organizador de eventos y de festividades varias de manera innata, fue el encargado de organizarme una despedida de soltero. Solo me dijo que iríamos a Madrid un fin de semana completo, así que organicé mis obras para dejar libre el viernes completo y así poder juntarlo con el sábado y domingo.

Mientras estaba en casa de mi tía Isa, ayudándola a pelar patatas mientras preparábamos una tortilla de patata de forma improvisada, ya que me acerqué a verla y me convenció para quedarme a cenar, así fue como de manera casual, al decirle que iría a Madrid todo un fin de semana «obligado» por mis intrépidos amigos, Isa me despertó ese recuerdo casi olvidado sobre Xiomara y toda su familia. Me dijo que su abuela Marina tenía una *tapería* por la zona de Atocha que se llamaba A Gata Meiga y que, a veces, su nieta iba los fines de semana a trabajar en la misma, la niña de los vestidos de vuelo con la que tanto había jugado aquel verano. La curiosidad mató al gato, nunca mejor dicho, y así fue como eché todo a perder en aquella despedida de soltero, al acercarme a ver si reconocía en esa niña a la mujer en la que se convirtió.

Esa visita a A Gata Meiga sin duda fue mi absoluta perdición.

Maldita Xiomara...

RECOSTADA A LA SOMBRA DE GIGANTES

17

.....
Estoy echada en la hierba mientras con los ojos cerrados me dejo arrastrar por el vaivén del río que choca con las piedras que va encontrando en su camino hacia su desembocadura. Es un sonido agradable, apacible, que con solo pararte y prestarle un poco de atención te deja arrastrar por su calma, su descender inevitable y en curso. Me siento en paz con el entorno, solo soy una más junto con los cientos de animales que me rodean: pájaros y demás aves, insectos, conejos, zorros escondidos que no se dejan ver hasta el anochecer (ya he visto alguno estas semanas), jabalíes, caballos, vacas, cabras...

Una más que tiene el orgullo de respirar el mismo aire que nos rodea, y que, recostada a la sombra de gigantes, entre estas montañas de elevada consistencia, puedo decir que la calma, al fin, se ha apoderado de mí.

Me dejo arrastrar mientras siento a Lor recostándose a mi lado, o al menos eso creo, porque lo siguiente que noto es cómo me habla al oído despacio y sensual:

«Desde que te volví a ver en tu A Gaita Meiga no he podido dejar de pensar en ti, en tu sonrisa, en tus labios sensuales que me sonrieron con la indiferencia de un desconocido, pero con esa inocencia hecha mujer cargada de sensualidad, fue eso, junto con tu cuerpo lo que, al transcurrir de los años, se ha convertido en el mayor de mis tormentos, porque no puedo pasar ni un día más sabiendo que solo puedo soñar con él. Necesito acariciarlo, besarlo, hacerlo mío...».

Abro los ojos y le veo a él, semidesnudo acostado a mi lado, y me dejo arrastrar mientras sus manos comienzan a acariciar mi cuello, descendiendo por mi espalda y deteniéndose en mis caderas. Me coge del culo y me atrae hacia su cuerpo torneado, de tez tostada debido al sol y a su trabajo casi siempre en el exterior. Estamos piel con piel y la excitación se apodera totalmente de mí, necesito sentir su lengua dentro de mi boca y recorrer todo su cuerpo...

De repente noto cómo el agua fría me da en toda la cara y me asusto enormemente mientras abro los ojos. Veo a Lor sacudiéndose junto a mí con su palo en la boca y su pelo largo empapado tras su reciente zambullida en el río. ¡NO ME PUEDO CREER QUE LO QUE ACABO DE VIVIR HAYA SIDO UN MALDITO SUEÑO ERÓTICO CON NICO!

Me he quedado totalmente dormida mientras disfrutaba de mi nuevo descubrimiento, la capacidad de relajarme de manera total. Al fin puedo desconectar la mente. He sido capaz de parar, de empaparme de lo que me rodea, y ha sido tanta la calma que... me he quedado totalmente dormida. Y así me despierto, *cachonda perdía* y frustrada por la impotencia de haber vivido algo tan aparentemente normal y descubrir, al poco, que fue tan solo un sueño.

Me enfado un poco conmigo misma al ser consciente de que Nico se está convirtiendo en una pequeña obsesión que va en aumento desde el sábado pasado en el Atrápame.

Me levanto y dejo a Lor en casa para bajar a la ciudad, me apetece ir de compras un poco.

Vigo está lleno de centros comerciales y de tiendas. Al ser la ciudad con más habitantes de toda Galicia, goza de una variedad en cuanto a productos y servicios que no tiene nada que envidiarle a otras grandes ciudades españolas.

Elijo el centro comercial más completo y, de manera casual, mientras deambulo por los diversos escaparates dejándome llevar por sus anchos pasillos no demasiado concurridos al ser un día entre semana sobre las tres de la tarde (luego subiré a la parte de arriba a comer algo de alguno de los restaurantes *fast food*), termino en una tienda que hace años me apasionaba y me hacía sentir coqueta y sexy. Ethan es una franquicia de ropa interior, pero tiene unas calidades envidiables en comparación con primeras marcas de lencería y, en mi época *veinteañera*, solía ser uno de mis caprichos más ocultos. Cuenta con lencería de encaje muy sexy y en muy variados colores, así que entro, y, en un ataque de compulsividad debida a mi acaloramiento de estos días, me dejo vencer por mis más oscuros anhelos y decido prepararme para lo que pueda venir, que me temo que es inminente.

Me decanto también por un conjunto de encaje negro formado por un *croptop* demasiado transparente a juego con unas braguitas negras de corte brasileño que, una vez me lo veo en el probador, me convence lo que veo y decido así sacar mi lado juguetón a pasear y, con algo de pudor se lo entrego a la cajera junto con mis otros cuatro conjuntos de diferentes colores y con dos pijamas a mayores, ambos de entretiempo, bastante sexys y entallados.

Al terminar de comer, cojo el coche y me dirijo de camino a casa. Al pasar por uno de los pueblos más cercanos a mi casa, en la general, veo un gimnasio que me causa curiosidad y asombro ya que por esta zona jamás he visto ninguno, y decido aparcar el coche y acercarme para pedir información. Con tanto tiempo libre y ahora que le estoy cogiendo de nuevo el gusto a mantenerme tan activa haciendo mis nueve kilómetros diarios, puedo preguntar a ver si las instalaciones y las actividades me encajan.

Al entrar veo tan solo unas pocas personas en la sala de máquinas que se encuentran a la izquierda, casi todo hombres. Me acerco al mostrador y aparece un hombre muy musculoso, alto y de rasgos muy marcados, al más puro estilo monitor de gimnasio que se mantiene en forma muy mucho.

Su amabilidad contrasta con esos rasgos fuertes que incluso imponen, pero al hablar con él varios minutos me doy cuenta de que se trata de una persona seria, cercana y profesional.

Me enseña las instalaciones que, aunque no son del tamaño de los típicos gimnasios tamaño centro comercial que solía frecuentar en Madrid hace años, me gusta ya que habla de familiaridad, de un entorno de gente tranquila donde considera a sus clientes algo más que cifras, intentando siempre dar un trato personalizado a cada uno de los que pasan a formar parte del gimnasio ayudándoles a conseguir sus objetivos de la manera más eficaz.

Sin darme cuenta, me veo cumplimentando mi matrícula para estos dos meses que me quedan aquí y, contenta por mi decisión, me despido con una gran sonrisa diciéndole que mañana mismo empiezo y que, quizás, me anime a asistir a alguna clase de *kickboxing*, la cual me comenta que es su especialidad.

CENA EN SU CASA

18

.....

Amanezco con el sonido de la lluvia golpeando fuertemente a través del ventanal de mi balcón. La lluvia en Galicia es recurrente durante esta época, pero aún no había tenido el gusto de verla en todo su esplendor. La neblina inunda todo el paisaje y hoy me va a ser imposible salir a correr, así que desayuno rápido y decido estrenar mi *cartelito* de novata en el *gym*. Me preparo la bolsa y cojo el coche camino al Xparta, que así se llama.

Al llegar no hay nadie en las instalaciones, tan solo Jagger, así me ha dicho que le llame el monitor y dueño del negocio. Su trato es profesional y me hace sentir a gusto desde las primeras indicaciones. Decido comenzar con un par de máquinas *cardio* para ponerme a punto, después me centro en la parte de musculación y tonificación.

Al salir Jagger me da la enhorabuena y me comenta que, aunque quizás mañana tenga alguna molestia en alguna zona trabajada, me ve en forma y espera que me anime a ir a alguna actividad conjunta cuando tenga oportunidad, asiento y le digo que así será, pero hoy... —¡Tengo otros planes! —le comento al salir contenta y emocionada.

Ayer de noche Nico me llamó, me encanta que no le guste escribirme por WhatsApp y que prefiera la cercanía de una llamada. Estuvimos hablando una hora larga, y decidimos vernos hoy en su casa ya que prometió mostrarme su faceta como cocinillas que, aunque según él, no se considera un gran gourmet, tiene un par de platos de cosecha propia que cree que serán de mi agrado y me encantarán.

He quedado sobre las ocho y algo en su casa, ayer mismo ya me mandó al colgar su ubicación exacta para que llegue sin pérdida alguna. Son once los minutos en coche que nos separan, y tengo muchísima curiosidad por ver cómo es el lugar donde primeramente comenzó su vida en familia y donde, desde su divorcio, es el lugar en el que vive solo, sin compañía alguna.

Sé que tras lo que nos pasó en el Atrápame todo se descontroló un poco pero quiero decirle esta noche que, referente a su problema con su exmujer y su intención de compartir la custodia con Zio... intentaré ayudarle en lo que pueda. Aún no me veo con fuerzas de retomar mi abogacía pero intentaré ayudarle en aquello que esté en mi mano.

Me ducho con tranquilidad y disfruto de una ducha larga mientras veo las gotas que caen resbalando por la ventana del baño. Me pongo previamente unas velas y un *playlist* en Spotify de música relajante mientras me dejo llevar por el momento, sintiendo la espuma bajo mi piel, el calor del agua, la sensación del vaho que crea la estancia, la cuchilla al pasar por mis piernas, por mi intimidad, hasta reducirla a la ausencia total de pelo en todo mi cuerpo.

Me visto rápido tras hidratarme, y la sensación de mi nuevo conjunto interior al contacto con mi piel recién depilada e hidratada me hace sentir diferente. Adoro esta nueva sensación de volver a gustarme. Años atrás no ha sido posible, pero esta nueva *Xiomi* me hace sentir libre por primera vez en años.

Me visto rápido y me ato el pelo en una cola alta tras secarlo y alisarlo un poco. Me maquillo lo justo pero lo suficiente para no mostrar mi piel demasiado pálida. Siempre procuro subirle un tono a mi rostro con el maquillaje para darme algo más de color.

Le doy unos mimos a Lor tras dejarle su comida y su bebida lista y me marcho con bastantes

nervios por lo que pueda pasar esta noche; aunque segura y con ganas de aprovechar cada instante con este chico malo tan sexy que me tiene cautivada hasta el extremo.

Al llegar a la ubicación que me indica el *gps*, me quedo estupefacta con las vistas y con la impresionante casa que ven mis ojos. Aunque siendo como es Nico... no me esperaba menos de él. Se trata de una casa de dos plantas, con un porche de cristalera en toda la parte lateral en caída y un frontal con un porche abierto sujetado por pilares que alberga una larga terraza en su parte superior.

La casa se encuentra totalmente cerrada con una finca que la rodea llena de árboles y con una piscina en la parte de atrás semicubierta. Toda la finca muestra varios caminos asfaltados que se concentran en una fuente central muy rústica realizada también en piedra, reconstruida seguramente por él, con peces de colores en su interior.

Me bajo del coche y cojo las dos botellas de vino tinto que he comprado esta mañana y que sé que le gustan porque casualmente Isa me dijo un día, al darme a probar una, que ese era el vino favorito de su sobrino. Me dirijo corriendo desde el camino hasta el porche para no mojarme demasiado, la lluvia aún no ha cesado desde la mañana.

Me quito la chaqueta de cuero antes de entrar, y reviso que mi camisa ajustada de cuadros grandes azules y blancos junto con mis vaqueros más ceñidos estén en orden. Sin más, timbro inundando la paz interior de la casa con el sonido de mi llegada.

A los pocos segundos se abre la puerta, y la sonrisa más amplia y bonita que he visto en mi vida me anima a entrar y me embriaga con su cercanía dándome dos besos y emborrachándome con el olor más *malditamente* erótico del mundo: el suyo propio mezclado con su perfume, que ya para mí es más que reconocible.

—Buenas noches y sea usted bienvenida a mi humilde morada. —Se separa de mí y me lleva directa al salón, grande y acogedor con un sofá frente a la estufa de leña inmensa que me recibe con su crepitar de troncos ardiendo que generan un clima más que acogedor. La estancia está rodeada por grandes ventanales enmarcados en madera, y en la otra parte del mismo se ve una mesa circular con varias estanterías en las tres paredes restantes que ahora mismo están iluminadas por muchas velas junto con diversos libros. Todo bastante minimalista sin demasiada decoración ni demasiadas fotos, pero de aspecto limpio, ordenado, y muy masculino debido al grosor de las vigas en su techo, las sillas robustas que contrastan con una iluminación indirecta en led que le da un aspecto íntimo y muy actual.

—Te he traído este vino, me han comentado que te gusta...

—*¡Ohhh!* No hacía falta, muchas gracias. Si te parece lo guardo y lo estrenamos otro día porque tengo el vino perfecto que maridará con la cena de esta noche. He procurado que todo encaje a la altura de mi invitada, jamás ha entrado por esta puerta una mujer tan impresionante como la que hoy tengo el gusto de *anfitriónar*, aunque he de decir que una parte de mi está algo decepcionada ya que esperaba disfrutar de esas piernas perfectas que ella tiene con uno de esos vestidos de vuelo que tan bien le deben de quedar.

»No obstante, lo que ven mis ojos es gratamente placentero a la vista. —*Madre mía*, su forma de observarme de manera descarada y lenta, con esa mirada tan intensa mientras me recorre de arriba a abajo electrifica todo mi ser—. Pero bueno, eso ya es lo habitual, genera en mí un gran placer para la vista y para todos los sentidos...

Cada vez que me guiña el ojo con esa sonrisa se me nubla hasta la razón, me estoy dejando la cara magullada con tantos *autotortazos* mentales en pos de que no se me note el atontamiento delante de este *peazo* de hombre.

—Si te parece y como sé que te encanta escuchar música, te he dejado este cable que va al hilo musical de la casa y, mientras termino de ultimar la cena, elige algo de música y solo enchufando a este cable se escuchará por toda la casa. Lo puedes guardar en esa *ruedita* que ves ahí junto a la estantería. —¿En toda la casa? Este hombre está en todo.

Mientras elijo la música me deleito observando cada rincón mientras me descubro con una sonrisa permanente al sentirme tan en armonía con este lugar. Me ha parecido que los ojos de Nico brillaban como nunca, y solo espero que la emoción que ahora mismo me embarga, y de la que sinceramente no tengo miedo alguno, dé lugar a una noche a la altura de nuestras expectativas.

MÍRAME

19

.....

Tras varias canciones y una copa de vino albariño, aparece el chef con las primeras muestras de su obra culinaria: una especie de barca de barro grande cargada con varios mariscos típicos de esta zona gallega: almejas, mejillones, percebes, cigalas... una amplia variedad de exquisiteces todas ellas para comer con las manos, todo un reto para una primera cita, ¡qué atrevido!

Se sienta a mi lado con una de sus camisas habituales, hoy quizás algo más ajustada, esta vez de un color vino mate que descaradamente muestra parte de su pecho marcado y depilado con sus primeros botones desabrochados al más puro estilo hombre provocativo que, de estar en un restaurante concurrido, sería mirada de muchas.

Baja algo la iluminación y, antes de sentarme, me dice al oído, mientras consigue ya erizarme toda la piel: «no sabes las ganas que tengo de deleitarme viéndote comer estas exquisiteces, que espero te gusten».

¡Menuda forma de comenzar una cena, esto promete!

Me tomo la segunda copa de vino albariño casi del tirón. Está exquisito así tan frío, lo cual me ayuda a bajar estos calores horribles que ya empiezan a apoderarse de mí.

Disfrutamos de una conversación relajada y divertida mientras disfrutamos de cada bocado, eso sí, sin dejar de comernos con la mirada, y notando cómo nuestras sillas cada vez necesitan acercarse más y más.

De segundo plato me sorprende con una especie de filete gordo hecho con carne de vaca cocinado de forma sencilla guarnecido con patatas fritas. Aparentemente se trata de un plato corriente y normal pero, al entrar en contacto con mi boca, resulta tener una jugosidad que me vuelve loca de gusto, me confiesa que está cocinada a la piedra, una de sus especialidades. Para este plato me cambia la copa y me marida el plato con un vino de toro de una añada de más de diez años que resulta ser fuerte al paladar pero que, al contacto con la carne, concuerda a la perfección.

—*¡Madre mía, Nico, no puedo más! No puedo negar que eres un cocinero de escándalo y que, si en tu trabajo eres la mitad de bueno... ¡mi próxima casa será hecha por ti sin lugar a dudas!*

—Sería todo un placer diseñar para ti, no sé por qué me da que sería mi gran obra maestra, así que cuando desees estaré totalmente a tu disposición. —Me fascina cómo mi mente da vueltas siempre pensando en lo mismo, como una adolescente que saca todo de contexto y lo lleva al terreno sexual hables de lo que hables, ¡qué barbaridad conmigo!

—Gracias por la cena, de verdad, me ha encantado.

—Me alegro de que te haya gustado. En la parte de atrás tengo una zona donde no pasarás frío y donde se ve la montaña en todo su esplendor, ¿te apetece que tomemos el postre y los cafés fuera?

—Perfecto, ¡me muero de ganas!

Salimos a la parte de atrás y, para mi sorpresa, la cafetera y todo lo necesario para tomar los cafés están colocados en una mesa grande en un porche impresionante de unos treinta y algo metros cuadrados. Sonríe para mí misma al pensar que en Madrid hay apartamentos más pequeños que lo que ocupa este espacio. De locos.

Me quedo absorta mirando la iluminación del exterior, bien cuidada con farolillos colocados

con gran coherencia y armonía que van, a su vez, delimitando toda la finca y que permiten ver toda la arbolada llena de robles, eucaliptos y la montaña que rodea este valle en el que vive Nico.

De repente veo cómo, desde atrás, Nico me toma de la mano y, abriendo la cristalera del porche, me lleva a una habitación al que se accede desde el interior, en un lateral del mismo. Me quedo impresionada al ver de repente un *jacuzzi* circular enorme, de nuevo rodeado por cristalera a su alrededor en sus dos paredes delantera y lateral, como si fuera un añadido más del porche, pero totalmente privado y ajeno a todo, y me quedo fascinada al verlo lleno de velas con una botella de champán y dos copas en uno de sus lados. El *jacuzzi* está lleno y cubierto de pétalos de rosas. Me quedo sencillamente inmóvil y muerta de vergüenza. Esto desde luego no me lo esperaba.

Antes de que pueda siquiera reaccionar, Nico me atrae hacia él y me dice, mientras fija sus ojos en los míos como nunca lo ha hecho hasta ahora:

—Mírame como si fuera la primera vez que lo haces. Quiero sacarte esa pena que inunda a veces tu mirada desde que te vi aparecer en este pueblo. Quiero, si me dejas ayudarte, sacar de nuevo esa niña que conocí y que alegraba cada rincón de esta tierra que tanto amo. Hoy quiero que la noche nos pertenezca por entero, que solo nos dejemos llevar haciendo lo que nuestros cuerpos llevan deseando tantos días, sin pudor, sin miedo, solo conociéndonos y recorriéndonos. Lo siento, no resisto un solo segundo más sin hacer esto, solo si tú me dejas y también lo deseas tanto como yo... —Me acaricia la cara y me coge por la cintura con esa fuerza y esa seguridad que tanto me abruman pero que tanto me encantan de él. Decido mandar a mi Xiomara interior frustrada y triste a Madrid. Esta noche me reto a ser lo que quiero ser, una mujer con ganas de confiar en el hombre que tengo enfrente, y al que tanto deseo y del que no he dejado de pensar desde que nos besamos.

Se mantiene inmóvil mientras estoy en sus brazos a la espera de que sea yo la que decida si acepto o no su propuesta. Me gusta la seguridad con la que maneja estas situaciones pero me encanta aún más la manera en la que me respeta esperando a que sea yo la que decida si seguir adelante con esta propuesta tan tentadora, dándome la autoridad total de la toma de mis decisiones.

Me está mirando lleno de deseo, imposible no percibirlo, así que, sintiendo que este momento y que este pedazo de hombre me pertenecen por entero durante al menos toda esta noche... decido no resistirme un solo segundo más.

A MADRID, Y SIN REMORDIMIENTOS

20

.....
—Nico, tío, ya están todos esperando por ti, *pa* no variar. Estamos por dejarte plantados e irnos, pero eso de que sea TU PROPIA DESPEDIDA nos dejaría como unos cabronazos... ¡O TE VIENES O TE LLEVAS UNA PALIZA!

—A ver tío, estoy ya llegando no seáis *cagaprisas* y tomaros una caña a mi salud en la estación, que en menos de diez minutos ya estoy allí. A ver qué tenéis organizado que ya sabéis que Mariela como se entere de alguna *stripper* o similar... me la corta. —Nos vamos cinco de despedida, tres de ellos trabajan conmigo desde hace años, otro es mi primo Luisito y es el que más peligro tiene: veinte añitos y una soltería cargada de un amplio listado de mujeres en el que ya podría crear unas páginas amarillas. A ver si se le acaba pronto la *tontuna* porque me recuerda odiosamente a lo que fui años atrás—. Lo dicho, el tren no lo perdemos así que con calma, que para eso es mi despedida.

Jagger y su puntualidad, y yo que no llego puntual ni a mi propia despedida. A ver cuándo se va dando cuenta de que llegar a los sitios a tiempo no es una de mis cualidades predilectas.

Al fin tras cinco largas horas en tren llegamos a la estación de Madrid y, sin haber conseguido tras mis miles de preguntas sonsacarles qué es lo que vamos a hacer esta noche, me rindo y me echo una buena siesta por si, por alguna razón, no dormimos en todo el fin de semana, cosa que no me extrañaría en absoluto.

Primero nos acercamos al hotel en el que estamos alojados. Jagger y yo estamos en la misma habitación así que al subir, sin verlo venir, mientras estábamos sacando las maletas y demás dentro de nuestra habitación, de repente Jagger abre la puerta de forma sigilosa y los veo a los cinco acercarse: me tapan los ojos y me inmovilizan en la silla sin darme opción ni a moverme ni a ver *tres en un burro*.

—*Mamonazos*, ya me vais soltando *peazo de cabrrrr*...

—Luisito, ¿quieres sacar el maquillaje?, oye ¿te acordaste de traer el tanga de *furcia* talla XXL?

—Meca tío, se me olvidó, Pero tengo los pañales y la peluca de rubia *guarrilla*.

—*A verrrrrrrr*, dejaros de *gilipollecés* que me estáis calentando y me pienso pasar toda la noche a puñetazo limpio —¿He oído tanga? ¿Peluca de *guarrilla*? Yo que voy de discreto por la vida y de esta noche hoy no salgo, *verás tú*.

Comienzan a desvestirme mientras noto cómo uno de ellos, intuyo que Luisito, me mete una bebida a través de un tubo que a saber de dónde *coño* lo han sacado y me hace ingerir una buena cantidad de, lo que al poco reconozco, es mi cerveza favorita, la 1906. Sin duda es la mejor cerveza del mundo, pero una cosa está clara, con dos o tres cañas de esas me vuelvo un demente *descerebrado* sin conciencia alguna... ¡menuda noche nos espera!

Al fin me han soltado y pretenden que me vea como si de un Picasso se tratara: orgullosos de su obra me colocan frente al espejo para que sea lo primero que vean mis ojos según me destapan. Lo primero que veo es una peluca espeluznante de *fulanilla* barata, los labios pintados al estilo payaso, llevo unos hermosos pañales que muestran mis piernas musculosas que nada tienen que ver con ese atuendo tan... *psicodélico*... por decir algo. Al menos en la parte de arriba han tenido la decencia de dejarme mi camiseta básica negra no sin olvidarse de añadir unos tirantes rosas

fucsias que se enganchan en mis nuevos pañales.

—Ya puede ser épica la noche porque si no... os pienso matar mientras dormís el resacón, ¡peazo de animales!

—Pues yo creo que esta noche mojas, *jajajajajajaja*. —Luisito y sus vaciles. Todos empiezan a descojonarse mientras yo, intentando mantener la compostura, termino finalmente uniéndome a ellos, la verdad que este atuendo... va a darnos vidilla esta noche.

—Que sepáis que no pienso ir a mear ni una maldita vez, así que espero que llevéis pañales de repuesto y que esté incluido el cambio cada dos horas, porque si no abandono la despedida y a tomar por culo. Vámonos a donde demonios tengáis pensado llevarme que a este paso se me baja la cerveza y yo con este atuendo, sobrio... ¡ni de coña!

Al salir del hotel me vuelven a vendar los ojos y tras unos cinco minutos esperando, de repente caminamos unos pocos pasos hasta que me ayudan a subir unas escaleras. Lo siguiente que veo me deja en estado de *shock*: una discoteca llena de luces donde no se sabe si es de día o de noche con un par de *gogós* y un dj... ¡dentro de un autobús!

—¡¡¡Buaaaaaa, brutal tíossss sois bestiales!!! —Se acerca una chica y, tras reírse descaradamente de mis preciosos pañales me ofrece algo de beber—. *Esto... ponme un Barceló con CocaCola, cargadito.*

La tarde-noche de mi despedida se convierte en épica ya desde el principio. Comenzamos con buena música a todo volumen mientras las dos *gogós* nos deleitan con sugerentes contoneos que de vez en cuando nos despistan de nuestras propias conversaciones. Tras llevar unas dos horas bebiendo mi colega Tomás se acerca a la *gogó* y le propone un descanso para tomarse algo con nosotros, animando a su compañera también. Ellas, agradecidas después de estar un largo rato de movimiento ininterrumpido se animan y se unen con nosotros a beber, y se ve que tienen ganas de fiesta, porque en poco tiempo nos cogen el ritmo y se unen a la pandilla como si fueran dos colegas más de la despedida.

Pronto Tomás y Luisito toman la iniciativa y empiezan a tirar la caña sin reparo alguno. A Luisito la chica en cuestión le dura poco y pronto se hace la esquivia, se integra con nosotros para seguir de cachondeo en modo *paso de rolletes esta noche*.

Tomás se ve que tiene más suerte y en breves comenzamos a verlos alejarse poco a poco hasta que, en cierto momento, comienzan a comerse la boca con manoseo mutuo completo. Nosotros obtenemos otra excusa más para pedir una ronda de *chupitos* tras los que brindamos por la pareja afortunada de la noche.

Ya no sé cuántas veces he ido a mear, o cuánto alcohol corre por mis venas, pero llega un momento de la noche en el que decido plantarme y dejar de beber porque todo me da vueltas y no sé si ando, o floto.

Son casi las doce de la noche y empiezo a morir de hambre. Aunque nos han dado frutos secos y *patatillas* varias, estos degeneraos de la vida que tengo por amigos han pensado en toda la parte líquida, pero de cenar ni hablemos. Aquí el único que se está dando un buen banquete es Tomás.

No sé en qué momento de la noche me sobrevuela a mi cabeza la lejana chica del vestido de vuelo, así que como buen hombre en plena despedida cargado de alcohol por mis venas y 0% de consciencia, me acerco al conductor.

—Oye, perdona, ¿sabes si estamos cerca de la estación de Atocha?

—Pues estaremos a unos quince minutos más o menos.

—¿Podrías acercarnos y dejarnos allí para cenar algo durante una hora aproximadamente?

—Claro, tío, sin problema. Nos vamos para allá. Por cierto, bonitos pañales.
Mierda, me había olvidado de mis pintas, de perdidos al río.

CON PAÑALES Y A LO LOCO

21

.....
—Ey, como me imagino que no habréis pensado en lo que viene siendo comer, le he dicho al conductor que nos lleve a algún sitio a cenar, en nada llegamos.

—*Bua*, ahora que lo dices me muero de hambre: una buena tortilla ahora mismo entraría de lujo.

—Ya me tardaba Jagger, que come lo correspondiente a su tamaño de 4x4—. El que no sé si se va a animar es Tomás, que se ha olvidado del mundo y solo tiene ojos y manos para su nueva amiga, que se ve que le corresponde con la misma ansia.

A los pocos minutos llegamos a nuestro destino, no sin antes beber unas tres rondas seguidas de *chupitos*, que yo rechazo porque necesito despejarme antes de bajarme a la calle. Ya bastante destacaré como para encima ir dando tumbos con el cartel en la frente que diga «chico en su despedida de soltero borracho como una cuba».

Al bajarnos del bus, por supuesto sin la compañía de Tomás, que ha decidido quedarse, reviso de forma disimulada en mi Google Maps a cuánta distancia estamos de A Gata Meiga. Me marca cuatro minutos a pie así que estaremos muy cerca de, lo que según dice Google, será mi próximo destino.

Jagger, Luisito y mi colega Juan están enzarzados en una profunda conversación con Cristina, la *gogó* que ya no es *gogó*, ha pasado a convertirse en nuestra mejor amiga del mundo mundial. Son estas cosas que solo ocurren en este tipo de noches desordenadas aderezadas con cervezas, *chupitos* y cubatas varios. Le están explicando de forma muy concienzuda el por qué toda mujer no puede dejar de pasar la oportunidad de probar lo mejor del mundo, que según ellos, es un gallego. Mi cara es todo un poema, pero ella parece interesada en la temática e indaga en las virtudes varias del *espécimen chicarrón del norte gallego*. Menudas fanfarronadas salen de sus bocas, imposible no morirme de la risa ante sus comentarios.

—No solo es por nuestra seducción innata mezclada con una genética de hombres viriles procedentes del puro celta que, te diremos, destacaba por estar bien dotado...

—*Jajajaja*, tíos, no podéis ser más *flipados*, pero sí diré que ese acento vuestro es muy sugerente para madrileñas como yo.

Seguidamente Cristina, como es propio, comienza a hablar de las múltiples virtudes de su capital del alma, donde puedes conocer gente de toda clase y donde cada noche es una aventura nueva.

Cuando me quiero dar cuenta ya estamos en la puerta de la *tapería* y me sorprendo al ver que, aunque ya están recogiendo las mesas porque la hora de cenar debe de estar a punto de terminarse, aún muestra a estas horas un ambiente bastante concurrido.

Entramos, y a pesar del barullo que tenemos liado con tanta efusividad propia de nuestro evento en cuestión, hay tanto jaleo en la *tapería* que no llamamos demasiado la atención. La gente está a su aire, y pronto se nos acerca una señora de mediana edad que, tras un comentario sobre mi atuendo cargado de simpatía pero con un muy buen humor nos acompaña al comedor para que podamos cenar antes de que cierre la cocina. Se muestra muy amable a sabiendas de que son más de las doce pero no duda en decirnos que podemos cenar sin problemas.

Echo un vistazo a mi alrededor pero no veo a nadie de unos veintiséis años, que es la edad que

debe de tener ahora Xiomara.

Tras comer unas buenas tortillas de patata, junto con unas patatas bravas que están de morirse, oreja a la plancha y unos buenos calamares, todo ello devorado, según mis cálculos, en menos de cinco minutos, decido salir a fumar un cigarrillo antes de la llegada inminente de los chupitos, que estoy seguro de que seré obligado a beber.

Ya acostumbrado a mi atuendo aún sin definir, salgo solo sin complejo alguno y enciendo mi cigarro mientras me apoyo en un lateral del escaparate, en una zona bastante tranquila.

—Ruth, tía, contrólate que vamos a entrar y como nos vea mi madre en este estado, te pondrá el cartel de mala influencia para siempre...

—Venga, *Xiomí*, que la noche es joven y hay que disfrutar de esta soltería como si no hubiera un mañana.

Veo dos chicas que se acercan al local cargadas de alegría típica de sábado noche mientras se mueren de la risa de cualquier cosa. Da gusto verlas y anima a uno a unirse a ellas sin dudar. Una de ellas me resulta vagamente familiar.

—Vete entrando y le pides a mamá que nos haga algo de cenar, que nos hará falta antes de continuar la noche. Yo voy a fumar.

—A ver cuándo te animas a dejarlo, ya sabes *Xio* que odio ese maldito vicio.

—Vale *mamiiiiitaaaaa, te ai loviu*.

Así es como Xiomara, la chica que está a escasos metros de mí fumando, se muestra al mundo con esos veintiséis años que, para mi desgracia, quitan el hipo a cualquiera.

—Debes de tener unos buenos colegas, porque ese disfraz es digno de un elaborado estudio estilístico... muy favorecedor, pero deberías colocarte un poco la peluca, o esa cosa andrajosa que llevas encima se va a perder y sería un pena, ¿verdad? —Me pila de improviso, y me giro para mirarla con más detenimiento. Lleva unos pantalones negros muy ajustados y una camiseta de tirantes de color granate que le queda de muerte. Es una chica de complexión delgada pero con unas curvas bien marcadas que piden a gritos ser miradas y, por qué no decirlo, tocadas también. Lleva su larga melena castaña suelta y enmarca un rostro que me hace quedar embobado ante esa cara de bondad, dulzura, pero mezclada con mucha picardía y seguridad en sí misma. Sin duda transmite ser toda una mujer, y ¡menuda mujer!

—Hola, me llamo Nicolás y... sí, son unos cabronazos, pero he de reconocer que la noche está mereciendo la pena.

—Yo soy Xiomara, encantada. —Se acerca y me planta dos besos mientras su aroma me marea, ¡dios!, esta diosa huele que da gusto—. En nada entraré a ayudar un poco a mi familia, esta *tapería* es nuestra, ¿te han tratado bien? Es la primera vez que vienes por aquí, ¿no?

—La tortilla está de muerte, y esa salsa brava... ¡demasiado! La verdad es que es la primera vez que venimos, ¿trabajas aquí normalmente con ellos? Porque si es así prometo convertirme en cliente habitual, e incluso venir con ropa decente, la pena es que no sabía que conocería a una chica como tú, al menos me habría peinado estos pelos. —Empieza a partirse de risa y esa forma de reírse me transporta a nuestra infancia, a aquellos miles de juegos que compartimos juntos durante un mes. Tiene esa dualidad niña/mujer que vuelve loco a cualquiera.

—Querido nuevo amigo, gracias por ese piropo, he de corresponderle diciendo que tiene unas piernas muy sugerentes, sería una pena desperdiciar estas vistas, si me dice que vendrá siempre así vestido yo me pongo a trabajar aquí de sol a sol. La verdad es que suelo venir los fines de semana, entre semana me es imposible con las clases y demás, estoy estudiando un master en derecho, si todo va bien lo termino este año, me muero por ejercer y tener mi propio bufete.

—Caray, una abogada, seguro que conseguirás todo lo que te propongas, preciosa. —En ese momento nos quedamos mirándonos y noto cómo ella, mirándome fijamente, nota como si nos conociéramos de algo y me sonríe con afecto pero sin entender muy bien el porqué de esa sensación, ¡qué fácil me resulta ver a través de sus gestos tan expresivos todo lo que le pasa por la cabeza! Transmite ser una persona íntegra llena de pasión por vivir, con una energía y unas ganas de comerse el mundo, de vivirlo con pasión, que me hace, en tan pocos minutos, contagiarme de esa sensación y no querer separarme de ella jamás.

—*Esto...* Nico... ha sido un verdadero placer pero tengo que entrar a ayudarles a recoger. Te deseo la mejor de las despedidas, y la mejor boda. No sé por qué, pero intuyo que tu futura mujer es una mujer muy afortunada.

—Ha sido un placer conocerte, preciosa. La verdad es que tienes razón, Mariela es una chica con suerte, se lleva una *rubita sexy con piernazas*. —Solo por verla sonreír por última vez ha merecido la pena. Se despide de mí mientras silva ese famoso «fiu fiu» mirando mis piernas al descubierto y yo me quedo ahí parado, como un idiota, viendo cómo una pedazo de mujer entra en su *tapería* y noto cómo me queda una sensación horrible de vacío, de extrañeza por lo que acaba de generar en mí.

Muevo mi cabeza sacudiéndola con fuerza como intentando despertar de mi obnubilamiento, y veo cómo van saliendo mis colegas y mi nueva amiga todos felices llamándome a gritos diciendo que es la hora de regresar al bus.

Pienso tomarme unos chupitos para olvidar todas estas sensaciones que ahora mismo me inundan y que me desconciertan. Ha sido bonito conocerla pero sin duda no me esperaba encontrarme con una mujer así.

Maldita Xiomara...

A LA LUZ DE LAS VELAS

22

.....

Esta vez soy yo quien le atraigo hacia mí y le beso, pero esta vez no es un beso inocente o primerizo, es un beso lleno de deseo que dice demasiadas cosas para ser tan solo uno: nos recorremos la boca entera jugando con nuestras lenguas mientras nuestros labios consiguen aliviarse al fin con el contacto de nuestra piel y nuestras manos que ya empiezan a acariciarse por entero.

Mientras le sigo besando sin poder incluso cerrar los ojos, ya que necesito ver todo lo que vaya a ocurrir de aquí a donde podamos llegar, me dispongo a desabrocharle uno a uno los botones de su camisa para así poder tocar al fin esa parte de su piel que llevo deseando descubrir, oler y tocar, desde que me he sentado en su mesa a cenar.

Su piel es suave y muy tersa, me sorprende sentir cada uno de mis sentidos disparados por mil ya que, al quitarle la camisa, siento un olor que desprende y que me deja incluso mareada porque me parece el olor más sexy que he podido oler en mi vida. Huele de maravilla, y su cuerpo sin camisa es, sencillamente, la perfección hecha hombre: brazos bien formados y vientre plano con una línea estrecha de vello debajo del ombligo que... me está indicando el camino al lugar al que deseo llegar no muy tarde, y que, creando un bulto que le hace tremendamente sexy y que le oprime enormemente sus pantalones vaqueros, me hace enloquecer solo con imaginármelo.

Nico deja de besarme y, de forma juguetona, me dice:

—No me puedo creer que esté pasando esto, no necesito ver toda tu piel para saber que eres preciosa, princesa, pero de aquí en adelante... no respondo de mis actos. —Se arrodilla y, con rapidez y determinación me quita los zapatos y me desabrocha los pantalones. Me los baja y mientras, al quitármelos, me besa y me lame el interior de los muslos hasta acercarse a mis nuevas braguitas de encaje negras.

—*Uffff* nena, esta ropa interior es *jodidamente* sexy. —*Ufff* es lo único que puedo articular yo ahora mismo. Me desabrocho la camisa y, con mi *crop top* ya a la vista mostrando mis pechos grandes y muy erectos debido a lo que está generando en mí, le dejo así de rodillas y me voy, dejándole solo, mientras me contoneo suavemente caminando hacia el *jacuzzi*, donde me meto despacio.

—Señor Durán, sería un placer inmenso para mí que me acompañara, si le parece bien.

—A sus órdenes.

Se quita los pantalones y, sin ningún ápice de pudor se quita también los *boxers* negros que liberan su enorme erección mientras se acerca al *jacuzzi*. Su rostro lleno de deseo mezclado con media sonrisa pícara me encandila, me sigue encendiendo aún más y, rápidamente, entra y se sienta a mi lado. Volvemos a besarnos con furia, labios, piel, agua, manos deslizándose por nuestros cuerpos, sujetador que desaparece dentro del agua a la vez que introduce su boca en mis pechos duros y totalmente dispuestos para él. Su forma de mirarme transmite ganas contenidas, pero a la vez muestra cercanía, como si ya supiéramos lo que queremos el uno del otro. Se muestra generoso y complaciente durante todo momento, ¡qué delicia!

Cuando mis braguitas ya han desaparecido, no sé ni en qué momento, la verdad, me sienta en su regazo y, antes de que ya sea tarde, me sugiere salir e irnos a su cama, donde quizás podamos estar

más cómodos. A priori no deseo moverme de allí, pero me doy cuenta de que no tiene ningún preservativo cerca así que, intentando enfriar algo mi mente, asiento y sin prisa pero sin pausa nos vamos a su habitación.

Me tapa con una toalla al salir mientras me guía desnudo a la vez que me protege con la toalla hasta su dormitorio: al llegar desliza la toalla al suelo y me recuesta en la cama mientras me besa de nuevo con pasión. Noto su cuerpo desnudo y mojado encima de mí, las gotas de agua que se desprenden de su cuerpo para caer sobre el mío creo que se disuelven al momento, estoy al rojo vivo. Acaricia mi piel descendiendo desde mi pecho, pasando por el lateral de mi vientre, hasta que accede a mis caderas. De repente comienza a acariciar mi sexo de una manera que me hace enloquecer. Acaricia mi clítoris haciéndome temblar por entero y, sin darme cuenta, noto cómo ya ha introducido ágilmente varios dedos en mi interior.

No sé en qué momento ha cogido el preservativo pero se lo pone rápido:

—Princesa, tu humedad me está matando, estoy deseando sentirte de forma total.

Entra en mí y noto como todo mi cuerpo estalla en un placer irreconocible hasta el momento. Sus primeras embestidas ya me hacen perder el control y me veo obligada a un orgasmo al que no estaba para nada preparada. En mi vida he conseguido un orgasmo de manera tan temprana y precoz. El éxtasis se apodera de mí, rápido e intenso mientras veo cómo Nico me mira perdiendo el control al descubrir lo que me acaba de pasar.

—*Mmmm* esa cara que has puesto... no hay belleza más absoluta que ver tu rostro al correrse, me estás volviendo loco, y no creo que pueda aguantar mucho más, la verdad.

—Ven conmigo. —Me levanto y lo llevo conmigo mientras me siento en su escritorio y, con mis piernas, lo atraigo hacia mí para poder besarle de nuevo con gusto. Cuando veo que mis ganas vuelven a aparecer con esas vistas impresionantes que muestran su cuerpo entero desnudo, ahí de pie entregado a mí, vuelve de nuevo a introducirse en mí, estremeciéndome de nuevo. Tras un rato disfrutando de esta visión decido darme la vuelta dejando caer mi cuerpo hacia adelante, apoyándome en este escritorio del placer. Le pido que continúe lo que estaba haciendo en la que creo que será una postura muy placentera para ambos.

Me besa el cuello mientras me acaricia la espalda y accede a mis nalgas agarrándolas con firmeza. Noto cómo de nuevo entra en mi sexo, despacio pero profundo, dejándome sin respiración.

Entra y sale de mí lentamente hasta que empieza paulatinamente a coger ritmo y, a los pocos minutos, sudorosos y llenos de placer nos dejamos llevar y caemos perdidamente en el mejor orgasmo de nuestras vidas.

TU ESPALDA, MI HOGAR

23

.....

Estamos tirados en su cama, exhaustos y satisfechos. Son las cinco de la mañana y no nos hemos dado apenas tregua. Nuestra hambre resulta ser realmente insaciable y no conseguimos parar de recorrernos, nos cuesta dejar un solo rincón de nuestro cuerpo sin besarse, sin acariciarse. Nos hemos entendido demasiado bien en estos términos, como si el cuerpo del otro fuera una continuación del nuestro propio. Todo esto es nuevo para nosotros pero extrañamente fácil por nuestra inexplicable familiaridad.

Estoy recostada boca abajo mientras él, encima de mí, me besa la espalda con cariño y dulzura.

—Creo que jamás me cansaría de tu cuerpo, ¿me dejas quedarme a vivir aquí, en esta espalda tan suave y rematadamente sexy que tienes? —Se me pone la piel de gallina al hacerme cosquillas con cada beso.

—Por supuesto, toda tuya, pero con la condición de ser besada las veinticuatro horas del día —le digo de forma desvergonzada mientras sonrío. Me da la vuelta y se me queda mirando mientras me acaricia el pelo y la cara.

—Sería injusto y egoísta para el resto de tu cuerpo, me quedo a vivir aquí, en todo tú.

Notamos como el cansancio empieza a apoderarse de nosotros y mis ojos, pesando una tonelada, empiezan a cerrarse mientras Nico me besa el cuello y me coloca de lado abrazándome por detrás y quedándose también, por detrás pegado a mí, dormido plácidamente.

Me despierto sobresaltada, oigo cómo una voz masculina habla por teléfono en la habitación de al lado demasiado alto y con un tono de enfado que me hace asustar al momento. Me resulta inevitable escuchar la conversación debido a lo alto que habla.

—Mariela, te lo vuelvo a repetir, Zio es hijo de los dos y no puedes negarme que hable con él, y mucho menos que ni siquiera pueda verle. —Su voz muestra muchísima tensión y le noto demasiado nervioso y alterado—. Te lo pido una vez más, hablemos y decidamos la mejor solución, sobre todo para él. No puedes usar a nuestro hijo para vengarte de mí. Debes superar lo que pasó de una vez, acéptalo, Mariela, y permítenos que nuestro hijo no sufra más ni sea víctima de tu dolor y de tu frustración, no lo sigas pagando con él.

Me levanto, recojo mi ropa tirada por el suelo y me voy al baño que se encuentra dentro del dormitorio. Me parece violento seguir escuchando una conversación tan privada como esta.

Me aseo un poco, me visto y, al salir, lo encuentro abatido sentado en la cama, con los codos apoyados en sus rodillas y sus manos cubriendo su rostro. Me acerco a él y le abrazo, no se me ocurre otra cosa que pueda hacer.

—Lo siento, Xiomara, perdóname por haberte despertado. Tengo un hijo increíble de cinco años al que no puedo ver crecer y... esto me está matando. —Odio verle así, un hombre tan fuerte y seguro de sí mismo y, ahora así, derrotado ante las circunstancias de esta manera—. No quiero arrastrarte con esta situación, ya has pasado bastante. Si no te importa, hablamos estos días para quedar de nuevo, ahora querría estar solo, espero que no te moleste...

Me muero de pena al no saber cómo ayudarle, pero realmente no tengo la suficiente confianza a día de hoy con él para poder consolarle como quizás él necesita.

—Como quieras. Solo espero que sepas que para lo que necesites, cuenta conmigo. En tan solo

once minutos me tendrás aquí para lo que sea, a cualquier hora, en serio.

—Lo sé, *Xiomi*, lo sé. Pero no has venido aquí para esto. Gracias por regalarme una noche como la que hemos pasado juntos. Ha sido más que increíble, solo deseo que para ti también lo haya sido. Hablaremos estos días ¿de acuerdo?

Lo noto a kilómetros de mí, distante, triste y muy lejos, absorto en la pena y en la ausencia de lo que tanto quiere y añora, su único hijo. No me puedo llegar a imaginar por lo que está pasando.

Cojo mis cosas y le dejo así, sentado en la cama, hundido.

No me puedo creer que en tan pocas horas hayamos pasado de la felicidad más absoluta a un amanecer tan agrio y triste. Su pena me contagia de forma rotunda y me marchó triste e impotente por mi imposibilidad para ayudarlo.

Lo que sí tengo claro es que no soporto verle así, no puedo mirar hacia otro lado sin al menos intentar ayudarlo. Es un terreno pantanoso porque aún no nos conocemos lo suficiente, pero quiero ayudarlo, como sea.

Llego a casa y, sin pensármelo dos veces, dejo mis cosas y me acerco a casa de Isa.

—Buenos días Isa, ¿cómo te encuentras? Hacía días que no venía y me apetecía ir a comprar al pueblo, ¿te vienes conmigo?

—Por supuesto, justo iba a salir en un rato que yo también quería comprar un par de cosas así que vamos juntas.

De la que vamos de camino al pueblo decido indagar un poco en el pasado de Nico de forma lo más casual posible, le pregunto qué fue lo que le pasó para que su matrimonio no funcionara.

—Tras dar a luz a su hijo Zio, su vida como pareja se empezó a resquebrajar y era raro el día que no discutían. »Su convivencia fue de mal en peor al transcurso de los primeros años de mi pequeño *sobrinín* y... tras varios acontecimientos que no me veo en la disposición de contarte porque pertenecen a su vida privada, decidieron de mutuo acuerdo separarse.

»Primeramente el divorcio se llevó aparentemente bien, pero fue meses después cuando Mariela comenzó a hacer cosas extrañas como no permitir que Nico viera a su hijo, hasta que de repente casi sin avisar se fue a vivir a Barcelona. Y de ahí a lo que ahora está viviendo, que está siendo muy duro para él.

—Desde luego que debe de ser muy muy duro.

—Sí que lo es, pequeña. Yo he visto crecer a Nico y te aseguro que es una persona muy noble, siempre se preocupa por los suyos, y los primeros años con su hijo fue un padrazo que jamás lo desatendía y que en todo momento buscaba tiempo fuera de su trabajo para pasarlo con él. Era el que más se ocupaba de su educación, le iba a coger y a buscar al colegio todos los días, y Zio además adora a su padre. No es justo lo que les está sucediendo,.

»Ojalá tengas oportunidad de conocer algo más a fondo a Nico para que veas que lo que te cuento es totalmente verdad. —*Ays* si supiera que nos conocemos más a fondo de lo que ella cree...

Terminamos la mañana juntas y, tras prepararme y comerme una ensalada rápida ya en mi casa, decido dormir una siesta. La noche ha sido intensa tanto física como emocionalmente. Me quedo dormida en el sofá, y disfruto de un sueño profundo en el que, sin poder remediarlo, solo le veo a él.

SU PRECIPITADA AUSENCIA

24

Los días van pasando y no consigo sacar nada en claro de lo que está empezando a atormentar mi cabeza. Me duermo pensando en él y vuelve a ser lo primero que pienso al despertarme. Llevo ya unos dos o tres días sin saber nada de él y, me ato de pies y manos para no llamarle o incluso para no coger el coche y subir a su casa, que la noto tan cerca y a la vez tan lejos.

Al cuarto día recibo un mensaje largo de Nico que releo una y mil veces hasta que casi me lo aprendo de memoria:

«Xiomara, no sabes lo mucho que he pensado en ti estos días, pero aún no sé cómo encajar estos sentimientos tan bonitos que se cruzan con la ausencia de la persona que más quiero en este mundo, Zio. He decidido ir a Barcelona por segunda y última vez para intentar de una vez por todas hacer entrar en razón a Mariela. Solo espero que me entiendas y que, sea lo que sea que tenemos, que seas capaz de mantenerlo en una breve parada hasta mi vuelta. No quiero que te veas envuelta en esta situación familiar tan complicada y me gustaría que si nuestra amistad fuera un poco más en adelante, que puedas disfrutar del Nico que era y que quiero volver a ser, sin pena, sin angustia, el que te mereces.

Sé que me entiendes porque ahora mismo te encuentras tú también en la búsqueda de tu mejor lado, el que sé que está casi a punto de florecer en todo su esplendor, y nada me haría más feliz que ser tu espectador fan número uno de primera fila para poder verte en toda tu esencia, la que ya a día de hoy me tiene totalmente fascinado. Prometo escribirte en cuanto esté de vuelta. Me encantas, preciosa, si tú también piensas en mí más de lo que deberías... no me olvides».

Me quedo en estado de irrealidad, entreviendo en mí sentimientos que me sorprenden y que no me esperaba, y con una contrariedad que se torna en media sonrisa leo y releo unas mil veces: «me encantas, preciosa, no me olvides».

¿Que si pienso en él más de lo que debería? Es que solo pienso en él, en su piel bronceada a la luz de las velas, en sus brazos fuertes cogiéndome desde su *jacuzzi* hasta su cama, en esa cena cargada de complicidad, que me hizo sentirme aún más a gusto que en mi propia casa, que la noto allá en Madrid tan lejana y desconocida.

Decido, tras varias horas en estado de *subnormalidad* donde no sé ni cómo reaccionar, abrigarme con unas cuantas capas de camisetas, *jerseys* y abrigo, y me acerco con Lor al río, donde no sé por qué, pero me siento más cerca de Nico. Estar allí además me ayuda a pensar y a reflexionar sobre lo que debo o no debo hacer. Tras observar a Lor un rato disfrutando de sus juegos correteando con un perro que es ya su fiel amigo, un Border Collie de uno de los vecinos de la zona que siempre lo suele tener suelto, decido escribirle y le contesto así:

«No puedo llegar a imaginarme lo que estás pasando, no soy madre, pero también te digo que te entiendo a la perfección y que creo que haces lo correcto. Con respecto a

nuestra amistad... tranquilo, esa pausa me parece bien, aunque te reconozco que no hay nada que más me apetezca que volver a estar un rato contigo, de cualquiera de las maneras. Contigo me siento como en casa, y aún no entiendo cómo es posible, porque nunca me había sucedido algo así, ni con mi mejor amiga loca que ya conoces *jeje*. Hablamos a tu vuelta, te deseo lo mejor y... tú también me encantas, y mucho».

A los pocos segundos me aparece el famoso *doble check azul* de WhatsApp y, tras un breve instante con la pantalla en *escribiendo...* recibo lo siguiente:

«Haré que merezca la pena tu espera, te lo aseguro. Gracias por ser como eres, y... nunca cambies».

Me encanta leer lo de nunca cambies, me parece una frase para enmarcar ya que por desgracia las comparaciones son odiosas, pero Albert siempre me insistía que en esto no era buena, que debía cambiar lo otro, enumeraba a diario cada uno de mis miles de defectos. Ojalá Nico sea como parece ser, porque el miedo a pasar de una amistad a algo con otro nombre... solo pensarlo me causa un vértigo insufrible.

Prefiero pensar que estos días separados nos vendrán incluso bien. Llamo a Lor, nos vamos a casa y enciendo la estufa de leña con uno de los muchos troncos que tengo apilados junto a la misma. Al rato Lor y yo nos sentamos frente a la estufa de leña del salón con una manta grande mientras me relajo cenando un bocadillo con una copa de albariño bien fresco que, sin ser casualidad, me transporta a él, al sabor de sus labios al besarnos, al que sé que es su sabor favorito dentro de los vinos.

En definitiva, a él, una vez más.

DESTINADA A TI

25

.....
Me despierto con una decisión ya tomada. Así parece que es la nueva Xiomara, la decidida, la que piensa lo justo y la que decide actuar dejada llevar ante la intuición.

Me visto, hago una bolsa rápida, y me acerco a ver a Isa. Lo siento mucho, pero esta vez le diré una mentira piadosa.

—Buenos días, Isa. Vengo a despedirme solo por un par de días, tengo que ir a Madrid a hacer algún que otro papeleo, ya sabes, recados y cosas pendientes que tengo que hacer allí mismo, nada importante.

—*¡Ohh!* Yo que te iba a invitar a comer un cocido de esos ricos que preparo y que tanto te gustan...

—¿En serio? Pues yo por un cocido cancelo hasta mi propia boda ¿eh? —Le guiño un ojo y le doy un abrazo de esos fuertes y llenos de amor, procurando expresarle con ese gesto lo mucho que la quiero y lo mucho que la necesito. Ya es parte de mi familia en tan pocas semanas. No sé qué haría sin ella.

—Vete a *modiño* y llámame al llegar, ¿de acuerdo?

—Por *supuestoo Tita Isaaaaa*. —Le saco la lengua descarada y me alejo hacia el coche, no sin antes pedirle que vigile a Lor en mi ausencia. El muy granuja ya la tiene camelada y entra en su casa a echar una *siestecita* siempre que quiere. Es un zalamero de mucho cuidado, y es que con esos ojos que te pone cuando quiere algo... imposible un no por respuesta.

Me gusta conducir, creo que en los viajes de larga duración nos encontramos con nosotros mismos. Cuando tu *gps* te dice: «continúe ciento treinta y cuatro kilómetros por esta carretera», inevitablemente hay momentos en los que tu mente se relaja, se deja llevar al ritmo de la música (porque si haces ciento treinta y cuatro kilómetros por una autopista sin música es que eres un ser raro y con un interior lleno de oscuridad y maldad. No puede ser de otra manera. Vale, es verdad, soy un poco dramática, pero sin duda ese trayecto se hace la mitad si llevas buena música que te acompañe).

Pero fue en Asturias, tras llevar unos ciento y pico kilómetros conduciendo rodeada de mar, de montaña, de verde intenso, de grandes olas cargadas de furia y fuerza, donde tuve una revelación, una confirmación de que la dirección que tomaba era la correcta, donde eliminé esa sensación de ir dando tumbos en un periodo tan inestable emocionalmente, porque toda evolución ha estado siempre cargada de dudas y miedos. No hay un escalón subido que no haya sufrido algún traspies antes de acceder a él.

Cuando sobrepaso Gijón, unos kilómetros más adelante llego a la zona de Villaviciosa, y las playas empiezan a vislumbrarse como si fueran parte de la propia carretera, cada vez más cerca y su majestuosidad a la vez que su fiereza propia del mar Cantábrico son sin duda alucinantes.

Decido hacer una parada para cenar y dormir en Llanes, un pueblo pesquero que tiene un encanto sin duda especial, donde incluso grandes filmografías nacionales e internacionales han sido elegidas como telón de fondo para sus películas.

Ceno en una sidrería típica, degusto tapas habituales de la zona (patatas al cabrales, chorizo a la sidra, cachopines...), y puedo, por primera vez, degustar su famosa sidra natural escanciada desde

las alturas que me hace incluso reír de mí misma ante mi cara de asombro al ver la destreza del camarero que se pasa toda la cena carcajeándose sobre mi perplejidad. Finalmente me hace probar a mí también el arte del escanciado, tirando en el intento más de media botella, a la que incluso tiene la amabilidad de invitarme, culpándose a él mismo por retarme, y riéndose de mí, pero de manera tan amable y campechana que me hace contagiar y arrastrar a sus carcajadas sonoras. Ese señor, un mero desconocido, me hace pasar un buen rato tras varias horas de soledad al volante.

Tengo, en ese instante, un gran momento de calma, a pesar de que allá donde miro todo me es desconocido, pero, a la vez, me hace sentir a gusto, conectada con el entorno que me rodea haciéndome parte de él mismo.

Tras la cena decido irme a dormir a un hostel de la zona porque me encuentro exhausta tras las seis horas al volante, caigo rendida casi antes de tocar la misma cama. Duermo y sueño con olas de gran tamaño que caen sobre mí y que, al devorarme, me convierten en sirena y me hacen libre para poder nadar debajo de ellas sin miedo alguno a ser devorada por las mismas, fluyendo con el propio temperamento del mar, relajada ante la tempestad.

ACORTANDO DISTANCIAS

26

.....
Me despierto con la sensación de haber dormido mil horas, descansada y con mucha energía. Pongo mi *playlist* favorito y voy directa a la ducha.

Bajo a desayunar y me prometo a mí misma que mañana, esté donde esté, madrugaré algo más y bajaré a correr mis kilómetros habituales. No quiero perder este hábito que tan bien me sienta.

—¡Vamos allá, conductora! —me digo a mí misma en cuanto arranco el coche—. ¡La zona norte española te espera!

Prosigo mi viaje y, tras varias horas al volante con tan solo una parada para repostar, me veo entrando en Zaragoza, a tan solo tres horas y algo de Barcelona. Son las cinco y media de la tarde y hace un buen día así que entro en la ciudad con ganas de conocerla un poco más a fondo.

Al aparcar y parar el motor, veo que mi móvil tiene varios WhatsApps que no he podido ver en estas últimas dos horas. No os imagináis de quién pueden ser... Pues sí, veo Nico en la pantalla y se me eriza la piel con solo leerlo, ¿cómo puede ser eso posible? Mis emociones últimamente están al rojo vivo, sin duda. Me refreno a mí misma, me relajo un poco y abro la ventana:

«Hola preciosa, ¿qué tal va todo por allí? Espero que disfrutando mucho de nuestra hermosa tierra y de los manjares culinarios de Isa. Me prometí no molestarte estos días pero están siendo momentos muy duros. Ayer vi a Zio tan solo un par de horas y fueron dos horas increíbles pero, al despedirme de él, mi sensación de vacío ha sido tan grande que me noto desde ayer, y sin apenas haber podido dormir, sin fuerzas, vacío por la pena que me está devorando, y no sé qué hacer para lograr un entendimiento con Mariela. Me lo pone realmente difícil y es inútil hablar con ella. Me habría encantado que estuvieras aquí, que vieras lo maravilloso y único que es Zio, lo comprensivo que es ante esta situación y lo mucho que nos entendemos y nos parecemos... Siento molestarte así, solo quiero que seas feliz y, quizás, yo no sea la persona que necesitas ahora, no quiero ser ese amigo que imposibilite tu avance. Solo sé que lo que siento por ti, Xiomara, se me escapa entre los dedos, porque mi corazón ahora mismo está roto en mil pedazos y tú eres la única persona en el mundo que me ha dado luz en estas semanas, una luz que me aterroriza pero que egoístamente quiero coger para mí solo sin soltarla jamás. Te extraño... ¡preciosa!».

El cúmulo de sentimientos se entremezclan de repente, pero de nuevo decido apartar esa cantidad de sentimientos encontrados (rabia por ver que sufre, alivio por verme a tan solo pocas horas de él, miedo por cómo pueda reaccionar...). Borro todo para así relajarme y decido salir a comer algo rápido en un McDonalds que veo cerca, y así poder arrancar de nuevo mi travesía para llegar hoy mismo a Barcelona, donde sé que es el sitio en el que me corresponde estar ahora mismo. De nuevo mi nuevo lado irracional me golpea sin poder hacer nada para evitarlo, pero a su vez me hace sentir libre en estas nuevas decisiones casi improvisadas, decisiones que, aun siendo repentinas, me dan sensación de seguridad, de acercarme a lo que hace tan pocos días me hizo sentir en mi propio hogar, en sus brazos.

Mientras termino mi hamburguesa (dios, pocas veces he podido deleitarme de esta comida basura *tannnnn* rica debido a que Albert siempre me recordaba que a partir de ciertas edades la mujer no debía permitirse estos alimentos si no quería terminar obesa y físicamente poco aceptable en esta sociedad). Disfruto como una niña comiendo mis patatas cubiertas

completamente de ketchup, más ketchup del que he comido en toda mi vida, todo ahí concentrado, y me río al sentirme tan libre solo con este momento tan trivial. Decido llamar a mi *locuela* Ruth, le encantará saber lo que su poco emocionante y conservadora amiga está ahora mismo haciendo.

—¿Eres tú? ¿Esa mujer desaparecida que hace mil años que no me manda ni un maldito WhatsApp? ¿Sigues en el mundo de los vivos *peazo* de mal amiga? —*Whoooauu*, menudo saludo lleno de amor.

—Hola a ti también, querida amiga... Antes de que me sigas echando la bronca del siglo déjame decirte dónde estoy y qué estoy comiendo.

—*Uy*, esto ya es lo máximo guapa. Al menos no me llamas desde el Wc para decirme qué tal va tu tránsito intestinal en vivo y en directo. Dispara, anda, pero que sepas que tienes una bronca aplazada por la *menda* que te echa rabiosamente de menos.

—De acuerdo, aplazada queda. —Suspiro aliviada, cuando Ruth se enfada es mejor emigrar a uno de los polos, ¡menudo carácter!—. ¿Te acuerdas cuando nunca quería ir al McDonalds contigo porque te decía que no me gustaba la comida procesada? Pues... mentía como una bellaca. Estoy teniendo una especie de orgasmo múltiple cargado de ketchup, patatas, hamburguesas, mostaza, pepinillos, beicon... ¡Qué *guarrada* más rica! Y además la atención en Zaragoza es... maravillosa!

—¿*Holi*? ¿*Zarawhat*? ¿He escuchado bien? ¿O tu momento sexual con nuestro querido McDonalds te ha hecho delirar, pequeña *pony*?

—Pues, sin casi pararme a reflexionar sobre ello... he decidido ir cual caballero andante en busca de mi damisela en apuros. Nico se fue a Barcelona tras lo que ya te conté hace unos días y ayer desperté con el palpito de que debía estar con él, y... ¡A dos horas y poco que estoy ya!

—¡*Ohhh!* ¡*My!* ¡*Goodness!* Dónde está mi Xiomara, devuélvemela que me la han *cambiao*. Pero tía, es una pasada, me alegro mucho de que te hayas decidido a hacerlo, Nico se ve un tío de los que no se pueden dejar escapar y... juntos *rezumáis purpurina de amor* por los cuatro costados. Creo que voy a llorar, en serio, estoy súper orgullosa de ti, tanto que te perdono la bronca, menuda *chicarrona* del norte te me estás volviendo. Qué suerte ser testigo directa de tu *reflorecimiento* hacia la persona valiente y decidida que conocí ya hace mil años, la que tenía ese brillo en los ojos con ganas de comerse el mundo. Todo esto hasta que llegó el imbécil claro. —Así llama Ruth a Albert, como veis siempre se llevaron genial.

Nos reímos largo y tendido recreándome en mi momento *orgásmico* mientras como mis últimas patatas haciéndole *soniditos* obscenos a la par que ella me actualiza sus últimos amantes de estas dos últimas semanas. Tras terminar de hablar cuelgo y pienso en lo muy afortunada que me siento por tenerla en mi vida.

Ha hecho que mi parada en Zaragoza no quede jamás en el olvido solo por estos instantes mezclados con humor, mucho ketchup y la compañía de unas de las personas más importantes de mi vida.

MI TRAGICOMEDIA CON MARIELA

27

.....

Seis años juntos que se van a la basura. El vacío que siento me mantiene en la cama dando vueltas toda la noche. Sudores fríos por saber que cuando amanezca no escucharé las carcajadas sonoras de Zio, las miles de cosas que nos contaba en el desayuno, siempre con esas ganas de hablar que nunca terminan. Si bien es cierto que Mariela y yo ya llevamos al menos un año donde lo único que hacíamos era discutir, intentando que Zio no se enterara, sin mucho éxito he de decir. Sin duda ya no había ni pasión, ni complicidad, ni cariño... todo se había vuelto frío y hostil. Hasta que la cuerda se rompió del todo y mostró ante nuestros ojos lo inevitable.

Si miro atrás hacia este último año, la noria de emociones ha sido interminable: mi empresa ha crecido y evolucionado de forma considerable mientras notaba cómo mi núcleo familiar se iba resquebrajando día a día. Es cierto que en los últimos años me he volcado en cuerpo y alma en que mi empresa despuntara en el sector, cosa que siempre me recriminaba Mariela. Mi ausencia era casi total entre los lunes y los viernes, pero siempre lo hacía pensando en mi familia, en nuestra total estabilidad. Incluso, cuando teníamos un día, digamos, bueno, le proponía que quizás era bueno ampliar la familia. Ella no era nada receptiva al respecto.

Mariela dejó de trabajar al dar a luz a Zio por decisión propia, quería dedicarle todo el tiempo del mundo y a mí me pareció buena idea.

Cuando Zio comenzó al colegio hace ya dos años le sugerí a Mariela que quizás era el momento de retomar algo en su vida a nivel personal y profesional, que se animara a hacer algo: estudiar, trabajar, cualquier cosa que la mantuviera ocupada las tantísimas horas que Zio estaba en el colegio. Mariela siempre me decía que no sabía qué hacer y que no se sentía motivada o con ganas de comenzar nada nuevo, ni de buscar trabajo.

Hace pocos meses decidió que era más divertido despejarse a su manera: cada sábado noche comenzó a salir con sus amigas instaurándolo como su día semanal de despeje. Las cosas empezaron a ponerse serias en nuestra convivencia.

Zio y yo decidíamos, casi siempre, hacernos una pizza, y yo, por nuestra cuenta, decidí instaurar ese día como los sábados de cine: buscaba las mejores películas de animación y Zio era feliz porque sabía que ese día podía acostarse más tarde y disfrutaba de su momento adulto viendo una peli con su padre hasta tan tarde. La verdad es que recuerdo esos días con muchísima ternura. Aunque Mariela no estaba, era feliz teniendo a Zio conmigo, la pena de no tenerla con nosotros se hacía mucho más liviana. Siempre me acababa haciendo reír con sus comentarios constantes sobre la película en cuestión. Procuraba en todo momento que Zio no percibiera nada anormal en nuestra convivencia para que le afectara lo menos posible.

Hace ya unos pocos meses Mariela decidió que los viernes también eran noches para aprovechar en su despeje como madre de lunes a viernes y comenzó a salir también esos días. Llegaba casi al amanecer con un estado deplorable de embriaguez e intuía que de algo más. Y yo, sin poder hacer nada, porque al despertar de su resaca siempre procuraba hablar con ella y decirle que no podíamos seguir de esta manera, que se estaba jodiendo la vida y nos la estaba jodiendo a nosotros, ella se disculpaba y prometía que el próximo día no iba a ser así, que simplemente necesitaba «desconectar».

Hace ya un par de meses la situación comenzó a ser insostenible. Cada vez sus resacas eran peores y Zio comenzaba a tener problemas de conducta en el colegio; sus primeras peleas y un nuevo carácter rebelde en él que nunca había tenido. Yo solo pensaba que esto tenía que terminar de alguna manera, pero no sabía cómo.

Un martes en el que no había mucho trabajo decidí ir a casa y hablar con Mariela. Había ido a la agencia de viajes y le llevaba un viaje en crucero durante diez días que nos iba a hacer comenzar de cero y volver a recuperar lo que quedara de esta familia. Estaba dispuesto a intentarlo.

Era el día que Zio tenía fútbol hasta tarde así que después de comer decidí ir a casa y hablar con ella para intentar encontrar una solución a esta convivencia tan surrealista que debía terminar por el bien de nuestro hijo, y de nuestra relación. No debí tomar esa decisión, o, quizás, era el momento preciso para que fuera a casa ese día. No me imaginaba que el destino me tuviera preparada una broma de tal calibre, al más puro estilo *hollywoodiense*.

Al llegar a casa encuentro otro coche aparcado. A veces Mariela llevaba a alguna de sus amigas alocadas súper liberales de las de «nosotras somos libres y hacemos con nuestra vida lo que queremos. No solo somos esposas y madres, también nos gusta salir, divertirnos...». Solían ser chicas divorciadas de uno o dos maridos que lo único a lo que se dedicaban era a criticarles y dejar bien claro que ellas eran las que mandaban y las que decidían si les dejaban ver a sus hijos, o no. Que ellos no tenían ni voz ni voto en la educación de SUS hijos. Solía mantenerme al margen porque sabía que si las escuchaba demasiado tiempo el calor que me venía por todo mi cuerpo era total indicio de ganas de gritar y poner en su sitio a esas supuestas súper mujeres que lo único que hacían era criticar por criticar, siempre de forma destructiva hacia la parte masculina que veían como enemigo directo de todos sus males. Al principio siempre les daba el beneficio de la duda porque hay maridos que sin duda merecen ese trato o mucho peor, pero cuanto más las conocía más cuenta me daba de que eran la peor de las compañías para Mariela, mujeres vacías sin nada positivo que aportar al mundo.

Me bajo del coche y al abrir la puerta, que no está cerrada, escucho las risas de dos personas en nuestro dormitorio, un hombre y una mujer. En ese preciso instante mi cara se convierte en color blanco marfil, mi cuerpo se estremece ante lo que voy a ver en pocos instantes, siendo consciente ya de que mi mujer se está acostando con otro hombre.

No fue una situación agradable, ni siquiera me atrevo a volver a revivirla. Solo recuerdo gritos que salen de mi cuerpo, un hombre que hace la escapada sin apenas llegar a darme cuenta que pronto ha desaparecido, tampoco me llegó a importar porque no soy de los que cree que dándole una paliza a la persona que se acuesta con tu mujer es la solución. Lo único que recuerdo es que me quedé mirándola a ella, buscando entenderla como tantas veces cuando me decía que no era feliz, que no quería esa vida, que no le llenaba, cuando me esforzaba por comprenderla, incluso por amarla aunque en el fondo ya la odiara por dejarnos cada fin de semana.

Recuerdo que solo hubo gritos, una vez más. Ella me recriminaba que trabajaba mucho, yo que lo hacía por ella y por nuestro hijo. Hubo reproches, ataques mutuos, resignación, ambos hundidos en una convivencia insostenible.

Se instauró desde ese día una nueva convivencia. Nos hablábamos lo justo, ella comenzó a dormir con Zio, y así fue como hace pocos días amanecí el sábado, solo. Me había quedado dormido tarde porque ya para mí era imposible dormir como una persona normal, y estaba también agotado de la semana intensa de trabajo. Así que cuando abrí los ojos a las once de la mañana lo único que escuché fue el silencio más atronador.

Mariela había decidido irse con nuestro hijo. Ese día se convirtió en el peor día de mi vida.

EN MI PEOR MOMENTO, APARECES TÚ

28

.....
Decido apoyarme más que nunca en mi tía Isa. Lo único que he sabido de Mariela en estas semanas es que se ha ido a Barcelona a casa de un familiar. Se ha llevado a nuestro hijo y me pide que le dé unos meses para reorganizar su vida, que lo necesita por ella misma y por nuestro hijo. A mí que me den, claro. Un cero a la izquierda es lo que me noto.

Me centro en mantenerme ocupado pero cada noche la llamo y le pido que me deje hablar con mi hijo. Al menos, me concede ese beneficio.

Me vuelco en mi trabajo y, como no quiero caer en ninguna espiral contaminante al más puro estilo Mariela con noches de alcohol para olvidar, evito por mí y por nuestro hijo destrozarme la vida y me centro en mi trabajo. Cada tarde al salir decido ir al gimnasio a descargar toda mi frustración allí, y lo hago bien acompañado por mi amigo Jagger. Durante los fines de semana ocupo mi tiempo en ayudar a Isa con todos sus quehaceres.

Así es como transcurren mis primeros meses hasta que, de mutuo acuerdo con Mariela, me voy a Barcelona dos semanas para al fin estar con mi hijo.

Allí, por suerte, veo que Mariela se ve diferente, ya no tiene esa cara de perdida, y algo en ella me dice que está cambiando. Eso me alivia enormemente porque quiero lo mejor para Zio, aunque mi rencor hacia ella es tan fuerte

aún que procuro pasar el mínimo tiempo posible con ella y me llevo a Zio conmigo a una casa hermosa que alquilo en Vallirana, donde pasamos unos días increíbles: se convierte en mi guía turístico de Barcelona, nos vamos tres días a Tarragona para pasar dos días en Port Aventura, donde nunca habíamos estado ninguno de los dos. Visitamos Girona, vamos al Montjuic, entre otros muchos lugares... Esos días lo pasamos en grande.

Esas semanas pasaron tremendamente rápido, lo bueno siempre dura poco.

Cuando veo a Mariela le comento que debemos hablar lo de la custodia. Ella se hace la esquiwa y me dice que iremos organizando todo poco a poco, que le dé un poco más de tiempo.

El trayecto de vuelta en avión es duro, pero me prometo seguir presionándola para poner una solución. Ese hijo al que tanto adoro tiene que estar también con su padre, le guste a ella o no.

Semanas después me encuentro en casa de mi tía ayudándola fuera con el césped: decido focalizar mi rabia y mi frustración en quehaceres físicos, así que cualquier excusa es buena para entretenerme. Mi tía es una maestra en conseguirme tareas, aunque no sé si lo hace por mí, o porque realmente la casa requiere todas estas atenciones. En cualquier caso, no me opongo en ningún momento y lo acojo todo de buena gana.

Antes de coger el coche y volver a casa decido dar una vuelta por la zona en bici. Me encanta pasear por esta especie de bosque que nunca deja de sorprenderme por su capacidad relajante: adoro el sonido del río, que está presente por todo el lateral del camino, el movimiento de las ramas de los árboles, que crean esa sonoridad apenas perceptible, como un leve susurro. Me encanta escuchar el sonido de los pájaros, y también notar el movimiento de los

animales, a plena luz del día imposibles de ver pero que viven por toda esta zona: lobos, zorros,

jabalíes y otras tantas especies. Llego a la zona del río donde hay un merendero y donde te puedes incluso bañar.

En ese momento toda esa paz se ve inundada por la voz de una mujer que pide ayuda. Me asusto y cojo velocidad hasta que al llegar tengo que frotarme dos veces los ojos para cerciorarme de que lo veo no es un mero espejismo. Y así es como nos volvemos encontrar, ahí la veo a ella, la que en estos años ha venido contadas veces a mi mente sin yo pretenderlo ni entenderlo. La mujer que conozco con la que menos he hablado pero en la que he pensado más de lo que me atrevería a admitir.

Veo que un pastor alemán está intentando salir del río con un palo en la boca, pero que no lo consigue y se ve claramente que comienza a estar agotado de intentarlo.

Paso a su lado, absorbo su aroma dulce que me embriaga, ese que me transporta a nuestros miles de instantes vividos hace tantísimos años atrás y que tanta diversión trajo a mis veranos grises. Ella, que genera esa sensación en mí que ni yo mismo entiendo.

No sé a qué ha venido a este lugar, pero pienso averiguarlo y, por qué no decirlo, disfrutar de esta nueva y necesaria diversión para mí.

Bendita Xiomara... que has venido a mi mundo cuando más lo necesitaba, una vez más.

BARCELONA

29

.....
Decido dejar el coche en un parking en la zona de Gracia. El *gps* me ha llevado hasta aquí así que decido no indagar demasiado con el coche por esta majestuosa ciudad que prefiero conocer a pie. Una vez que salgo del parking comienzo a caminar y me doy cuenta de que estoy cerca del parque Güell. Siempre he querido conocerlo, tras verlo en varias series y películas desde mi infancia. De hecho hubo una época que me obsesioné con Gaudí y un familiar cercano me hizo un regalo que aún mantengo y que me encanta releer una y otra vez: un libro enorme y lleno de increíbles fotografías de las mejores obras de este sin duda representante por excelencia de todo el panorama barcelonés.

Me empapo de los colores y de las geometrías mágicas de Gaudí que se enmarcan perfectamente con la belleza natural propia del entorno. Disfruto de todas esas edificaciones cargadas de caliza y granito, esa fusión más que conseguida de la propia naturaleza con la integración de sus propias obras, que parecen haber estado juntas desde tiempos inmemoriales.

Me siento en el mirador del parque y observo las hermosas vistas de Barcelona. Es, en este momento, relajada, cuando decido escribir a Nico:

«Hola, guapísimo, espero que todo bien por allí. Lo bueno es que el tiempo por Barcelona hoy está exquisito para disfrutar de las vistas, he de reconocer que ver parte de esta ciudad desde el parque Güell es todo un privilegio, aunque sin duda este momento mejoraría considerablemente si estuvieras tú aquí, conmigo, a mi lado».

Me siento y decido olvidarme de todo. Solo me centro en absorber todo lo que me rodea: la brisa suave que acaricia mi pelo y mi cara, las vistas imponentes y el devenir constante de turistas que le dan esa viveza constante a este bonito lugar. Cuando llevo un rato disfrutando del momento, cojo un libro que me recomendó mi amiga Ruth y dejo que mi mente viaje y se transporte a la bonita historia de amor y lujuria de este libro *picantón* que me ha dejado mi amiga. No podía ser de otra manera, en este libro hay más sexo del que he visto incluso en un *kamasutra*. Esta chica aún no se ha dado cuenta que en estos últimos meses estoy canina, o igual me lo ha dejado precisamente por eso, *¡qué perrilla!*

Cuando estoy en uno de los momentos más calientes del libro, alguien, sin previo aviso, me acaricia el pelo. Asustada, al momento me giro y, con mis mejillas sonrosadas debido al subidón de temperatura de este libro de género *erótico-sexual-explicito-festivo* lo veo a él. El mundo se para de nuevo ante el *golpetazo* de sensaciones que recibo con solo mirarle, acompañado de una descarga eléctrica que va desde mi pelo, el que acaba de acariciar con esa delicadeza tan propia en él, y que llega, desde mi columna, hasta el final de mi espalda, haciéndome casi estremecer.

—Hola, preciosa, sin duda me queda claro que vuelves a ser la dulce niña loca que conocí, porque esta locura es solo propia de la Xiomara que conocí. Aún no me creo que sea verdad lo que ven mis ojos. Tenía en mi mente durante todo este trayecto que podía ser fruto de una broma cruel, pero... ¡Ya veo que estás aquí! —Me coge con fuerza y, sin darme tiempo siquiera a responder me atrae hacia su cuerpo fuerte y moreno por el sol de estos días y... me besa como solo él puede besarme, llenándome entera, haciéndome sentir una sensación de excitación mezclada con algo más, con esa sensación de hogar que me genera y que crea esa paz en mí que

hace que me entregue por entero a él. Nuestras lenguas se entremezclan mientras él me acaricia mi pelo de nuevo, baja por mi espalda con esas manos fuertes y grandes que tan bien saben recorrer cada centímetro de mi piel, y multiplica mi descarga eléctrica cuando me atrae aún más a su cuerpo, como si quisiera que de esta manera nos convirtiéramos en uno. *Dios mío* cómo me gustaría estar en un sitio sin gente donde poder dejar fluir todos nuestros impulsos y anhelos que ahora mismo son más que palpables y evidentes para ambos.

Tras un largo beso que parece durar un segundo pero que estoy segura de que ha durado un largo rato ya que al separarnos noto cómo mis labios enrojecidos se relamen de gusto, nos miramos fijamente y, sin aguantarme más le digo:

—Nunca he estado tan segura de nada en mi vida. En este preciso instante, si me quedara alguna pequeña duda, se me acaba de confirmar que, querido Nico, este es el lugar donde ahora mismo debo estar, aquí, a tu lado.

Con él me noto en calma. En sus brazos encuentro mi lugar favorito. Con él puedo ser yo misma, sin restricciones, sin críticas, sin temor a dejarme llevar, sabiendo que soy libre y que mi vida me pertenece a mí y solo a mi hombre que se muestra generoso en todo momento conmigo y que saca lo mejor de mí como persona.

Siento que vuelvo a creer en mí, que vuelvo a creer en quién soy porque verme reflejada en él, en lo que conoció de niñez, en la forma en la que me mira con ese brillo intenso en los ojos, con esa mirada penetrante que me transmite confianza y respeto absoluto...

Perdidamente enamorada, así es como he terminado sin pretenderlo Y aquí, en este mirador, en este preciso instante, caigo en la cuenta y en la certeza de que sí, de que no puedo estar más enamorada, de que nunca lo he estado tanto y... de que ya no me aterra.

No tengo miedo porque en sus brazos, solo en sus brazos, me siento libre.

TORRE D'ALTA MAR

30

.....
Me despierto totalmente entumecida. Ayer fue un día intenso en todos los sentidos, pudimos pasar por primera vez muchísimas horas juntos y la noche fue incluso mejor.

Después de nuestro momento romántico en el mirador del parque Güell que sin duda quedará grabado en mi memoria por siempre, Nico, que mostraba unas ojeras considerables y una apariencia más delgada, se transformó por un día, y mi mera presencia le hizo aparcar toda su situación complicada paternal que tanto le estaba atormentando.

En cuanto abandonamos el parque Nico opta por mostrar su lado más niño. Con una energía desbordante y lleno de entusiasmo me lleva a ver sus rincones favoritos de la ciudad. El día termina más rápido de lo que me hubiera podido imaginar y noto, al final del día, que estoy exhausta y con ganas de sentarme a cenar con él, al fin de nuevo juntos. Él y yo, no me puedo sentir más completa.

—Ya que has aparecido así, de improviso sin avisar, dándome la mejor sorpresa desde que he llegado aquí, me gustaría corresponderte. Voy a llevarte a cenar a un sitio muy especial, espero que te guste, preciosa. —Mis piernas piden vacaciones y en mi mente solo deseo que estemos cerca de ese lugar porque, entre el viaje largo en coche y esta maratón que he hecho, de buen grado y contenta como una *tontita* enamorada, inevitablemente... me noto *agotáita* perdía.

Nos encontramos por la zona del puerto. Ya ha empezado a refrescar y Nico me pasa un brazo por mi hombro, atrayéndome hacia él para que no tenga frío. Me promete que ya estamos cerca y me deleito con las grandes navieras que están ahí atracadas disfrutando así de uno de los puertos más importantes de todo el territorio nacional.

Cuando ya parece que el puerto ha terminado y que el único destino posible es la playa, cuya entrada se encuentra delante de nosotros, confundida por no entender cuál es el lugar al que me lleva porque no veo ningún restaurante a la vista, de repente se para, me mira enigmático con esa media sonrisa tan sensual que hace que me tiemblen de nuevo las piernas, y no de cansancio, y me dice:

—¡Ya hemos llegado! ¡Aquí es donde vamos a cenar!

—Nico, a ti tanto paseo te ha afectado, yo aquí solo veo la playa ahí enfrente, el puerto a nuestra derecha, edificios, pero de comer no veo nada de nada. Esto... ¿me estás tomando el pelo?

—Permíteme un momento.

Se gira y se acerca a lo que parece ser un ¿ascensor? De repente se abre la puerta y aparece un hombre que nos invita a entrar. Yo estoy claramente alucinada y veo que Nico se lo está pasando demasiado bien a mi costa. Este chico es la leche.

Subimos a lo que sin darme cuenta son muchísimos metros de altura y al abrirse la puerta mi cara, como siempre tan expresiva, muestra un asombro tal que tengo la boca más abierta que nunca. Ni siquiera me he dado cuenta de mi rostro de asombro, solo me centro en ver y asimilar todo lo que están viendo mis ojos.

—*Nico, esto... es... impresionante... Yo... No tengo palabras.*

Al abrir el ascensor se muestra ante mí un restaurante muy elegante en lo que claramente es una torre reconstruida y totalmente camuflada por un exterior totalmente sobrio que nada tiene que ver

con este interior tan cuidado en cada detalle donde el marco resulta estar rodeado de lado a lado, en forma circular, con unas grandes cristalerías que te permiten observar a través de una vista panorámica de trescientos sesenta grados el puerto de Barcelona, la playa, la ciudad, las montañas y toda la línea costera de la ciudad. Todo ello a unos casi cien metros de altura.

Veo también el famoso Teleférico de Port Vell-Barceloneta que conecta el puerto con la montaña de Montjuic.

No sé cuánto tiempo me quedo embobada mirando todo eso, pero sé que, en cuanto recobro algo de lucidez me doy la vuelta y le abrazo, muy fuerte, notando cómo todo mi cansancio ha desaparecido y prometiéndome a mí misma que pienso disfrutar este momento como si fuera el último, aquí, ahora, con él.

—Te preguntaría si te gusta la sorpresa pero solo te falta tu falda de vuelo y ya estarías dando vueltas de felicidad, tu rostro es un libro abierto para mí, señorita *Xio*.

La forma en la que ha dicho estas últimas dos palabras... me ha vuelto a generar esa descarga eléctrica, *quéeééé raaaarooooo* ¿verdad? Entre mis piernas he notado de nuevo ese cosquilleo, que lleva presente durante todo el día, y que ya empieza a ser una tortura porque mientras me ha dicho estas palabras abrazada a él, he notado cómo en nuestro abrazo, siempre tan pegados el uno al otro, hay algo ahí abajo que también muestra la misma inquietud sexual no resuelta. De momento tendremos que centrar nuestros sentidos en una buena cena, unas buenas vistas y la mejor de las compañías.

Nos sentamos en una de las mesas circulares que tienen preparadas, pegada junto a la cristalería que nos deja vislumbrar toda la parte de las playas, el teleférico y parte de la ciudad. Se ve todo iluminado y te hace sentir medio flotando encima de esta gran urbe.

Al traernos la carta Nico me sugiere que si me apetece podemos pedir un menú degustación bastante completo y que, si no me apetece, que pida lo que yo quiera que él no tiene problema, se adapta a lo que me apetezca. Este chico es la antítesis de los tíos que me he ido cruzando en la vida. Demasiado bonito para ser real, me dice mi subconsciente fiel. Yo le pego un tortazo a mi diablillo interior *envidiosín* y lanzo fuegos artificiales en mi mente porque, por primera vez, tengo un hombre a mi lado que me hace sentir tan bien, en todos los sentidos.

—*¡Madre mía!* Esto está delicioso, aunque me da pena comerlo, menuda obra de arte. —Me relamo mientras como un plato formado por un *foie* casero lleno de flores y frutas de variadísimos colores en todo su alrededor.

—Es la primera vez que estoy en un lugar tan chic, la verdad, pero en cuanto me dijeron el otro día que había un restaurante con las mejores vistas de Barcelona me dio algo de pena porque lo primero que pensé es que me encantaría venir aquí contigo. Lo último que me imaginé es que estarías tan rematadamente loca de aparecer aquí por sorpresa. En cuanto me mandaste ese WhatsApp lo primero que hice fue llamar a este restaurante y reservar, este día no podía terminar de otra manera, o al menos una parte de la noche, la otra parte espero que mejore aún más esta velada. Aunque he de reconocer que yo mismo me lo he puesto difícil, espero no decepcionarla, señorita Pazos.

Calor, calor, mucho calor.

Procuro centrarme en la cena y en cómo nos divertimos contándonos miles de anécdotas de nuestra época estudiantil universitaria, de mis historias locas con Ruth y nuestras demás amigas, de la primera vez que conoció a su mejor amigo en aquella pelea en el pub, entre otras miles de vivencias. Nuestros sentidos siguen desbocándose en cada bocado, en cada visión del exterior de este increíble lugar, en cada mirada, en cada caricia por debajo de la mesa, cada momento en el

que me coge la mano y me traspasa con esos ojos que dicen tanto, con ese brillo y ese fuego que me devora desde lo más profundo. Me permito a mí misma disfrutar de este momento, y convierto este día que quedará y perdurará durante todo el tiempo en mi memoria, en lo que fue, es y será, el mejor día de mi vida.

Maldito Nico...

MEMORABLE

31

.....
Me ofrece dormir con él en la habitación de su hotel y a estas alturas de la vida ni me lo pienso, no hay otra cosa que desee más.

Apenas somos capaces de llegar a la habitación. Ya en el ascensor Nico me atrae hacia sí y comienza a besarme apasionadamente, sin dejar ni un solo poro de mi piel tranquilo ante su contacto. Las sensaciones que provoca en mí no dejan aún de sorprenderme, sin duda este hombre sabe cómo hacer temblar a una mujer.

Mis manos se agarran a toda su espalda fuerte y musculada. Acaricio sus brazos tan morenos y, junto a sus brazos, veo cómo nuestros cuatro brazos descienden juntos hasta que me agarra fuerte por el culo y hace que al acercarme note toda su erección tan próxima a mí. Yo ya no puedo estar más húmeda de lo que estoy. Claramente me estoy equivocando, esto no acaba más que de empezar.

Me coge por las caderas y me subo encima de él, rodeándole así la espalda con mis piernas, pegándome a la pared de la habitación notando cómo toda mi espalda se apoya en la misma. Se mezclan los besos, las miradas, la intensidad, la pasión concentrada de todo un día en el que hemos estado juntos y cargada de esas ganas contenidas que ahora salen desbocadas de forma salvaje y animal.

Le acaricio su espalda, que me parece enorme, y noto cómo nuestra proximidad mezclada con su olor me vuelve aún más loca, con unas ganas increíbles de aferrarme a este momento y de que este instante no termine nunca.

Tras un rato en esa posición, totalmente vestidos, o eso pensaba yo, observo que no sé en qué momento nuestras camisetas ya han desaparecido y yo me encuentro en sujetador y ambos con los pantalones puestos.

Me baja y me deja sentada en la cama mientras me deleito observando al hombre que está creando toda esta pasión tan fuerte que invade toda esta habitación.

Tengo que juntar mis muslos porque son tantas las ganas que el mero hecho de no estar pegada a él hace que incluso sienta una especie de dolor, una necesidad tan instintiva que hace que mi cuerpo me pida a gritos ser aliviada. Mi excitación es tan fuerte que creo que es la primera vez que estas sensaciones aparecen en mi cuerpo. ¡Menudo homenaje me voy a dar!, me digo a mí misma.

Sigo observándole y, sin dejar de mirarnos a los ojos, comienzo a quitarme los pantalones despacio. Nico me imita y hace lo mismo. Lleva unos *boxers* negros ajustados que quitan el *sentío*, y al mirar su gran erección ahí atrapada me muerdo los labios mientras sin perder ni un solo segundo, me levanto, sin dejar de mirarle, y me quito el sujetador de forma lenta y sugerente.

—Ahora estamos empatados, señor Durán. Es un gustazo las vistas que genera, tiene usted un cuerpo impresionante. —Lo único que sale de su boca es una especie de gruñido. Noto cómo todo su cuerpo me atrae de nuevo hacia él y se detiene levemente a acariciarme el pelo a la vez que dice:

—Le diré, señorita Durán, que ahora mismo, aunque me cueste hablar porque no puedo dejar de mirarla, quiero que sepa que todo su cuerpo entero es lo más impresionante que he visto en toda

mi vida. Quiero pedirle permiso porque, he de avisarla, pienso disfrutar de todo él y pienso darle tanto placer que, espero, haga de esta noche una noche inolvidable.

Le sonrío y me acerco a él. Me dejo embriagar de nuevo por el olor mientras le beso su cuello. Me acerco a su oreja, mientras sigo besando toda desde el cuello hasta llegar ahí. Le muerdo levemente el lóbulo y pronuncio las últimas palabras antes de perdernos del todo hacia el abismo más absoluto del placer:

—Que así sea. No hay nada que desee más en este mundo que este *modelazo de portada de revista de calzoncillos mmmm*.

De aquí lo único que sale a partir de ahora de nuestras bocas son palabras inconexas formadas por los *mmm*, de los *ufff*, de los *dios mío*, de los *madre mía sigue así, no pares, más...*

Nos echamos en la cama uno a cada lado y nos seguimos besando, yo de lado apoyada de costado y él, frente a mí. En algún momento él se pone encima de mí mientras comienza a acariciar todo mi cuerpo descendiendo por mi cuello, por mi hombro, bajando por mi tronco en la parte tan sensible entre mi espalda y mi vientre, hasta que llega a mi cadera. Sin parar de besarme ni un solo segundo y notando todo su pecho pegado al mío, me agarra la cinta de las braguitas y comienza con habilidad a bajarlas. Realiza el mismo juego cambiando de mano, acariciando de nuevo mi cuello, creándome un estado de placer en el que pierdo incluso la noción del tiempo. Solo existen nuestros cuerpos, nada más.

Cuando ya me ha bajado las braguitas hasta encima de las rodillas noto cómo toda mi humedad está pegada a la tela de sus calzoncillos y, Nico comienza a hacer pequeños movimientos que me hacen enloquecer. Se separa de mí y sus manos se deslizan de nuevo comenzando por el cuello haciendo círculos imaginarios por mi clavícula, rodeando de forma suave y con cara de total deleite se acerca a mis pechos, sin dejar de trazar esos círculos que hacen que se me endurezcan de tal manera que noto mis pezones a punto de explotar y que piden a gritos ser tocados de la forma más inmediata posible.

Tras esta breve tortura acaricia mis pezones mandándome un *calambrazo eléctrico* que viaja directamente a mis partes más íntimas.

Desciende su torso hacia mí y comienza a besarlas, despacio, conteniéndose en lo que sin duda para mí está siendo difícil de mantener en ese ritmo tan pausado. Mi cuerpo late con furia y mi respiración se desboca a cada caricia.

Me besa, me lame, me da pequeños mordiscos mientras sus manos descienden a mi sexo. Sus dedos diestros y hábiles, como si conocieran cada punto exacto de mi piel, comienzan a acariciarme trazando de nuevo esos círculos que me hacen arquear toda la espalda, perdida entre tanta intensidad. Sus besos arriba, sus caricias abajo.

En algún momento salgo de mi viaje y le miro. Que todo Nico esté jugando así con mi cuerpo me hace excitarme aún más al observarle, tan entregado, tan sexy, aunque... tan vestido. Ya no jugamos en igualdad de condiciones y, notando como un orgasmo viene cada vez más cerca solo con sus círculos trazados con esmero y cuidado, y que están a punto de mandarme al más intenso de los orgasmos a través de mi clítoris, decido suavemente pararle y cambiar el rol para ser yo la que pueda seguir disfrutando, me gusta retener ese orgasmo y aguantarlo un poco más, quiero sentirle en todo su esplendor, y a poder ser, totalmente dentro de mí.

Le pido que se acueste y, tras besarle con pasión de nuevo, me siento encima de él y comienzo a moverme suavemente, notando cómo desde dentro de sus calzoncillos, al rozarme con él, su miembro reacciona rápidamente ante mí y se hace aún más grande. Menuda bendición es este hombre. A cualquier parte a la que miro, solo veo músculo, dureza, sudor descendiendo por su

pecho y creándome de nuevo esas descargas eléctricas descendiendo desde la columna hasta el final de la misma.

Tras jugar solo un poquito con este rozamiento tan exquisito y observando cómo Nico, con su rostro, me muestra a través de sus ojos y de sus labios ya enrojecidos por nuestros besos que está disfrutando de igual modo que yo, decido liberarle al fin de sus calzoncillos y los hago pronto desaparecer mientras todo él se muestra desnudo ante mí.

Me coge por las caderas sin previo aviso y me coloca encima de él atrayéndome de nuevo hacia él para volver a besarnos notando toda nuestra desnudez pegados el uno junto al otro.

—No aguanto un minuto más sin sentirte, preciosa.

Buscando mi permiso mientras me observa, se coge su miembro y comienza a acercarlo a mi sexo, hasta notar su punta acercándose a mí.

Coincido totalmente en que no aguanto un segundo más sin notarle a todo él, de la manera más humana habida y por haber. Nuestros cuerpos solo piden a gritos que seamos al fin solo uno.

La introduce lentamente en mí, notando cómo comienza a llenar mis paredes hasta que, con habilidad, asciende hasta el final, quedándose ahí en lo que para mí parece ser una eternidad, creando un breve silencio que da el aviso de una muy breve pausa que antecede a la locura que va a crearse a partir de ahora.

Sus movimientos y los míos pronto comienzan a ser más rápidos, más fuertes, cada vez más instintivos, cada vez más animales y, sin duda, solo es el principio de las miles de posturas que se darán durante toda la noche hasta hacernos caer rendidos tras lo que para él serán tres increíbles orgasmos y, para mí, cinco climaxes que hacen que la noche se proclame como la noche épica sexual más espectacular de toda mi vida.

Lo último que recuerdo es tener todo su cuerpo desnudo abrazado a mí, rodeando mi espalda, mientras noto cómo me acaricia el pelo con ternura y con una delicadeza tal que me hace sentir en paz, amada, respetada y en el hogar más seguro que pueda haber encontrado, mi hogar, su hogar.

MI CATALIZADOR

32

.....

Amanecemos tarde y exhaustos, con ganas de nada, tan solo de abrazarnos y tener esos momentos ñoños *postcoitales* con un desayuno cargado de carbohidratos, proteínas y demás vitaminas necesarias para volver a ser personas con capacidad de movimiento.

Y es que este hombre en estas últimas horas me ha demostrado que es todo un dios. Porque si un hombre te regala más de cinco orgasmos en una sola noche entra directamente en la categoría de divinidad del Olimpo, por lo menos.

Nos quedamos un rato charlando mientras Nico llama y pide un desayuno completo, palabras textuales: «pónganos el desayuno más completo que tengan, y añádale un poquito más, y ya que estamos, traiga una botella bien fría de un buen champán, hay que celebrar que ayer fue el mejor día de mi vida, y no tengo mejor manera de mejorar este momento que no sea celebrándolo de la mejor manera posible».

—Nico, no sé si sabes que son las once de la mañana y de que beber a estas horas viene siendo un poco raro como poco.

—Preciosa, con todo lo que hemos sudado esta noche y con lo feliz que has conseguido hacerme, y no me refiero solo al sexo, sino cambiando mi estado emocional de cero a mil en veinticuatro horas, no hay nada que nos merezcamos más.

Me lanzo encima de él y comienzo a besarle despacio, sensual, sintiendo cómo todo él reacciona de forma automática a cualquier caricia o beso que le doy, siempre dispuesto a todo conmigo. Tras una media hora dándonos los buenos días de la mejor manera inimaginable aparece el desayuno cuando aún no nos hemos repuesto del todo, sintiendo aún mi palpitar por todo mi cuerpo. Pero me levanto rauda y veloz, me pongo mis braguitas y una de sus camisetas que encuentro en una silla de enfrente bien doblada, y con ese aroma que me atrapa y que me encanta, salgo feliz a coger ese gran desayuno que, sin duda, tanto necesitamos.

Tras varias horas en el hotel decidimos ducharnos juntos y volver de nuevo al mundo exterior, con algo de pereza pero transpirando purpurina de felicidad de dos tontos enamorados que al fin han dado ese paso, el de expresar sin ningún miedo ni pudor sus sentimientos de forma abierta y sincera, sin tapujos.

Mientras tomamos un café en una de las terrazas más emblemáticas de las Ramblas, Nico recibe una llamada. Se aleja un poco para poder hablar sin el barullo de la gente que está a nuestro alrededor y, al rato, aparece con semblante preocupado.

—¿Qué ocurre?

—Es Mariela, que quiere verme y hablar, al fin.

—Pero eso es buena señal, ¿no?

—En cierto modo sí, pero tengo miedo de que no acceda a la custodia compartida y no tengo ganas de alterar más la vida de Zio con nuestras constantes diferencias. No hay nada que me gustaría más que llevar esto por una vía pacífica fuera de juicios y demás formalidades legales. Antes de exmarido y exmujer deberíamos ejercer de padres, de los mejores padres posibles para él.

Le apoyo en su silencio y le cojo de la mano para hacerle ver que estoy con él, que siempre voy

a estarlo. Pasamos el resto del día con cierto regusto de melancolía, pero me conformo solo con notar que mi compañía al menos le ayuda a sobrellevar esta situación.

Al día siguiente, tras una noche entera en la que he notado cómo Nico dormía poco y a rastos, amanecemos con un día cargado de lluvia y frío al más puro mes de noviembre en su casi invierno que dentro de poco está por llegar.

Nico me sugiere ir a ver un par de museos conocidísimos de la ciudad ahora que se va. Me deja un tanto nerviosa cuando se va a ver a Mariela. Espero que todo vaya bien.

Procuro mantenerme ocupada y me descubro caminando sin rumbo, arrastrándome en varias exposiciones donde miro pero no veo, donde no siento el placer del deleite al observar obras de gran valor. Tras varias horas vagando con la mente en otro sitio decido parar en una cafetería a relajarme e intentar centrar un poco las ideas.

Me frustra que Nico lo esté pasando mal y que no pueda ayudarle; me enfada que, a pesar de todo, no consiga hacer nada para solucionar este problema que saca su lado más triste; me duele que no pueda disfrutar de su hijo como tanto merece, estoy segura de que es un padrazo de los pies a la cabeza. Tras varios minutos estrujando la cabeza, de pronto, se me ocurre un plan, y pienso llevarlo a cabo.

Tras hacer un par de llamadas comienzan a entrarme emails de un par de colegas que se encuentran en activo dentro del ámbito divorcios y repaso toda la legislación al respecto sobre custodias y demás asuntos complementarios a este tipo de casos.

Si todo va bien no va a ser necesario meterse en denuncias, pero espero al menos que tenga, en caso de necesitarlo, un *plan B* alternativo que ayude a Nico en caso de quedarse sin soluciones mediante el diálogo.

Recibo un WhatsApp de Nico para encontrarnos, y a los veinte minutos nos reunimos en la zona de la Barceloneta, que me encanta cada vez más.

Nico llega con los ojos un tanto rojos, y con un semblante que me hace estremecer, parece lleno de ira y de rabia, sin duda nunca lo había visto así.

—No quiere saber nada de la custodia compartida. Me dice de llevarlo un mes al año a Galicia, durante las vacaciones. Me salta que ahora está muy sola porque lo ha dejado con una pareja que hizo aquí (como si a mí me importara), pero que tampoco se ve con fuerzas de regresar a Galicia, así que quiere que siga estudiando aquí y para que tenga una vida normal me dice que es imposible que pueda verlo más tiempo, que lo mejor para él es que solo vaya un mes en verano a pasarlo conmigo, ¿a ti te parece medio normal que me diga algo así? ¿No puede pararse a pensar lo que supone eso para mí? ¿Para su padre?

—Tranquilo, Nico, vamos a encontrar una solución a esto y seguro que conseguiremos hacerla entrar en razón, de una manera u otra.

—Xiomara, se me está agotando la paciencia, tanto egoísmo por su parte me está haciendo odiarla cada vez más y no aguanto un minuto más sus *gilipollices*. Creo que ha llegado la hora de interponer una denuncia, porque esto no puede seguir así.

—Vamos a hacer una cosa, Nico, en caso de interponer denuncia cuentas con todo mi apoyo, y aunque te parezca raro podría ayudarte porque tengo contactos y controlo bastante sobre este tema, pero, si me lo permites, vamos a usarlo como última baza. He visto muchas familias sufriendo en este tipo de reyertas legales, y creo que debemos usar el último cartucho antes de enfrascarnos en el mundo judicial, si te parece bien.

—Preciosa, no sé qué haría sin ti, al desahogarme contigo la verdad es que me siento algo mejor. Me parece bien lo que me dices, pero... ya no sé cómo usar ese último cartucho, de verdad

que no tengo ni idea.

—Yo tampoco, pero si me lo permites, buscaremos una solución juntos, ¿te parece bien?

—Ven aquí.

Me abraza y sigue siendo para mí como un primer contacto piel con piel con este hombre salido del Olimpo. Lo abrazo con fuerza fundiéndome con su gran cuerpo y acercándome a su oreja, dándole antes un casto beso en la mejilla, y le digo:

—Vamos a encontrar una solución a esto, Nico, te lo prometo.

Guardo esa promesa en mi consciencia y en mi subconsciencia y, poniendo todo mi optimismo en ello, algo en mi interior me susurra que todo va a salir bien, y con toda esa fuerza que me genero yo a mí misma, sonrío y me vuelco en contagiarle todo eso a él, a mi catalizador, el que sin darse cuenta me está devolviendo esa fortaleza tan mía que ya creía olvidada.

NICO, ENAMORADO

33

.....
—¡¡¡Xiomara!!! ¿Pero qué pasa?

Nico me trae de vuelta al mundo real dándome un susto de muerte. Sin darme cuenta estaba ensimismada en mis pensamientos. Acababa de ducharme y me estaba vistiendo pero sin darme cuenta han venido a mi mente imágenes de aquella época gris que a veces me sobreviene y de la que intento alejarme, de la que llevaba tiempo sin revivir pero, sin darme cuenta, ha vuelto de nuevo mandándome imágenes de noches en vela, de gritos, incluso de *moratones* que aparecen en la piel a modo de recordatorio de lo que un hombre «*que te quiere*» puede llegar a hacerte, cuando jamás pensaste que algo así pudiera pasarle a uno mismo.

—¿Estás bien? Te noto pálida y no me gusta nada ese semblante. Dime a quién tengo que matar porque esa cara es de algún mal recuerdo, de alguien que te ha hecho daño. Preciosa, sabes que no quiero indagar en las profundidades de tus malos momentos, pero sabes que puedes contar conmigo para todo lo que necesites, al igual que tú estás ahora para mí. —¿Pero cómo es posible que sepa leer mis pensamientos más ocultos? Me pone de los nervios, para él soy un maldito libro abierto—. Ven aquí que te voy a dar un beso que te va a hacer olvidarte hasta de tu nombre.

—¿Pero serás creído?

Efectivamente se acerca a mí, me lanza esa mirada llena de deseo y de mucho más, y me da uno de esos besos de película que, quitándole el romanticismo y dándole un poco de carácter fisiológico al asunto, genera en mi cuerpo una excitación tal que pienso que va a hacer que mis braguitas recién puestas se desintegren al momento.

Maldito Nico...

Recién duchada y recién vestida, y este hombre consigue hacerme desnudar de nuevo para terminar sudorosos en la cama extasiados de placer sin haber conseguido nuestro objetivo, que era salir a desayunar temprano.

—Te pediría perdón por habernos dejado sin desayuno pero he de reconocer, princesa, que no hay desayuno mejor que lo que tú me puedes ofrecer con todo ese cuerpo que dios te ha dado, ¿te das cuenta de lo que generas en mí? Jamás me cansaré de tu cuerpo, Xiomara.

—Querido Nico, te perdono, pero que sea la última vez. —Me levanto con aire ofendido para vestirme, y sin darme cuenta me coge en volandas y me vuelve a depositar en la cama mientras, de forma tierna y sensual me acaricia desde la cadera hacia el lateral de mi vientre, subiendo por mi pecho pero sin tocarlo, solo acariciándolo recorriendo la forma de su silueta y me dice:

—Eres sencillamente perfecta. No puedo imaginarme otro lugar donde vivir que no sea en tu cuerpo. Todo tu olor me transporta no solo a nivel sexual sino que hace que no quiera separarme en ningún momento de ti. Eres como una maldita droga, pero de las buenas. Creo, querida Xiomara, que me he enamorado perdidamente de ti.

¡Oh! ¡Dios! ¡Mío! Ha soltado esa bomba emocional que no me esperaba y me he quedado con cara de idiota, sin saber cómo reaccionar. Mi cabeza comienza a dar vueltas sin llegar a puerto y noto como si me faltara el aire. No estaba preparada para que soltara algo así, que por cierto me encanta, pero de nuevo aparece ese miedo atroz a verme de nuevo en una zona de fragilidad que me lleve a ese estado de dolor que me tuvo y aún me tiene en esa especie de purgatorio donde el

sufrimiento del pasado vuelve a mí en bucle una y otra vez.

—*Esto... Nico...* Gracias por estas palabras, no me esperaba algo así, y me encanta, pero es que, no sé si estoy preparada. No quiero que te molestes conmigo pero no sé cómo explicarte que creo que aún no puedo dar un paso más. Sinceramente, me aterra.

—Preciosa, mírame. Estoy enamorado de ti, al igual que creo que los sentimientos son correspondidos. Pero no te he dicho esto esperando que fuera expresado de forma recíproca. No tengo prisa, ya ves que mi mundo ahora mismo está un tanto desmoronado y aquí estás tú, a mi lado, apoyándome. Ahora no soy capaz de pedirte nada más. Sigue el ritmo que consideres y yo me amoldaré a él, ¿de acuerdo?

Me besa en los labios con un beso corto, pero lleno de respeto y veneración. Me ayuda a levantarme y comenzamos a vestirnos. Ha conseguido que esté más tranquila, y tras esa tranquilidad me he sentido amada de verdad por primera vez. Sin exigencias, sin presiones y creo que, incluso, con generosidad plena.

—Por cierto, antes me has distraído con tu cuerpo recién salido de la ducha y no he podido contarte lo que te quería contar. Mi amigo de toda la vida se viene a Barcelona por una competición tres días. Su campeonato no es hasta pasado mañana pero ha adelantado el viaje para verme, y me preguntaba si querrías venir a cenar con nosotros esta noche y así te lo presento, ¿qué te parece?

—Me parece una idea maravillosa. ¿Campeonato? ¿A qué se dedica tu amigo?

—Lleva casi toda su vida compitiendo y destacando entre los mejores del mundo de *kickboxing*.

—Anda, creo que he oído ese deporte hace unas semanas pero como soy algo despistada no sé ni dónde, la verdad. Ha de ser un deporte sacrificado y difícil.

—Sí que lo es. Mi colega siempre se ha cuidado al extremo en cuanto a alimentación, a su dedicación de más de seis horas de entrenamiento diario... Pero es su pasión, así que jamás le he visto desfallecer ni protestar por ello.

—Oye, si os apetece luego incluso podrías enseñarnos a él y a mí algo de la vida nocturna en Barcelona.

—Pues la verdad es que nunca he salido de noche por Barcelona así que creo que será nuestra primera vez para los tres. Habrá que disfrutar la noche entonces. Tus deseos son órdenes para mí.

Si me sacaran una foto en este preciso instante tendría la cara de enamoramiento más absoluta. Porque una cosa está clara, no soy capaz de decirlo en voz alta, pero todos los poros de mi piel, me diga lo que me diga a mí misma, rezuman corazones por los cuatro costados.

Que va a ser de mí, estoy perdida...

CENA DE TRES

34

.....
—Nico, has quedado con tu amigo dentro de media hora y esta siesta que tanto me ha gustado y que parece no tener fin, lo digo porque noto como todos los músculos de mi ser tienen ya agujetas, nos va a hacer llegar tarde. ¡Vamos a vestirnos ya de ya! —Este hombre ha reconvertido la siesta española como una genial excusa para poder disfrutar muy mucho de este cuerpo que me tiene en esta especie de embrujo que no me permite ver más allá.

—Creo que voy a llamarle para decirle que mejor nos vemos mañana...

—¿Te has vuelto loco? Ha venido aquí para verte, haz el favor.

—Vale vale, tienes razón, la culpa es tuya y de tu cuerpo, me has hecho un *yonki* de ti, qué va a ser de mí ahora.

Me pone esa media sonrisa y hace algo que ya empieza a ser una constante en él: me coge en volandas, me devuelve a la cama, me da una última ración de caricias cargadas de besos intensos y... con mi mente cegada y anulada por completo, vuelvo a caer y a perderme en él.

Maldito...

Finalmente salimos con quince minutos de retraso y mientras vamos de camino Nico recibe una llamada:

—Que sí, tío, que lo siento. Ya sé que siempre llego tarde, no deberías ya extrañarte a estas alturas... Vale... perdona, colega, no te pongas así, en nada ya llegamos ¿de acuerdo?

—*Jajaja*, debe de ser la versión «Ruth» en tío porque tiene pinta de tener el mismo carácter, se llevarían bien seguro, o quizás puede que se llevasen a matar, habría que corroborarlo.

—Mejor no tentar a la suerte ¿no crees? —Me guiña un ojo y me imagino a Ruth emparejada con un chico con el mismo carácter que ella. *Ufff*, creo que, sin duda, eso no podría terminar bien.

Llegamos a una especie de *gastrobar* lleno de jamones colgados por todas partes y multitud de tapas, y al llegar a la barra mi cara de asombro al ver a Nico abrazar a su colega es todo un poema.

—Y ella es Xiomara.

—*Ehhh* hola, no sabía que tú eras el mejor amigo de Nico.

—Pero ¿ya os conocéis? —pregunta Nico un tanto sorprendido.

—Hola, Xiomara, qué bien volver a verte. Desde luego este mundo es un pañuelo. —Me planta dos afectuosos besos y se gira para explicarle a su amigo—. Se apuntó al gimnasio hace unas semanas. Un día incluso casi se anima a venir a una de mis grupales de *kickboxing*, pero por lo visto tenía planes mejores.

—Dios, y yo contándole a tu mejor amigo, sin saberlo, que iba a nuestra primera cita en tu casa, cuando me invitaste a cenar.

—Pues me alegro un montón de que ya os conocierais, chicos, esto se merece celebrarlo. ¡Una botella del mejor rioja, camarero! Hoy nos comemos Barcelona.

Y tanto que nos lo comimos, con guindilla sorpresa y todo...

Nos vamos animando al transcurso de la noche y cuando nos ponemos a cenar ya llevamos unas cuatro copas de vino cada uno. La verdad que me siento más que integrada con ellos y me hacen sentir una más de este pequeño grupo de amigos. Es un gustazo escuchar todas sus anécdotas y ver

cómo realmente Jagger y Nico se muestran como lo que son, verdaderos amigos.

Me duele la barriga de tanto reírme y es que, mientras Nico le da puñetazos para que no siga sacando trapos sucios, Jagger me cuenta muchas de las locuras que hicieron en su época antes de la veintena cuando comenzaban ya a ser grandes amigos, sin excluir la historia de cómo se conocieron. No puedo dejar de reírme un solo segundo.

Pero, de repente, Jagger, entre miles de comentarios suelta una bomba que me hace palidecer y cambia mi estado de ánimo de cien a menos uno.

—*Bua*, pero no te he contado la épica despedida de soltero de Nico, vestido con peluca, un pañal, sus tirantes rosas fucsia... tengo que buscar un par de fotos para enseñarte. La hicimos además por tu tierra, en pleno Madrid, con un autobús cargado de bebida, de música, y de luces por todos lados. Pero lo mejor fue nuestra parada improvisada porque el señorito se moría de hambre, en aquella *tapería* donde comimos la mejor tortilla de patata del mundo. A mí desde luego me supo a gloria, y creo que me engullí una entera solo para mí de una *sentá*.

—*Esto...* Nico... ¿me acompañas fuera un segundo? Tanto vino creo que me ha hecho marearme un poco y me vendrá bien un poco de viento para espabilar. Si no te molesta, Jagger, venimos ahora.

—Sí claro, tranquilos.

Al salir me giro más brusca de lo que yo misma esperaba y le digo:

—¿Me estás diciendo que aquel chico con el que fumé un cigarro eras tú? ¿Y no me has querido decir nada hasta ahora? Suena un poco a película de *acosador persigue a chica...* Solo quiero que me digas una cosa, ¿la visita fue casualidad o fuiste allí sabiendo que podías encontrarme?

—Xiomara, estate tranquila porque tiene una explicación.

—Las grandes discusiones siempre comienzan con esa maldita frase, Nico. Más te vale que sea una explicación lógica porque ahora mismo no sé ni lo que pensar.

—Siempre voy a ser sincero contigo, y te reconozco que mi tía, antes de ir a Madrid, me dijo que tu familia y tú teníais una *tapería* por la zona de Atocha, y al decirme el nombre pues me picó la curiosidad y, de forma improvisada, lie a mis colegas para ir a cenar allí porque tan solo quería saber si estabas bien y en qué mujer te habías convertido, nada más. Por eso no quise decirte nada. Te vi tan feliz y plena que me parecía injusto, justo antes de casarme decirte que era aquel niño de la infancia al que ni siquiera recordabas, decirte que despertabas en mí algo que ni yo mismo era incapaz de comprender. Te confieso que una parte de mí se moría por confesarte quién era, pero ni creía que fuera el momento, ni me veía con fuerzas. Verte despertó tantos sentimientos irreconocibles en mí que no me atreví a decirte nada de nada. Quise dejar las cosas como estaban. Ha sido la única vez que nos hemos visto, aparte de nuestro verano en el pueblo, Xiomara, te lo prometo. Te pido perdón por no haberte dicho nada hasta ahora. No quería que me malinterpretaras y al final he empeorado las cosas al enterarte así.

Su cara muestra tanto arrepentimiento y dolor que me es imposible enfadarme con él, pero tampoco soy capaz de perdonarle del todo hasta que se calme este cabreo repentino que se ha formado así, de esta manera tan brusca.

—De acuerdo, Nico, no vuelvas jamás a mentirme porque no soporto la deslealtad. Eso sí, te impongo como castigo volver a verte vestido con ese atuendo tan sexy, la verdad es que lo recuerdo perfectamente. No sé cómo no he reconocido esas piernas sexys que tan bien quedaban con esos pañales tan eróticos...

Le guiño un ojo y entro en el restaurante contoneándome sabiendo que sus ojos se quedan absortos viendo mis caderas moverse. Puede que sea el vino o la gran noche que estamos pasando,

junto con lo que me pareció una disculpa cargada de arrepentimiento y sinceridad, así que olvido todo lo ocurrido y continuamos la noche disfrutando de la compañía de Jagger y de esa complicidad entre ellos en la que me integran y en la que me siento encajar a la perfección.

Y no hay nada mejor que conocer al mejor amigo de tu «*lo que sea*» y encima ver que su mejor amigo muestra un carácter tan cercano y tan cargado de buenos valores.

Cada vez me doy más cuenta de que este viaje es de ida sin retorno porque cuando creo que no puedo sentir nada más por él, algo me golpea y me hace ser fiel testigo de que me equivoco.

Libero cualquier tipo de miedo o duda y, una vez más, la nueva *Xiomi* me susurra dándome toda la tranquilidad que necesito «*que no tenga miedo, que siga adelante*».

No seré yo quien la contradiga...

CAUSALIDADES

35

.....

Decidimos movernos a un pub de la zona que sea conocido pero no demasiado concurrido. Finalmente hacemos una ruta visitando unos tres o cuatro lugares. Aunque Jagger habla todo el rato y nos mantiene entretenidos, Nico no se despega de mí y se muestra en todo momento cariñoso conmigo, acercándose las copas, cogiéndome de la cadera, pero sin dejar de darme mi espacio para poder estar a mi aire. Como cuando comienza a sonar una de mis canciones favoritas y me pongo a hacer movimientos divertidos de esos que hacemos Ruth y yo sin tapujos y sin importarnos si nos miran o si nos dejan de mirar, solo haciendo el payaso para partiros de la risa la una de la otra. Nico se une conmigo y Jagger nos mira como si nos faltara algún tornillo más de la cuenta, pero finalmente, aunque con algo más de pudor, hace alguno de mis movimientos *chorras* más top: cogirme de la nariz y hacer como que me hundo en una piscina imaginaria haciendo olas cual sirena marina... todo un clásico.

La noche está siendo memorable y el alcohol ya ha hecho algo de mella en nosotros, y, cuando creemos que la noche está casi tocando a su fin, ocurre una de estas casualidades que te dejan pasmado y que parecen surrealismo puro en una gran ciudad como es Barcelona y que jamás de los jamases crees que puedan ocurrir.

Y aquí, en esta noche llena de risas y alcohol, es cuando la conozco a ella, a su Mariela.

Estamos decidiendo si pedir otra o marchar, cuando de repente Nico contrae todos los músculos de su cara y se queda paralizado sin siquiera mover la boca para contestarnos si quiere otra o si nos vamos.

Al girarme en la dirección a la que mira veo entrar a una chica de tamaño mediano, con un vestido negro súper ajustado y el pelo en media melena negro y flequillo recto enmarcando un rostro de una mujer con carácter. Refleja claramente que se trata de una mujer de las que no pasan desapercibida pero de las que imponen un poco por su semblante un tanto, por así decirlo, imponente; lo contrario a lo que diríamos una niña buena. Entra con aire alegre mientras muestra al mundo sus marcadas curvas y es que, esta mujer, es de las que llaman la atención, y mucho.

Me doy cuenta casi al momento de que esa chica es Mariela y, alejando un extraño calor que se apodera de mí y que me hace ver que estoy sufriendo unos celos ilógicos e incontrolados, los dejo escapar para centrarme en que Nico lleve esta situación de la mejor manera posible.

Pero resulta ser Jagger el que, cogiendo a su amigo por el hombro, le dice:

—Nico, llevo meses queriendo hacer esto, así que te pido por favor que te quedes aquí con Xiomara y me dejes arreglar esto de una vez por todas.

—Pero Jagger, qué *coño* estás dic...

Jagger no le deja acabar la frase y desaparece para encaminarse todo él, con ese cuerpo grande del tamaño de un luchador de sumo, en la dirección de lo que parece ser su mayor presa. Porque lo único que falta en este momento es verle expulsar humo por todo su cuerpo. En todo el pub de repente hay una carga de mala leche concentrada que... mete miedo.

Vemos cómo la saluda, le coge de la mano sin apenas darle tiempo a reaccionar y se la lleva a una parte menos concurrida del local, en una esquina donde no hay mucha gente y parece que les da pie a poder hablar.

Nico hace amago de dirigirse hacia ellos, pero yo me interpongo en su camino y con la mayor calma posible le suelto:

—Nico, sé que quieres acercarte y hablar con ella pero esta no es la situación más favorable para hacerlo. Hemos bebido y quizás ella también, te pido por favor que te quedes conmigo y que confíes en Jagger. Es tu mejor amigo y sabrá cómo manejar esta situación.

—Pero necesito hacerle entender de una vez que tenemos que llegar a una solución buena para los tres y...

—Mírame. —Me duele ser tajante con él pero necesito tranquilizarle para que no haga algo de lo que se pueda arrepentir mañana—. Vas a quedarte conmigo un rato, hasta que estés más tranquilo, y si dentro de unos minutos te ves mejor y más relajado, te acercas a hablar con ella cuando Jagger vuelva con nosotros. ¿Me haces ese favor?

—De acuerdo, lo intentaré.

—Qué te parece si nos tomamos una copa y te sigo enseñando esos movimientos *sexys ochenteros* que tanto te gustan y sé que te ponen. —Me mira con ese semblante ausente que ya empiezo a reconocer y, sin pensarlo dos veces le abrazo y le doy un beso lleno de cariño, respeto y apoyo, abrazándole con fuerza para que sienta que no está solo, que me tiene en todo momento.

Consigo que se relaje un poco y, aunque continúa intranquilo e inquieto, se muestra algo *más Nico*, y, mientras Jagger habla con ella a lo lejos, consigo distraerle, al menos por un tiempo.

Lo poco que puedo mirar disimuladamente en la dirección en la que se encuentran Jagger y Mariela, veo cómo el semblante que ella tuvo al entrar, tan segura de sí misma y alegre, se ha transformado en una apariencia triste con los hombros caídos y una actitud totalmente derrotada ante la descomunal bronca que le debe de estar echando Jagger.

En mi interior hago palmas imaginarias mandándole *minipuntos* a Jagger por lo que está haciendo por su amigo. Deseo con todas mis fuerzas que dé como resultado una solución al fin, solución que sea buena tanto para Nico, como para el hijo que tienen en común, su amado Zio.

Tras unos quince minutos que parecen haber sido tres horas y en los que el alcohol parece que se ha evaporado de nuestros cuerpos, aparece Jagger y nos dice que si podemos ya marcharnos a nuestros respectivos hoteles, que está cansado y que mañana sin falta desayunaremos juntos para contarnos lo que parece ser una posible solución para Nico, para Zio, y para ella.

Nico se muestra impaciente y le pide que le cuente ahora mismo qué narices han hablado, pero Jagger se mantiene en sus trece y le pide que por favor mañana será otro día y que podremos pasar el día juntos para ayudarnos de una vez a que este viaje a Barcelona, que ya empieza a alargarse y a trastornar hasta su faceta laboral con la empresa que lleva días sin patrón en Galicia y puede llegar a tener sus grietas, pueda generarle ya a Nico esa normalidad que tanto necesita.

Y es que, Barcelona, la hermosa Barcelona, comienza a generarnos una sensación de cuenta atrás de la que pronto nos permitirá despedirnos para que, al menos, uno de los dos pueda volver a su vida normal.

Con respecto a mí, procuro no pensar demasiado en ello, no por el momento.

AYÚDAME A OLVIDAR

36

.....
«No vales para nada. Eres un desastre en todo; ya no estás tan guapa como al principio; vístete con más decencia y menos descaro; no se te ocurra salir así; no sé porque te maquillas tanto; no te pienses que te van a tratar en el trabajo igual que a un hombre, eso jamás va a suceder; no vales, no vales, no vales...».

Estamos en nuestro salón y es domingo por la tarde. Le digo a Albert que sería estupendo que saliéramos a dar una vuelta y a cenar como hacíamos hace meses, cuando aún llevábamos poco de casados y conseguía animarle a salir, a hacer cosas nuevas, a disfrutar de la vida.

Una vez más rechaza mi oferta y me dice que está agotado de la larga semana de trabajo. Yo tengo un arsenal de documentos esperándome para ser revisados y el cansancio también hace mella en mí, pero decido no decirle nada, no se toma nada bien mis protestas. Siempre dice que no hago más que quejarme y que debería ser menos destructiva con la vida. Don Perfecto siempre tiene una crítica para mí. En fin. Voy a llamar a Ruth para ver si le apetece salir a dar un *voltio* por la zona centro.

Cuando vuelvo de tomar un par de cañas de *tranquis* pero disfrutando de vernos, ya que Ruth y yo hemos perdido bastante relación desde que me he casado, vuelvo a casa.

Al entrar encuentro todo en penumbra, se me hace extraño porque son solo las once y algo de la noche.

En el salón intuyo lo que es una sombra y pego un brinco del susto.

—Pero Albert, ¿se puede saber qué haces ahí en la penumbra? ¡Qué susto me has dado, por dios!

Enciendo la luz y lo que veo me deja la sangre helada. Tiene una botella de whisky terminada en la mesa del salón, y sus ojos inyectados en sangre junto con su pelo desmarañado me hacen estremecer.

—¿Crees que puedes tratarme a tu antojo, *fulana* de mierda? Dejas aquí solo a tu marido porque está cansado y te vas a *zorrear con la puta* de tu amiga. Igual piensas que soy un don nadie y que puedes ningunearme a tu antojo, ¿es eso?

—Albert, ¿pero qué narices estás diciendo? —Sus palabras se enredan en su lengua y salen sin apenas ser entendibles, su estado etílico es abrumador—. Deberías acostarte y mañana hablamos con calma de todo lo que te pasa por la cabeza. Si te he disgustado de alguna manera discúlpame, desde luego no era mi intención. Vamos a la cama, cariño.

—Lo más curioso es que te piensas que puedes hacer lo que te dé la gana sin represalias. Pero hoy te voy a dejar claro quién soy. En esta casa hay unas normas y yo soy tu marido, así que tendré que enseñarte modales de una vez para que no seas una cualquiera de tantas que hay en esta sociedad de mierda y de igualdad de género y demás *gilipolleces* sin sentido.

Rememoro una vez más ese punto de inflexión que marcó el inicio del fin de un matrimonio que resultó comenzar con un disfraz de cordero, y esa noche mostró sus garras al mundo y trajo a mi vida la primera de las muchas palizas que vendrían después. Todo ello sin esperarlo, sin pedirlo, sin merecerlo, sin verlo venir.

Yo, una mujer del siglo XXI que veía la violencia de género como algo que solo había que estudiar en la universidad como una optativa más. Yo, una mujer de valores que sabía lo que

quería y que así se lo mostré a Albert, el cual resultó ser un experto en la mentira haciéndome ver que era un hombre que compartía mis mismos valores, y que lo único que hacía era mantenerse en silencio, estudiando con sigilo cómo engatusarme para, una vez en su jaula, minarme así con cautela y meticulosidad encontrando así la manera de destruir todo mi mundo con un trabajo diario de vejaciones que, finalmente, darían fruto a mi anulación como persona.

Cuando Albert me va a dar ese primer tortazo que, a nivel psicológico fue el más doloroso de todos...

Doy un grito ensordecedor que suena en todo el hotel y que me hace despertar bañada en sudor y temblando de una manera incontrolable.

Y ahí está él, con su cara de preocupación mirándome sin entender nada, y abrazándome con todas sus fuerzas, intentando que me calme consiguiéndolo minutos después.

Qué duro es volver a ser uno mismo, qué duro es recomponerse, resurgir cual ave fénix quemando toda la porquería vivida y concentrada en pocos años, pocos instantes que hacen que se pueda destrozarse todo tu interior, todo tu mundo, olvidarte de lo que algún día fuiste...

Despierto temprano y me encuentro a Nico sentado en cama apoyado contra la cabecera. Sus ojeras marcadas me dicen que no ha dormido mucho. Me doy cuenta de que lo que pasó ayer fue real. Por primera vez he tenido una de esas pesadillas delante de él y me ha visto en ese estado de estrés postraumático que tanto odio y que aún no consigo superar.

—Buenos días, preciosa, ¿cómo te encuentras?

—Bien, Nico, buenos días, ¿por qué estás despierto tan temprano?

—Le he dado vueltas a lo que te ha pasado esta noche y, con temor a lo que puedas contarme, me gustaría saber si fue solo un mal sueño o, si por el contrario, tienes algo que contarme. Quizás tu escapada a Galicia esconde algo más que un desconectar de la civilización como me comentabas. Me gustaría, Xiomara, que fueras sincera, no te imaginas lo que me dolió ayer verte en ese estado, tan frágil, tan cargada de un dolor tan fuerte que me hizo estremecer.

—Nico, no sé si estoy preparada para compartir contigo esa parte de mi vida que preferiría olvidar pero que mi subconsciente aún revive una y otra vez...

—Te entiendo, princesa, solo querría hacerte una pregunta: ¿te hizo daño un hombre? ¿La persona con la que estuviste casada te hizo daño de alguna manera? —Sin poder evitarlo se agolpan varias lágrimas sin previo aviso y noto cómo mi cara comienza a humedecerse recorriendo mis mejillas hasta caer directas a las sábanas. Nico, sin mediar más palabra me coge entre sus brazos y me da todo ese calor tan necesario que hace que me sienta libre para expulsar toda la pena que llevo acumulada y que aún no había sido capaz de expulsar ni de compartir con nadie.

Lloro durante un largo rato mientras mi adonis del Olimpo me acaricia el pelo y la cara como si fuera su tesoro más preciado. Me susurra palabras que van entrando en mi ser como si del mejor tranquilizante se tratara:

—Ya todo ha terminado, estás conmigo. Jamás dejaré que nadie te vuelva a hacer daño, eres lo más hermoso que he tenido el placer de conocer en toda mi vida, solo mereces tener luz porque toda tú eres luz, eres viveza con esa sonrisa que mejora y engrandece el mundo...

No sé en qué momento me he vuelto a quedar dormida en sus brazos, mientras me acaricia, pero al despertar estoy de lado mientras noto sus brazos fuertemente agarrados a mí mientras noto todo su torso pegado a mi espalda, dándome calor y protección, o así es como precisamente me siento. Es, en ese preciso instante, cuando me doy cuenta de algo que ya no tiene remedio.

Me he enamorado como nunca en mi vida lo he hecho. Pero esta vez no tengo miedo, no pienso

tenerlo porque sé que él es el hombre adecuado, el que mi abuela querría para mí o el que quizás hizo que nuestras vidas se cruzaran y me lo mandó así de esta manera en modo de recompensa a mi pasado amoroso anterior.

Dejo que sus brazos sigan donde están, acaricio sus manos y entrelazo las mías con las de él.

Decido seguir acurrucada un ratito más en este mi lugar favorito llamado hogar y, una vez más, caigo rendida en un sueño vacío de malos recuerdos y con visiones llenas de un futuro mágico en tierras montañosas con fluir de ríos y árboles imponentes enmarcando casas centenarias de piedra con el piar de los pájaros como sonido de fondo bajo una calma inusual que convierte mi subconsciente en un mar lleno de paz y de armonía.

El curar del alma no ha hecho más que comenzar, aunque lo que yo no sabía es que ese momento no empieza aquí, sino que ya comenzó hace semanas, en mis paseos en soledad con Lor, donde una Xiomara jovial y alegre comenzaba a aflorar a la superficie, desesperada por salir de nuevo al mundo real que tanto ha amado desde sus inicios.

EL CAMINO QUE ME LLEVA A TI

37

.....

Es la una de la tarde y nos acabamos de despertar. En realidad he sido yo la primera que ha abierto los ojos y decido sumergirme en el cuerpo más impresionante que han visto mis ojos. Me deleito observándolo mientras duerme. Está boca arriba tapado solo hasta la cintura y muestra su cuerpo al descubierto hasta el final de su vientre, una tortura a la vista que me resulta irresistible, y más aún si me dejo transportar por una línea de su pelo que va desde debajo de su ombligo, de forma fina y elegante, en línea recta descendente dejando a la imaginación el lugar donde termina ese camino trazado por su vello que ni calculado podría causar más calor en mi ser.

Sin poder aguantarme más tiempo me acerco a su cuerpo y comienzo a besar la parte que está entre su hombro y su cuello, besando de forma casta esa zona y comenzando poco a poco a besar su pecho mientras con mi mano acaricio sus abdominales marcados subiendo y bajando la mano hasta llegar a esa línea de pelo pero sin bajar más de lo debido, solo deleitándome en la parte a la que tengo acceso de forma visual, trazando círculos con mi mano por toda su piel, y acercándome de forma sugerente y provocativa adonde comienza la sábana que lo cubre, sin llegar, una vez a más, a superar esa barrera.

Su primer leve gemido me hace ver que está despierto. Le observo, y su boca crea una media sonrisa tan sexy que me hace estremecer. Continúo acariciándole y sigo besando toda su piel descendiendo de nuevo un poco más, hasta besar la zona de su ombligo y su cadera, mientras mis manos acarician, aprietan, pellizcan, juegan.

En algún momento y sin previo aviso Nico hace un movimiento brusco sin avisar y de repente todo él se coloca de forma hábil y rápida encima de mí.

Abre los ojos y lo que veo me hace calentar aún más. Sus pupilas están completamente dilatadas, y la forma en la que me mira es tan intensa que, tras varios segundos inmóvil mirándome con esa pasión desmedida, me besa.

Es un beso lento, con mucha pasión pero conteniendo esa ferocidad que nos genera la intensidad de las sensaciones que nos agolpan cuando estamos en la cama.

Introduce su lengua despacio, sin prisa, deleitándose en mi boca besándome como si fuera la primera vez que besa, entregándose con esa soltura de un hombre que sabe lo que hace, que sabe cómo tratar a una mujer en cualquiera de sus variantes, besándome con una intensidad que genera tanta excitación en mí que creo que sería capaz de tener un orgasmo con solo ese beso. Es increíble lo que uno puede sentir cuando la persona con la que está genera una conexión tan fuerte, cuando dos personas se unen y tienen una atracción tan profunda.

Lo que sigue después es su mano acariciando todo mi cuerpo, con suavidad y delicadeza, pero con una contención y un autocontrol que me hacen ver que se está esforzando en ir poco a poco, demostrando que quiere disfrutar de cada centímetro que toca en mi piel.

Me separo de sus labios y, de nuevo, tomo el control de la situación. Me gusta que sea él el que lleve las riendas en alguna ocasión, pero he descubierto, en las veces que nos hemos acostado, que la balanza está equilibrada en cuanto a posesividad, me encanta que domine la situación en muchos momentos, pero en otros, cuando mi placer me lo pide, soy yo la que tomo el mando de la situación. Y en este caso vuelvo de nuevo a querer disfrutar de su cuerpo con total libertad, así

que me pongo encima de él.

Me siento para observarle desde las alturas y de nuevo comienzo a acariciarle el torso, esta vez de forma más intensa y con menos paciencia, a estas alturas es tanta mi excitación que empieza a ser imposible el autocontrol.

Me deslizo hacia atrás y me quedo de rodillas viendo cómo sus calzoncillos blancos ajustados, que le sientan deliciosamente bien, oprimen injustamente todo su ser.

—Cielo, esto debe de estar molestándote, creo que es mejor que alivemos esta incomodidad desde ya. —Le deshago de la poca tela que le queda para estar totalmente desnudo, y le observo maravillándome de su expresión, su rostro lleno de deseo, donde me implora en silencio que continúe con este juego que tanto estamos disfrutando.

Comienzo a besarle alrededor de su ombligo, descendiendo por esa recta de pelo que su propia naturaleza ha creado para mostrarme el camino hacia el edén, y desciendo de forma cautelosa mientras escucho su respiración agitada y noto su pecho ascendiendo y descendiendo con bastante rapidez.

Disfruto de su sabor y de su olor natural que tanto me gustan y, cuando ya estoy llegando a meta, me paro de nuevo y le observo. Decido subirme para besarle en un beso lleno de pasión introduciendo mi lengua sin previo aviso invadiendo toda su boca y, tras un corto pero apasionado beso, me acerco a su oreja y le susurro:

—Disfrute del viaje, señor Durán, le aseguro que intentaré que sea de su máximo agrado. —Y, sin más, me acerco a su miembro y dejo que su placer se funda con el mío mientras nuestros cinco sentidos explotan. Sus gemidos, mi excitación disparada solo viéndole en ese estado de absoluto placer, el disfrute de tener en mi boca lo que en pocos minutos me recorrerá por entera, el deleite de tocar todo su cuerpo palpando esta piel que me genera este calor, nuestras miradas cruzándose cargadas de total deseo, su sabor, que se ha convertido en mi mayor droga...

Cuando me quiero dar cuenta Nico me pide que pare, y yo, que por esta vez decido tomarle la palabra porque yo misma ya no soy capaz de contener estas ganas de sentirlo mío una vez más, o más mío aún si cabe, me siento encima de él y, mirándole sentada desde arriba, le digo que no aguanto un segundo más sin sentirle dentro de mí.

Lo que viene después es sudor, movimiento de caderas generado por ambos y él mismo, agarrándome fuerte las caderas me mueve con soltura con esa fuerza que me hace enloquecer por su facilidad para moverme. Un desquicie en mí tan intenso que ya no sé ni quién soy. Nos besamos, nos agarramos, nos mordemos, nos miramos con fiereza, más sudor, mi melena larga ondeándose con fiereza con el vaivén de nuestros movimientos: primero lentos, luego rápidos, de repente bajamos el ritmo y la introduzco de forma profunda, llenándome por completo.

Ambos estamos al borde del éxtasis y Nico me pide que lo haga así, lento y profundo. Su petición se convierte en una orden para mí porque yo ya no soy capaz de continuar mucho más. Estoy a punto de volverme loca. Repito de nuevo con la misma operativa. La saco, la meto profundamente, una vez más, y a la tercera... el mundo se desmorona ante nosotros, y nosotros caemos rendidos ante un momento de placer tan intenso que a punto estamos de desmayarnos en lo que, tras recuperarme, le confieso:

—Este, querido señor Durán, ha sido el mejor orgasmo de mi vida.

—*Touché*, señorita Pazos, no podría haberlo descrito mejor.

Y así es cómo descubro que con Nico, cada vez descubro un orgasmo más intenso que el anterior, de locos...

MARIELA REFLEXIONA

38

.....
—¿Siempre vamos a llegar tarde a los sitios? Son las tres de la tarde, no hemos comido, y Jagger nos espera desde hace un rato en el restaurante del hotel, definitivamente hoy nos mata. Y mira que con lo grande que es no querría ver a ese chico enfadado.

—Tranquila, *Xiomí*, es inofensivo, te lo aseguro. Le acabo de avisar de nuestro pequeño contratiempo. —Se empieza a reír mientras yo estoy a punto de darle un puñetazo a la vez que me dice que es broma pero que por verme la cara ha merecido la pena—. Y si te parece bien, bajamos a comer en quince minutos, la culpa ha sido tuya por querer ducharnos juntos.

—Que sepas que no me arrepiento en absoluto, pero mis piernas agotadas ahora mismo te odian un poquito.

—Y más que me van a odiar porque, o te vistes o juro que no nos vamos de aquí nunca. Tienes el cuerpo más perfecto que he visto en mi vida, preciosa.

—Gracias, *pibón*. —Le guiño un ojo descarada y me dirijo al armario para coger mi conjunto más sexy, el cual he guardado en uno de los cajones.

—¿En serio? Con ese conjunto comemos en el restaurante y volvemos de vuelta a la habitación, o eso o... me espera un duro día a tu lado.

—Me temo que el día será largo y duro para ambos, pero la recompensa, *ufff*, eso merecerá la pena con creces.

Su forma de mirarme vuelve a llenarme de vida. Eso, junto con su forma de tratarme están generando en mí una nueva *Xiomara* contenta y satisfecha con su cuerpo haciéndome más desinhibida y más, por así decirlo, yo misma.

Libre de tapujos y de imposiciones, de críticas y de enjuiciamientos absurdos, me visto y salimos al mundo exterior cargados de una satisfacción tan plena, que creo que nos hace llevar un cartel imaginario bien grande y con infinitud de luces anunciando «*esta pareja practica el mejor sexo de la historia de las parejas*».

Procuro no reírme de mí misma ante mi mente alocada, y al fin nos reunimos con Jagger en el restaurante. Sin haberme acordado en todas estas horas desde que amanecemos en la necesidad básica de comer, comienza a entrarme un hambre y aparece un resonar de estómago que amenazan con hacerme desfallecer sino ingiero pronto todo lo que se deposite en esta mesa en la que ya estamos acomodados.

—Perdona el retraso, Jagger, que sepas que yo suelo ser siempre puntual, al contrario que tu amiguito. —Le saco la lengua metiéndome, un poquito solo, con lo que creo que pueda ser su único defecto. Maldito dios griego, es que le veo así recién duchado con esa camiseta blanca ajustada y ya está de nuevo mandando esas descargas que resulta que he descubierto solo con él.

—Tranquila, sé que fue por una buena causa, así que espero que haya sido productivo *toooooo* este tiempo juntos ahí, en esa habitación. —Me quedo paralizada y todas las tonalidades rojas que existen en el mundo se concentran en mis mejillas. Muerta de vergüenza cojo la carta y disimulando comienzo a hojearla escondiéndome tras ella.

No me cabe duda de que en este preciso instante se miran y disimulan su risa ante mi reacción.

—¿Qué tal ayer con Mariela? Necesito que me cuentes qué ha pasado.

—Sé que ayer querías que te lo contara todo, pero no quería darle más protagonismo del debido a Mariela y quería que os fuerais tranquilos a descansar y a disfrutar de vuestra noche juntos.

—En el momento ya sabes que me molestó mucho pero sin duda hoy he entendido que lo has hecho por una buena causa y, ahora, querría que me contaras qué le pasa a esa mujer por la cabeza si es que te dijo algo del porqué de su constante negativa a compartir la custodia de nuestro hijo.

—Verás, tío, al principio lo único que hacía era mostrar una actitud defensiva a todo lo que le dije. Le comenté que lo estabas pasando muy mal con todo esto y que, ya de por sí, un divorcio es duro sin necesidad de andar jugando con la vida de un niño, y que no podía actuar de forma autoritaria y dominante, olvidándose de que un niño es cosa de dos. Se defendía diciendo que en Galicia no podía seguir viviendo y que su modo de escape para comenzar de nuevo fue Barcelona. Que no pretendía alejarte de Zio pero que, en ese momento, solo pensó en ella misma y en su necesidad de cambiar de aires y reaprender de nuevo cómo ser una buena madre, por él, por vuestro hijo.

—Joder si yo no digo que fuera mala decisión, pero el hecho de no dejarme apenas verle...

—Ahí es donde yo comencé a atacarla de su egoísmo total y absoluto, y parece que se fue desinflando dejando de lado su orgullo y mostrándose poco a poco cada vez más arrepentida.

—¿De veras? —Nico me mira con cierta esperanza en lo que puede que sea un pequeño movimiento de ficha para Mariela que puede marcar el camino a un entendimiento. Junto las palmas de mis manos de forma imaginaria y rezo porque así sea, que pronto puedan llegar a una resolución de esta tortura tan innecesaria.

—Sin duda no le hizo gracia que fuera su mejor amigo el que también le abriera los ojos. A veces una persona ajena a la relación ayuda a ver las cosas desde una perspectiva ajena a todo, y creo que comenzó a darse cuenta de que lo que estaba haciendo, sin duda, era un gran error tanto para su hijo, como para su padre.

—¿Te dijo algo más?

—Sí, me dijo que estaba hundida por toda esta situación y que ya no sabía cómo proceder ni cómo arreglar todo esto. Realmente la vi bastante hundida anímicamente.

—Pues es la primera vez que se muestra así. Conmigo en todo momento ha fingido tener una gran vida en Barcelona viviendo con un chico, me dijo hace no mucho, y se empeñaba constantemente en que debía aceptar sus condiciones y seguir con mi vida en Galicia.

—Ella no está bien, Nico. Lleva meses en los que vive sola con Zio. Ese chico, me dijo ayer, les dejó hace ya meses. Se ve que se cansó del *juegucito* de ejercer de padre y los dejó tirados un día sin siquiera avisar.

—No sé, ¿y ahora qué me aconsejáis que haga?

Se muestra abatido ante la duda, ante el miedo, ante la imposibilidad de encontrar una solución. Le cojo la mano y le transmito calma y apoyo, sin poder decir nada al respecto por lo personal del asunto. Nico me dijo ayer que Jagger conoce a Mariela desde el comienzo de su relación. Que si bien es cierto que en un primer momento se llevaron fatal, luego hicieron una amistad sana en la que Mariela a veces incluso le pedía consejo a él sobre algún problema o mal momento que se le apareciera a lo largo de su vida. Mariela no era muy buena eligiendo amigas y siempre se juntaba con personas que en nada la ayudaban, siempre arrastrándola a lo más destructivo: negatividad y feminismo desbocado donde solo veían al hombre como a un mero enemigo constante sin juicio ni razón ni objetividad. Mujeres que solo querían despejar de «su mundo cruel» saliendo y bebiendo y jugueteando de nuevo con otros hombres a los que de nuevo criticarían más adelante... Toda una destructividad que a Mariela, una chica en el fondo muy inteligente pero a veces débil a nivel

emocional, la hacían caer sin remedio hacia un pozo sin fondo que al final hacía de ella el ser más desdichado terminando como la mayor perjudicada.

En todos estos años Jagger se había ganado el respeto de Mariela y era su mejor influencia dentro del plano de la amistad, el único que a veces le daba buenos consejos y que, a Mariela, le generaba esa buena influencia que de vez en cuando le hacía ser consciente de su *obnubilamiento*, de sus malos hábitos de la vida perdidos en noches vacías sin sentido alguno.

—Nico, yo lo que haría sería darle algo de tiempo, al menos un par de días. Creo que Mariela está cambiando, creo que verse sola, alejada de esas amigas que tenía allí en Galicia, ahora sin pareja... Creo que todo esto poco a poco le está ayudando a darse cuenta de lo que quiere ser, de que conseguirá encontrar ese equilibrio de madre y mujer separada dentro de un divorcio consentido y con entendimiento.

—Ya, pero me pides que no haga nada, y el mero hecho de esperar sin saber qué narices va a pasar con Zio, me vuelvo loco.

—Mira, por el motivo que sea ahora tienes la suerte de contar con Xiomara a tu lado. Creo que no pudisteis haberos encontrado en un momento mejor. Volved a casa, disfrutar el uno del otro, y confía en que esto se va a solucionar seguro que más pronto de lo que te imaginas.

Observo a Nico y suspira con una mezcla entre preocupación pero con algo de alivio. Siento que esa carga pesada que ha llevado soportada durante estas semanas comienza a aligerarse y confío en que las buenas palabras de su gran amigo se hagan realidad, por el bien de este gran padre que lo único que quiere es poder disfrutar del crecimiento de su hijo como bien merece.

BARCELONA, HASTA SIEMPRE

39

.....
Nuestro último día en Barcelona resulta ser un día frío y lluvioso así que decidimos, después de comernos más de media carta del restaurante (esto es lo que suele suceder al juntar a un deportista de élite tamaño 4x4 con una pareja que ha descargado todos sus nutrientes en una sola noche). Esto da lugar a un equipo de tres *famélicas personitas* dispuestas a atracar hasta el buffet más grande inimaginable. Nos despedimos de Jagger con mucho afecto y me siento tras ello muy agradecida de haber compartido estos dos días con él, que demuestra ser un amigo de los de verdad.

Decidimos acercarnos a un centro comercial a dar una vuelta y así guarecernos del frío casi invernal de esta ciudad de las maravillas. Aunque la mejor de todas me lleva agarrada ahora mismo por la cintura. De forma ñoña y sin pudor alguno me lo confieso a mí misma.

—*Madre mía* un cine. Pensé que con el *streaming* ya dejarían de practicarse estos ritos de cortejo enmascarados por una pantalla enorme a modo de excusa con ese sonido atroz que da pie a que las parejas puedan retozar en la máxima oscuridad...

—Sí, quiero.

—¿Qué? *Jajajaja*.

—Vamos al cine, pequeña, recordemos nuestra más tierna adolescencia.

—Estás loco, pero... tu idea me encanta. ¡Vamos! Elijo yo.

—La peli es lo de menos, ¿no? Me has dicho que solo es una excusa para poder meternos mano. Pero me parece bien, tú eliges peli y yo elijo fila. Elijo la última fila.

—Pero qué *bobito* eres. Hace años que no entro en un cine. Pienso disfrutar de este momento *vintage* tan exquisito.

Finalmente elijo una de Marvel mostrando al desnudo mi *freakismo* con todo lo que tenga que ver con la temática de superhéroes en cualquiera de sus variantes y, orgullosa de mi elección, le muestro las entradas mientras él está en la cola de las palomitas. Porque ir al cine sin palomitas es como ir a la piscina sin bañador, uno se siente como que le falta algo, cosa que desde los propios cines han sabido llevar estratégicamente de una manera más que efectiva: te emborrachan con ese olor que desprenden y hace que en modo zombi te desplaces hasta ellas, todo ello de buen grado hasta que despiertas de esa especie de hipnosis al ver sus precios elevados que te hacen darte cuenta de que, efectivamente, la entrada te ha costado lo mismo que te va a costar ese combo de bebida con palomitas tamaño gigante. Porque no creo que nadie, nadie, nadie, haya cogido nunca jamás el bote de palomitas pequeño. Si hemos venido a jugar, hemos venido a jugar.

Así es como entramos en la sala, con nuestra sonrisa de *pseudoadolescentes* cargados de bebida, de palomitas, y de *feromonas* disparadas dirección a nuestra última fila.

Cuando llegamos a nuestro sitio pronto caemos de nuestra *ensoñación* y vemos cómo unas seis o siete parejas que no superan la mayoría de edad están sentadas en la última fila mientras nos miran con cara de asesinos al vernos sentarnos en donde, según lo que traducen sus miradas, debería ser un sitio vacío para darles esa intimidad que hoy, para ninguna de estas parejas va a dejarles jugar al arte del meterse mano a gusto.

No puedo contenerme y me da un ataque de risa que hace que varias personas de las filas

superiores se giren a mirarme con cara de muy pocos amigos, y eso que aún no ha comenzado la película. Nico me da un cachete en el culo y, contagiado por mi ataque de risa, se une conmigo, a lo cual nos sentamos lo más escondidos posible amparados en nuestra última fila, que al menos en ese aspecto nos va a servir de ayuda, porque lo que es meternos mano... quedará para otro momento.

Tras ver la película, por no tener nada mejor que hacer, Nico me confiesa que a pesar de todo le ha resultado una gran idea improvisada. Se ha mostrado muy cariñoso durante toda la película y me he quedado fascinada al descubrirle en varias ocasiones mirándome con esa adoración que no deja de sorprenderme. Me mira en momentos puntuales como cuando me río a carcajadas debido a alguna escena llena de humor, o cuando me pongo en tensión porque el protagonista está a punto de morir por culpa de los malos. En una ocasión se acerca a mí y me susurra:

—No puedes imaginarte lo mucho que has cambiado en estas pocas semanas. Toda tú eres luz. Irradias y contagias ganas de vivir, y esa energía propia que nos traspasa, nos hace a los que estamos a tu lado muy afortunados por tenerte. Nunca cambies, preciosa, eres perfecta tal cual eres.

Decidimos pasar nuestra última noche tranquilos en nuestra habitación, ya que sigue lloviendo con fuerza y, sinceramente, lo único que nos pide este momento es aprovecharnos al uno al otro el mayor tiempo posible.

Llegamos a nuestra habitación y yo aprovecho a ponerme al día con los WhatsApp y correos que tengo pendientes, que no son pocos ya que estos días me he olvidado del mundo.

Decido hacer unas llamadas y hablo con Ruth y después con mi madre, mientras veo cómo Nico se dedica a hacer zapping a su antojo hasta que se queda con un canal que siempre pasa de largo en mi casa y que me es totalmente extraño: programas americanos de subastas, de casas estropeadas que reforman y que dejan *nuevitas* para estrenar después de unas semanas de obras mientras los dueños valoran quedarse con la suya propia o adquirir otra, incluso se pone a ver un programa de *operaciones de cirugía plástica fallidas* que dejan al descubierto pechos horribles y demás imágenes que me hacen taparme los ojos en alguna que otra ocasión.

—¿Pero cómo has podido llamarme *freaky* en el cine cuando tú ves este tipo de programas *yanquis* tan... peculiares, por decirlo finamente?

—Pues a mí me parecen entretenidos, prefiero esto que esos programas de *salseo* barato, no me digas que es lo que tú sueles ver porque si así es... tenemos que hablar seriamente y replantearnos esta relación. —Le doy un tortazo y le digo un no rotundo a esa acusación, cruzando los dedos mentalmente para que no vea en mi cara que estoy mintiendo como una bellaca. Qué le voy a hacer si entretienen y enganchan.

—¿Una relación? O sea que... ¿esto es una relación?

—Pues viendo que hemos convivido estos tres días sin tirarnos de los pelos; admitiendo que nuestras noches son las mejores que hemos vivido en muchos años o incluso me atrevo a decir las mejores de mi vida; asumiendo que lo que siento por ti supera con creces lo que un hombre pueda sentir por una mujer que sea su pareja estable... Para mí sin duda esto es 100% una relación. ¿Tú qué opinas? —Me guiña un ojo y me pone carita de bueno al más puro estilo *gatito ronronero*.

—La verdad es que tengo que admitir que podrías encajar en el perfil, pero deme unos días para replantearme si aceptar esta vacante que me ofrece. Es tentadora pero conlleva cambios importantes y factores varios que han de ser estudiados y analizados. —Le pongo la mejor de mis sonrisas estilo broma, pero sin pretenderlo comienza a generarse un dolor de estómago en mí y una revoltura que me hace dar cuenta de que esta propuesta me ha asustado. No por los

sentimientos a admitir, que son claramente afirmativos, sino porque ahora que estamos a punto de terminar este *KitKat* en esta hermosa ciudad, siento la dificultad y el peso de lo que está por venir. No soy capaz de imaginarme cómo podríamos tener una relación seria. Él en Galicia, yo en Madrid, su hijo en Barcelona...

Comienzo a hacerme pequeña y a desinflarme poco a poco despertándome de golpe de lo que ha sido un sueño increíble, pero un sueño al fin y al cabo.

Cambio el chip e intento que Nico no se dé cuenta de mi pequeño bajón, pero él, que nunca se le escapa nada, me deja mi espacio. Esta distancia nos mantiene en silencio durante varias horas y en esa misma cama en la que nos hemos hecho uno durante tantísimas ocasiones, de repente, nos crea una separación tan grande entre ambos que parece que se han abierto unos diez mil kilómetros de distancia entre uno y el otro.

«*Barcelona*, tú que has creado esta pseudo luna de miel tan perfecta, te pido con toda mi alma que ojalá consigas que esto no se quede tan solo en esta pequeña aventura.

Con mucha nostalgia y amor, te digo: ¡hasta siempre!».

TE PROPONGO UN «CARPE DIEM»

40

.....

Al día siguiente me despierto debido al calor extremo que siento en todo mi cuerpo. En un primer momento me noto desubicada, no recuerdo dónde estoy, pero pronto descubro cómo todo ese calor generado en mi espalda es debido al hombre que está totalmente pegado a mí y que me tiene abrazada de una forma que me hace sentir entumecida pero feliz. Qué contradicción tan peculiar.

Establezco en mi balanza si quiero separarme de este hombre que me rodea con fuerza para estirar mis músculos o si, por el contrario, me quedo un ratito más emborrachándome con ese olor que tanto me gusta e inmortalizando este momento en mi memoria por si fuera el último en el que nos encontramos así de unidos, así de estables en esta locura de vida que nos sobreviene como un tornado del que sabes que estás cerca y del que no puedes escapar.

—Tu respiración ha cambiado así que no mientas, princesa, ¿estás despierta, verdad? — Comienzo rápidamente a roncar exageradamente y Nico me pellizca el culo haciéndome dar un respingo que casi me saca de la cama.

—¿Pero cómo te atreves a pellizcarme el culo? A ver si te voy a pellizcar yo a ti otra *cosita* mientras duermas, señorito.

—Ven aquí un ratito más, por favor. —Ese tono con el que me lo pide, con esa necesidad y esa urgencia me hace aproximarme a él de nuevo, pegarme una vez más a todo su cuerpo. He de reconocer que no puedo sentirme más a gusto, incluso a pesar de mis piernas atrofiadas por la inmovilidad.

—Nico... ¿crees que seremos capaces de llevar adelante lo nuestro? Son tantas las dificultades... tu trabajo, tu vida, mi trabajo, nuestra larga distancia, tu hijo... Perdona por no haber sido capaz ayer de confesarte mi miedo más atroz. Lo he pasado tan mal en mi anterior matrimonio que al sentir esto tan fuerte por ti, no quiero que se quede en el olvido por nuestra imposibilidad de conseguir adecuar nuestras vidas en una sola relación.

—Hacemos una cosa, si te parece bien. Olvidémonos del futuro, seguro que el tiempo nos irá ayudando a resolver las cosas día a día. Bastantes preocupaciones y *traspieses* hemos tenido por desgracia a lo largo de nuestras vidas en estos últimos años. Te animo a que vivamos el presente, como pareja, disfrutándonos como ambos creo que nos merecemos. El resto... el tiempo nos lo dirá. —Me quedo en silencio unos segundos interiorizando y valorando lo que me acaba de decir, sopesando las opciones y los riesgos. Al poco, me convengo de que la propuesta no está nada mal.

—Gracias, Nico, por conseguir que mis pequeñas preocupaciones se disuelvan así de rápido, y por encontrar solución a cada pequeño problema. Me encanta tu idea y creo que es momento de que nos demos ese merecido premio: disfrutarnos el uno al otro mientras sea posible, sin miedos, sin preocupaciones.

Me sigo sorprendiendo a mí misma al darme cuenta de la gran capacidad que tiene Nico a la hora de leer mis pensamientos y/o preocupaciones sin necesidad de compartírselos con él, en cómo tan solo un abrazo suyo me calma eliminando todas mis pesadillas recurrentes.

Nos levantamos y nos duchamos juntos, dándonos un picante homenaje final de despedida en este hotel que ha estado cargado de lujuria y desenfreno y que quedará por siempre en el recuerdo como el despertar del mejor sexo de nuestras vidas, del descubrir cómo, sin darte cuenta, puedes

encontrar una unión más allá de lo físico tan intensa en un momento en el que no pensabas que una sensación tan fuerte pudiera generarse en una etapa tan oscura y tan vacía emocionalmente al haber perdido la creencia en el amor, en el piel con piel, en la confianza en el prójimo, en la complicidad.

La vida a veces te regala bromas como esta, te golpea con algo que no creías ya posible que pudiera aparecer.

Siempre que veía una película romántica tenía la fiel creencia de que lo que veía se trataba de pura ficción, de que no era posible que existieran relaciones así de increíbles en la vida real, ni siquiera parecidas a lo que veía a través de la pantalla o través de esas hermosas novelas que me han gustado leer desde mi época adolescente.

Ahora, mientras me miro en el espejo y me despido mentalmente de estas paredes que han devuelto la felicidad a mi vida, doy las gracias una y mil veces por haberme devuelto a esa Xiomara que permanecía dormida en mi subconsciente y que con alegría, de nuevo, ha venido a bailar a esta vida y que, sin duda, espero que jamás vuelva a abandonarme.

Intuyo que esto no ha hecho más que empezar y, mientras me pinto los labios con uno de esos colores que tantas veces evitaba ponerme por no escuchar la estúpida frase de Albert de «es un color de mujer buscona», junto mis labios y los deslizo uno con el otro para terminar de fijar y expandir mi bonito color y, mandándole un beso a ese querido fantasma que ya empieza a desaparecer me digo:

«No puedes estar más guapa, preciosa.

A comernos el mundo se ha dicho».

DALE A TU CUERPO ALEGRÍA

MACARENA

41

.....
Ha sido una suerte que Nico viniera en avión hasta Barcelona. Hemos podido volver juntos a casa en mi coche. Mientras tomo un té en la terraza de la habitación ya al fin en casa de mi abuela, intercalo imágenes de mi hermoso Lor correteando por la finca junto con el reciente recuerdo de este viaje juntos de vuelta a casa.

Nico se ha mostrado relajado y tranquilo. Me propuso conducir a medias conmigo. Cada vez que me veía los ojos algo cansados ya casi me arrancaba el volante para que descansara un poco. Lo malo es que yo soy muy mía con mi coche y en cuanto descansaba un poco le pedía que me devolviera a mi pequeño Seat Ibiza rojo, el que ha estado conmigo desde mi soltería. Muchísimos recuerdos y momentos vividos en este coche y, sí, muchos *quiquis* de sábado noche incluidos.

Salto sobre mi silla al vibrar mi móvil encima de la mesa. Hacía tiempo que no estaba tan relajada y tan a gusto en mi soledad. Al fin me noto libre de malos recuerdos, segura de mí misma y de lo que ahora soy, una mujer con toda la vida por delante y con muchos sueños por cumplir, sueños que aún están desdibujados en mi mente, pero de los que pronto me ocuparé con ganas y esmero.

Veo un mensaje de WhatsApp de Nico y parece que todo su olor me invade una vez más. Tengo la sensación de que desde que nos despedimos ayer de noche me he llevado conmigo una parte de él. Ha sido la primera noche que he dormido del tirón sola tras mi divorcio, sin pesadillas y amaneciendo con una sonrisa en mi cara que refleja un cambio más que notable en todo mi ser.

«Hola, preciosa, no he querido escribirte antes ya que quiero que disfrutes de tu nueva tú. Nunca tendré palabras para agradecerte lo que hiciste por mí. Que te aventuraras a ir hasta Barcelona y que yo fuera el motivo me hace sentir más que afortunado. Me alegro mucho de que ya estés casi en esa meta de lo que ya eras y de lo que se moría por volver a flote. Para lo que necesites ando por aquí ¿de acuerdo?»

Ya llevo cincuenta días aquí y según la petición de mi abuela me quedan tan solo unas cinco semanas más aquí. Ya empieza a notarse el frío propio del mes de noviembre y, mientras me tapo un poquito con una de las mantas de mi abuela Marina, le contesto:

«Espero que hayas descansado y que, como me prometiste, no le des demasiadas vueltas al tema de Mariela y Zio. Confía en lo que Jagger te dijo, seguro que lo que vio en ella es una intención por arreglar esta situación contigo. Seguro que finalmente se dará cuenta de que Zio también necesita la influencia de su gran padre y en poco tiempo tendrás noticias de ella. ¿Te apetece cenar mañana aquí en casa de mi abuela? Me toca cocinar a mí, aunque te advierto que mis dotes culinarias brillan por su ausencia. Prometo no tirar de platos *precocinados*, pero el riesgo es 100% asumible por ti, no me hago cargo».

«Me arriesgo, aunque por si acaso llevo unos langostinos a modo de *plan B*. Pero tú tranquila, sin presiones, siempre nos quedará el postre ;-))».

Divago una vez más mirando al infinito y rememoro los miles de momentos «*postre*» que hemos tenido hace tan pocos días en esa habitación de hotel que tanta alegría le ha dado a mi cuerpo.

Ahora entiendo a Macarena, pienso seguir homenajeándola haciéndole ver a Nico que mi cuerpo sigue estando *pa' darle alegría y cosa güena*. Bendito folclore musical nacional, es pura filosofía de vida.

Tras este pensamiento cargado de profundidad decido llamar a esa *personita* con la que comparto esta locura tan deliciosa:

—*Uooooo pibón, ¿qué tal va todo por los madriles, amorín?*

—*¿Por los madriles? ¿En serio? Deja esa montaña alejada de toda civilización y vuelve a casa, Xiomi, te me estás antisocializando y ese modo de vida ermitaño te va a dejar secuelas imposibles de recuperar, ni a base de mil gintonics, ya verás. ¿Cuándo has vuelto de Barcelona? ¿Supiste desenvolverte como una urbanita más por allí? ¿O te quedabas sorprendida a cada cartel luminoso? ¿O alucinaste al ver que hay transporte urbano y una especie de tren que va por debajo de las carreteras?*

—*Mira, bonita, te diré que no vi ni carteles luminosos, ni subí al metro, ni apenas vi la luz del sol, porque como buena ermitaña me pasé la mayor parte del tiempo retozando en una sola habitación con el mismísimo dios del sexo hasta que me quedé bien saciada de él. —De repente en la otra línea se hace un silencio sepulcral que parece durar unos veinte segundos—. ¿Estás ahí, Ruth?*

—*¡¡¡Perooo esoooo esssss geniallll tiaaaaaaa!!! —Vale, me acabo de quedar totalmente sorda —. Joder me alegro muchísimo por tu chichi, en serio, ¿te dolió mucho? Porque eso debía de estar ya cerrado y con telarañas, ¿no?*

—*Pero qué idiota eres. Ahora mismo estaba tomando un té de esos ricos tuyos y no paraba de rememorar todo ese kamasutra que llevamos a cabo y me dije, tengo que llamar a Ruth.*

—*Pero mira que eres zorrón, y mira que me conoces bien. Bueno, ahora comienza con todo lujo de detalles, espera que voy a poner un cartel de cerrado en la tienda, esto se merece un KitKat en mi trastienda. Cierro, me hago un café y me narras al más puro estilo cincuenta sombras de Grey ¿oído?*

—*Jajajajaja oído, churri.*

ISABEL Y SU ALBARIÑO

42

.....

Pasan los días, pasan las semanas, y Nico y yo comenzamos a vernos casi a diario, hasta el punto de que Isabel nos descubre un día en el río y decide darnos su bendición, a su manera. Se acerca esa misma noche, cuando ya Nico ha regresado a casa ya que no siempre se queda a dormir, lo cual agradezco ya que quiero ir poco a poco, y disfruto al tener mi espacio ahora que he descubierto que adoro estos momentos de soledad en los que me dedico a leer, a escuchar música, a hacer deporte, a reflexionar sobre qué podré hacer cuando termine estos noventa días de escapada... y es, a veces, este último pensamiento, el que me mantiene en estado de bloqueo constante. No consigo visualizar qué puedo hacer cuando todo esto termine, no consigo encontrar en mi mente una solución a cómo sobrellevar una despedida con Nico, un inicio de nuevo en mi Madrid del alma, un partir de cero cuando parece que empiezo a sentirme tan a gusto en esta etapa de paréntesis donde me quedaría siempre anclada en este presente intercalando esta soledad que me genera tanta paz y que solo es enturbiada por mi Lor, lo cual agradezco, compaginando todo esto con los momentos en los que Nico y yo estamos juntos. Adoro esta relación sin etiquetas ni imposiciones, marcada solo con un presente en el que nos centramos en expresar con buenas cenas, caricias cargadas de pasión, palabras llenas de admiración mutua, respeto basado en una amistad llena de generosidad...

—Hola, Isabel, dame un abrazo. Hace unos cuatro días que no nos vemos y eso no puede ser. Perdóname por no acercarme a verte, los días se me han pasado volando.

—No hace falta que te excuses, pequeña. Solo quería acercarme para traerte un par de botellas de albariño, de esas que tanto te gustan, para alguno de estos días en los que tengas una visita, o una cena romántica, o...

—Isabel, ¿quieres decirme alguna cosa?

—*Esto*oo, claro que no, preciosa, solo me imaginé que, en tu situación, un poquito de alegría en tus cenas, y más si tienes compañía pues... *Ay dios mío* perdóname, pequeña, qué mal se me dan estas cosas. Mejor voy al grano: ¿le das una alegría a esta *viejita* y me confirmas si entre Nico y tú ha surgido, *ehhh*, como decís vosotros, una amistad con derechos? —Al verla enrojecer ante su pudor me prometo a mí misma aguantarme y no reírme bajo ningún concepto para que no piense que me mofo de ella.

—Pasa, Isabel, creo que ambas necesitamos una *copita* de ese manjar exquisito que has traído. Tengo un poco de tortilla que me ha sobrado y tengo la estufa de leña trabajando duramente. Pasa y charlemos que hace días que no lo hacemos. Las buenas costumbres no se han de perder y contigo he creado una de mis costumbres favoritas. —Su gesto se relaja y plantándome un *besazo* en la cara entra irradiando tanta felicidad que me contagia al momento. No concibo una vida sin tenerla cerca. La echaré mucho de menos cuando me vaya en dos semanas.

Nos sentamos en el sofá e Isabel se queda maravillada de todo lo que ve a su alrededor:

—Xiomara, el salón te ha quedado impresionante. Has cambiado un montón de cosas y esa fusión de lo antiguo con lo nuevo ha creado un entorno más que acogedor. —En estas semanas he incorporado un mueble estilo minimalista gris que casa con la piedra a la perfección. He impreso varias de mis fotos favoritas y las he enmarcado colocándolas en la misma piedra. Vernos a Ruth y

a mí en tamaño grande en una de nuestras fiestas de carnaval disfrazadas de *medicuchas guarrillas* mirando a cámara mientras nos partimos de la risa seguro que por cualquier chorrada como si fuera nuestra última noche loca en la Tierra, me hace sonreír cada vez que la veo. También he colocado fotos de familia en nuestra A Gata Meiga, como una de nuestras noches más especiales en una foto en la que salimos más de cuarenta personas cuando le hicimos una fiesta de despedida a mi abuela Marina cuando al fin la convencimos para que se tomara ya esa merecida jubilación. Compré también muchas tiras de led que he ido incorporando a modo de luz indirecta en los huecos del techo a través de sus zócalos dándole esa iluminación que tanto se lleva intercalada con esos candelabros de mi abuelo que siempre lleno de velas y que enciendo cada noche en homenaje a una costumbre que tuvo mi abuela durante toda su vida.

Nos quedamos las dos observando este espacio y la verdad es que me siento muy orgullosa de la calidez que le he dado a esta habitación que tan extraña y vacía me hizo sentir la primera vez que entré hace tan solo unas siete semanas.

—Entonces qué me dices, ¿Nico y tú os vais a casar? —Creo que me vuelvo de color marfil al instante y pronto veo cómo Isabel se empieza a morir de la risa sin ni siquiera disimular—. *Ay* mujer, te olvidas de que soy una *viejita* moderna. No sé cómo has podido pensar que iba en serio.

—Desde luego que a ti este albariño te saca un lado humorístico que me tiene loca, vamos.

—No te enfades, mujer, solo quería darle un poco de *guasa* al asunto. Me alegro muchísimo de que Nico y tú os entendáis tan bien. No me importa si sois amigos, o amigos con derechos como ahora tanto se estila, o pareja, o marido y mujer... Lo único que me interesa es que os hagáis bien el uno al otro y conociéndote como te conozco y sabiendo cómo es mi sobrino, creo que no puede tener a alguien que le aporte tantas cosas buenas como le puedes aportar tú. Al igual que creo que te mereces un chico como Nico, que se entrega en cuerpo y alma cuando quiere de verdad, y desde que os vi hace casi dos meses en mi cocina supe que había chispas en el ambiente y que esas miradas decían muchas cosas aún por descubrir entre vosotros. Pero bueno, qué sabré yo.

—¿Viste chispas ese día? ¿En serio?

—Conozco perfectamente a mi sobrino y, desde que aterrizaste por aquí venía con más asiduidad de lo habitual y buscaba cualquier excusa para estar en mi casa. Siempre ha venido con mucha frecuencia pero esos días solo le faltó quedarse a dormir en mi casa. Y en lo que respecta a ti... entraste acaloradísima ese día en la cocina, y desde luego que no era un día caluroso ni mucho menos. Parecía dos adolescentes que se acaban de conocer y que irradian hormonas revueltas que contagian el ambiente allá donde van. Daba gusto veros.

Tras varias horas disfrutando de su compañía, Isa decide marcharse cuando ya casi llevamos dos botellas de vino vacías, y es que con ella el tiempo fluye haciéndonos perder la noción del mismo. Me hace sentir a gusto y en paz y noto como si nuestra conexión fuera más allá de la amistad, haciéndome sentir como si fuera una sobrina más.

Abro la puerta a Lor para que entre como cada noche a dormir conmigo, y decido llamar a Nico para contarle que he pasado un rato maravilloso con su tía.

Le llamo cuando ya estoy metida en cama sabiendo que son más de las doce pero segura de que está despierto porque los días que no dormimos juntos solemos hablar un rato antes de irnos a dormir.

Hablamos de todo un poco y le digo que mañana me gustaría hacer alguna cosa juntos. Me confiesa que no quería decirme nada pero que tiene algo que contarme y que mañana si me apetece podemos acercarnos a Pontevedra a cenar en mi restaurante mexicano favorito y que así podrá contarme en persona. Intento sonsacarle información pero me resulta imposible, no suelta prenda.

Cuando estoy a punto de dormirme porque esas *copitas* de vino me han dejado con una sensación de somnolencia tremenda, caigo rendida sin remedio mientras Nico me susurra cosas bonitas que se traspasan al mundo de mis sueños donde aparezco en una casa enorme rehabilitada junto con un Nico más maduro y dos pequeños niños adorables correteando por todo nuestro salón. Al instante me doy cuenta de que no se trata de nada real y soy plenamente consciente de que es solo un sueño, pero decido jugar a esta fantasía de familia feliz que jamás podrá llevarse a cabo por la dificultad de nuestras vidas tan lejanas y mis pocas ganas de quedarme en estas tierras tan desconocidas aún para mí y donde no tendría ni oficio ni beneficio alguno.

Despierto con el pleno convencimiento de que debo seguir a pies *juntillas* esa petición de Nico y disfrutar de estas pocas semanas juntos, de ese *carpe diem* que nos permita ser felices en estos días restantes antes de mi vuelta.

No pienso caer en una vida en la que no pueda ejercer mi profesión o hacer algo que no me llene volviéndome a entregar a un hombre que quizás meses después me cree infelicidad y me devuelva de nuevo a una situación traumática post-relación donde me dé cuenta de que he vuelto a entregar todo de mí quedándome de nuevo con esa sensación de vacío...

Con una pena que comienza a crearse irremediabilmente en mi interior, me golpea la certeza de que se acaba de activar una cuenta atrás que se muestra con intensidad en el reloj interno de mi corazón.

Pronto todo terminará y pondré un punto y final a estos noventa días. Así es como la abuela Marina quería que fuera y así ha de ser.

LLAMADA INESPERADA

43

.....
No puedo creer lo que me acaba de ocurrir. Estaba hablando con mi madre comentándole que en un par de semanas volvería de nuevo a casa cuando he recibido una llamada de uno de mis colegas de profesión.

Durante estas semanas es cierto que he recibido alguna que otra oferta de trabajo de gente que echa de menos mis servicios como letrada y especialista en derecho penal y familiar. Siempre se me ha dado muy bien esta parte de la abogacía, me implico mucho en este tipo de casos y, aunque a veces me resulta doloroso ya que suelo empatizar demasiado con las personas que me suele tocar representar, me ayudó mucho a seguir adelante mientras estuve casada con Albert. Por unas semanas olvidaba las desgracias de mi propia vida y volcaba todas mis energías en hacer menos trágicas las vidas de las personas a las que tenía que prestar mi ayuda. Paradojas de la vida en las que no era capaz de lidiar y solucionar mis problemas personales centrándome en la mejora de las vidas ajenas a mí, por dinero, pero reportándome también una desconexión y lo que al final era una especie de terapia para mí misma. Así fue hasta que Albert me convenció que dejara de trabajar para intentar *quedarnos embarazados*.

—Hola, Xiomara, cuánto tiempo, ¿cómo estás? Cuánto tiempo, ¿verdad?

—Desde el último caso de violencia de género en el que, si no me equivoco, salí victoriosa, ¿verdad, Carlos? —Conocí a Carlos hace ya unos ocho años tras coincidir en varias ocasiones en varios de los juzgados.

Es implacable y duro en su forma de trabajar. Al contrario que yo, la empatía con sus clientes siempre es nula, pero en cierto modo siempre le he envidiado porque su frialdad le permite siempre actuar con calma y eso le ayuda a ser reflexivo (yo a veces era demasiado impulsiva), lo cual le hace tener muy buenos resultados. En estos años se ha creado una fama tan grande que ha entrado en uno de los mejores bufetes de España.

—Lo recuerdo perfectamente. Fue un caso duro, la verdad es que estuviste brillante, como siempre. No obstante te diré que espero que sea el primer y último caso que me ganas. —Entre Carlos y yo siempre ha habido una buena relación, hemos tomado alguna caña con varios colegas de profesión y, aunque no hemos llegado a ser amigos, siempre ha mostrado un gran respeto por mí.

—Uy, ¿ya das por hecho que no volveré a ejercer?

—Pues te llamo exactamente para lo contrario. En el bufete ha quedado una vacante disponible y desde el primer momento les hablé de ti para ocupar ese puesto. Tras varias deliberaciones han estudiado los casos en los que has tomado parte y quieren hacerte una entrevista para el puesto. Ya sabes que hablamos de un bufete de renombre así que en caso de que te interese tendrías que estar mañana mismo en Madrid para reunirte con ellos a las diez de la mañana.

—¿Estás loco? Son las tres de la tarde, tendría que irme ahora mismo para llegar de noche y poder descansar. Carlos, esto me pilla totalmente desprevenida, aún me quedan un par de semanas por aquí por Galicia... la verdad es que no sé qué decir. Te agradezco mucho la propuesta pero aún no estoy segura de que vaya a retomar mi trabajo como abogada. Necesito reponerme anímicamente tras mi divorcio y no sé si ya estoy preparada para volver al mundo laboral.

—Sé que no has pasado por buenos momentos últimamente, pero creo que este podría ser un buen momento para retomar tu carrera desde la cima. Te soy totalmente sincero, Xiomara: te conozco desde hace muchos años y sé que eres una gran letrada. Llevo ya más de cuatro años trabajando aquí y las condiciones son inmejorables. Sabes que no te mentiría ni te vendería algo que no es, no tengo necesidad. Te respeto mucho como profesional y creo que este puesto es para ti ya que necesitan a alguien especializado en penal y tú eres sin duda la persona idónea. Piénsalo, vente a la entrevista, valora lo que ellos te van a ofrecer y lo que tú puedes aportar a este prestigioso bufete, y ya tendrás tiempo de aceptar o no la propuesta. Pero no pierdes nada por probar suerte. No te negaré que mañana van a entrevistar a tres letrados más, todos ellos muy cualificados para el puesto, pero sé que tú eres una de sus opciones preferentes. —Trato de digerir toda esta información y, tras varios segundos, tomo una decisión.

—De acuerdo, Carlos, muchísimas gracias por haberme llamado y haber pensado en mí para el puesto. Mañana a las diez estaré allí, no sé si aceptaré en caso de que salga elegida entre los candidatos pero sin duda es una muy buena oferta de trabajo y me debo a mí misma la opción de al menos tomarlo en consideración.

—Perfecto, *Xio*, creo que has tomado la mejor decisión. No olvides que estas oportunidades a veces se presentan solo una vez así que no dejes pasar este tren y adelante. ¡Mañana nos vemos!

Cuelgo la llamada y, tras llevar de pie deambulando sin sentido de un lado a otro durante toda la conversación decido sentarme al sentir cómo el peso de esta propuesta inesperada acaba de generarme un temblor de piernas incontrolable que me obliga a sentarme en la primera silla que encuentro en la cocina.

Mi cabeza empieza a dar vueltas y a valorar todas las opciones: tengo que preparar una bolsa rápida e irme a Madrid en una hora o dos sabiendo que mañana tengo una de las entrevistas de trabajo más importantes de toda mi carrera. Llevo casi un año ausente de mi vida laboral y es como si mi mundo profesional hubiera estado parado durante décadas por lo que no sé cómo voy a enfrentarme a la reunión de mañana. He quedado en dos horas con Nico y tengo que decirle que será imposible que nos veamos. No sé si debo contarle lo de mi entrevista o no, pero decido finalmente mandarle este WhatsApp:

«Ey ¿qué tal está el chico más guapo de toda Galicia y de parte del extranjero? Sé que habíamos quedado esta noche para ver una peli en tu casa pero resulta que tengo que acercarme a Madrid un par de días para ayudar a mis padres por una cuestión del restaurante.

Prometo recompensarte muy mucho a mi vuelta para que me perdones este plantón. Te llamo esta noche un rato y charlamos cuando ya esté en mi *pisito* de soltera que seguro que me echa mucho de menos. Muchos besos *sexys* para usted, señor Durán».

Con la cabeza que continúa en modo lavadora preparo una bolsa donde seguro que me olvido la mitad de las cosas y, con ciertos nervios pero también con ese hormigueo causado por la ilusión de un nuevo cambio y de una gran oportunidad que ha venido sin avisar, aviso a Isabel para decirle que se ocupe estos días del grandote Lor, y parto así rumbo a la capital.

No sé cómo reaccionaré al volver a casa, tan lejana y extraña para mí tras estas semanas aquí. No sé si los lugares que han estado tan presentes durante tantos años en mi vida volverán a presentarse con la misma normalidad.

Sin duda ya no soy la misma que me vio marchar de Madrid así que seguramente mi perspectiva al volver cambie. Me pregunto mientras voy al volante si el volver a casa me mostrará una ciudad que ame aún más o que, por el contrario, me haga sentir ajena y distante de la misma...

Pronto lo descubriré.

TORTILLA DE MAMÁ

44

.....
Al llegar a mi piso, que está cerca de Atocha, dejo todas las bolsas y sin pensármelo dos veces decido ir al restaurante a darles una sorpresa a mis padres. De camino le mando un WhatsApp a mi *loquita* adorable:

«¿Sabes qué? Acabo de llegar a casa y voy ya de camino al restaurante, muero por una tortilla de las de mamá, dime que no tienes ninguna cita *erótico-festiva* esta noche y que te puedes acercar...».

«Ahí me tienes rauda y veloz en cero coma. Pero qué feliz me acabas de hacer *madre míaaaaa*».

—Pero Xiomara, ¿no me puedo creer que seas tú! —Mi madre sale de la cocina sin importarle su atuendo de pleno ajetreo previo al servicio y me abraza con tanta fuerza que lo único que puedo hacer es protestar ya que me encuentro totalmente inmovilizada.

Mamá lo ha pasado bastante mal desde que perdimos a la abuela, la verdad es que estaban muy unidas. Siempre han estado al frente de A Gata Meiga desde que mi madre decidió que no quería estudiar a sus dieciocho años y mi abuela le propuso que juntas llevaran adelante el negocio familiar. Mi madre no tuvo problema y pronto se adaptó al ritmo de vida frenético y a los horarios propios de la hostelería, sin duda nada fáciles.

—Me alegro muchísimo de verte, mamá. Tienes mala cara, ¿va todo bien?

—Sí, cariño, todo en orden, solo estoy algo cansada estos días, empiezan a pesarme tantos años aquí al frente del negocio. Que sepas que te echamos mucho de menos pero estamos muy orgullosos de que hayas decidido escaparte estas semanas a la casa de tu abuela. Pero si no me fallan los cálculos, aún no han pasado esos tres meses, ¿verdad?

—Aún no, mamá, solo he venido unos días porque mi colega Carlos me ha recomendado en su bufete, uno de los mejores del país, y mañana tengo una entrevista con ellos.

—¿En serio? Eso es maravilloso, *Xio*, ¿y por qué me sorprende que no estés loca de la emoción y hecha un mar de nervios ante esta entrevista tan prometedora?

—No sé, mamá, estas semanas allí me han hecho sentir mejor de lo que me he sentido en todos estos años anteriores y, sinceramente, no me esperaba una propuesta así en este preciso momento, cuando aún no he decidido qué voy a hacer con mi vida. —Sin poder evitarlo pienso en Nico, en nuestras noches de pasión, en nuestras conversaciones y en la sonoridad de nuestras carcajadas, en la suavidad de su piel...

—Cariño, ¿estás aquí? Te noto como fuera de lugar, como ensimismada en tu mundo.

—Estoy bien, mamá, creo que son los nervios por la entrevista de mañana.

—Todo va a ir bien, Xiomara. Vete mañana a esa entrevista y piensa que la decisión te pertenece solo a ti por una vez. Ahora ya no tienes ninguna persona a la que darle explicaciones, eso ya quedó en el pasado así que no te agobies demasiado y mañana solo muéstrate como tú eres, una mujer profesional y experta como nadie en lo suyo.

—Pero mira lo que ven mis ojos, la segunda mujer más bella del universo aquí en nuestra humilde *tapería*. Ven aquí, pequeña, y dame un fuerte abrazo.

Mi padre, que siempre me coloca en segundo lugar en conceptos de belleza, es el hombre eternamente enamorado por excelencia. Siempre ha venerado a mi madre y ha conseguido generar

en mí una gran admiración por la gran pareja estable que ellos representan. Se conocieron en esta *tapería* cuando mi madre llevaba pocos meses trabajando en barra. Desde el primer instante que la vio se quedó prendado de ella, lo sé porque me ha contado esa historia durante toda mi infancia. Ella no quiso saber nada de él hasta que mi padre comenzó a traerle una rosa cada mañana mientras venía a tomarse su café diario. Mi abuela Marina muchas veces le reprendía por pesado y por acosador pero, día a día, consiguió ganarse ambos corazones, el de mi abuela y el de mi madre, que tras largos meses recibiendo esa rosa fue ella la que un día le propuso salir a cenar juntos, cosa que hizo de mi padre el hombre más feliz del mundo. Esa misma noche le pidió matrimonio y, tres meses después, ya eran marido y mujer.

—Tómame algo mientras mamá continúa cocinando y como hoy no tenemos mucho movimiento en un rato podremos cenar los tres juntos.

—Genial, papá, pero si no te importa pon un plato más. Ruth viene a cenar.

—Estupendo. Todavía estuvo hace unos días haciéndonos una visita, no veas lo que te echa de menos esta *terremotillo* de mujer. Vino cargada de tés y de inciensos, nos mimó demasiado. — Ruth siempre ha sido tratada como una hija más. Mis padres y mi abuela siempre la han querido muchísimo. La sinvergüenza se hace querer. Mi abuela decía que era una zalamera sin remedio.

Cenamos sobre las doce de la noche debido a que quisimos esperar por mi madre mientras limpiaba y recogía toda la cocina. Al ser un día entre semana el restaurante se queda casi vacío, tan solo con dos clientes habituales que nos echan directamente al comedor para que podamos cenar y estar tranquilos mientras ellos vigilan que todo esté en orden.

Ruth y yo tomamos un par de cañas hasta la hora de cenar y al fin podemos ponernos al día.

Me cuenta que su amigo el guitarrista ya se había escapado en cuatro ocasiones a verla, y su brillo en los ojos delataba claramente que comienza a ilusionarse con él. Me alegra muchísimo ver en Ruth a una mujer ilusionada de nuevo, esta vez es una mujer enamorada con ese realismo y esa madurez que los años le han dado convirtiéndose en una mujer llena de personalidad, toda ella atrayente y maravillosa.

Después de cenar Ruth y yo decidimos ir a un pub de la zona y nos tomamos un par de *gintonic*s antes de irme a casa a descansar para estar bien lúcida al día siguiente. Me encanta la sensación de volver a casa aunque observo mi móvil más veces de las que me atrevería a admitir buscando mensajes y/o llamadas de Nico, y en varias ocasiones Ruth me tiene que dar varios codazos trayéndome de nuevo al lugar. Mi mente está obsesionada con viajar a aquellos instantes tan recientes en los que he sido tan feliz estas últimas semanas.

Camino ahora en dirección a mi casa. Son más de las dos de la madrugada y tan solo me quedan dos calles hasta llegar a casa cuando suena mi móvil:

«Buenas noches, princesa. Confío en que todo esté bien por el restaurante y que tu primera noche de vuelta haya ido como esperabas. Pienso más de lo que debería en ti, pero soy feliz al saber que en pocos días volveré a tenerte entre mis brazos, cosa que pienso aprovechar mientras pueda. Descansa, preciosa».

Estoy a punto de guardar de nuevo el móvil, aún con la piel de gallina por esas palabras que me hacen sentir bien y mal al mismo tiempo, y decido llamarle:

—Perdona por las horas pero al ver tu mensaje no he podido resistirme, ¿qué tal ha ido tu día?

—Me encanta oír tu voz a cualquier hora así que, siempre que quieras, estoy disponible para ti las veinticuatro horas del día.

—*Mmmm*, soy demasiado afortunada me temo.

—Pues la verdad es que sí, eres muy muy afortunada por tenerme. —Su risa pícaro me eriza toda

la piel.

—Pero mira que eres creído, chico. Justo ahora estoy entrando por la puerta de casa. Ha sido un día cansado pero he cenado con mis padres y con Ruth y después nos hemos ido un rato de *copichuelas* para ponernos al día.

—Espero que Ruth siga igual de alocada que siempre, esa chica si cambia pierde su esencia.

—Pues te diré que la locura no la ha perdido, me duele la barriga de tanto reírme, pero veo en ella algo nuevo y creo que es ese guitarrista amigo tuyo, Manu... que me la está llevando por la mala vida de la monogamia, la estoy perdiendo Nico, ¡*LA ESTOY PERDIENDO!*

—Uy uy uy... ya te dije que *mi colega* conseguía todo lo que se proponía... me temo que está perdida. —Seguimos hablando durante unos veinte minutos más hasta que una vez que me meto en cama me desea buenas noches. Lo último que pienso antes de dormir es en su olor, en sus caricias.

Una vez más, una parte de mí reitera de nuevo:

Maldito Nico...

LA ENTREVISTA

45

.....
He dormido unas cuatro horas y algo del tirón. La alarma suena implacable dos horas antes de la entrevista. Me doy una ducha rápida para despejarme del todo mientras me voy mentalizando de lo que quiero expresar y cómo voy a plantear esta entrevista. Decido dar lo mejor de mí misma y mostrar toda mi valía con seguridad y sabiendo que ese puesto me pertenece, aunque una parte de mí aún no ha decidido si lo aceptaría una vez me lo dieran o no. Ya habrá tiempo de tomar esa decisión si todo va bien. Pero ahora reúno y me centro en todas esas características que han visto en mí para el puesto.

Cuando llego al edificio donde se encuentra el bufete me encuentro ya en la puerta con Carlos, que me espera diez minutos antes de la entrevista. Me da un par de besos y entramos juntos ya que quiere acompañarme hasta donde se encuentran sus jefes. El edificio se encuentra en una de las calles comerciales más emblemáticas de Madrid y es el más puro ejemplo de edificio señorial de reciente creación, lleno de oficinas, de grandes empresas, contando con firmas importantes. Entre ellas, compañías aseguradoras de renombre, bancos nacionales e internacionales, oficinas administrativas de las marcas más prestigiosas del país tanto en ropa, como en complementos y demás servicios.

Es un edificio de gran altura cargado de cristalerías con espacios abiertos de gran tamaño. El bufete se encuentra en la planta número dieciocho, en una de las plantas más altas.

En el ascensor Carlos me da algún que otro consejo y sé que me los da sin ánimo de aumentar mis nervios ni de hacerme sentir más tensa. Son consejos sinceros y basados en la experiencia de llevar estos años trabajando codo con codo con estos titanes de la abogacía, no solo a nivel profesional como abogados que han ejercido más de media vida sino también a nivel empresarial ya que su bufete, que ya lleva más de veinte años en funcionamiento y que empezó como algo humilde que a día de hoy le sitúa en uno de los bufetes de renombre más exitosos de todo el país, todo ello deja claro ante qué personas me voy a encontrar.

Al llegar a la planta dieciocho encuentro un espacio abierto que triplica los metros cuadrados de mi propio piso, y en el frontal veo una especie de recepción donde están un chico y una chica trabajando con tesón: ella atendiendo llamadas y él con el ordenador.

—Sígueme, Xiomara, el despacho para las reuniones y entrevistas está aquí a la derecha. —Le sigo mientras me quedo fascinada por las vistas. Está lleno de grandes ventanales que dan aún más amplitud al espacio—. Es aquí, ya puedes pasar.

Abro la puerta y veo a tres hombres y a una mujer sentados uno junto a otro en una gran mesa redonda de pino. Me alegro de haberme arreglado con esmero y de haber recuperado del armario uno de mis trajes favoritos de color granate mientras me estiro la falda de ejecutiva ajustada manteniendo la calma y mostrando mi lado más seguro ante estas cuatro personas de éxito. Me he decantado por una camisa blanca ajustada de verano para no caer en sudores innecesarios, y mi americana a juego con mi falda junto con mis tacones *stiletto* negros me hacen sentir guapa y segura frente a mis entrevistadores, a los que saludo con un fuerte apretón de manos exceptuando a la mujer, que me mira y al momento me genera una confianza inusual ya que en este gremio las mujeres suelen ser muy competitivas entre ellas, pero noto cómo en su rostro relajado y su sonrisa

sincera cuento con una aliada para esta partida, lo cual me hace relajarme aún más.

La entrevista va mejor de lo que esperaba. Me hacen preguntas sobre mis planes de futuro, mis aspiraciones, mi disponibilidad horaria y mi implicación en caso de entrar a formar parte del bufete. Quieren personas que tengan ganas de seguir formándose, personas no solo que hayan tenido éxitos anteriores, lo cual ya me respalda, sino que necesitan contar con abogados que puedan moldearse una vez dentro siguiendo su metodología, y crecer en la empresa manteniéndose con ellos el máximo tiempo posible. Me muestran ejemplos de las quince personas que forman parte del equipo y ninguno de ellos lleva menos de ocho años, exceptuando Carlos que se incorporó tras una jubilación hace esos cuatro años. Me hablan de horarios intensivos y de comisiones con un salario que tiene más ceros de los que he visto en mi vida, a los que yo respondo con cierta indiferencia intentando reflejar que no me impresionan esas grandes cantidades de dinero. Creo que hago bien mi papel ya que me hablan de otros tantos incentivos económicos añadidos tales como dietas, viajes, desplazamientos, coche de empresa... y tras unos veinte minutos indagando sobre mí y mostrando cuáles son sus ideales se despiden de mí y me hacen saber que pronto se pondrán en contacto conmigo en caso de ser la persona elegida para el puesto.

Al irme, Carlos me desea suerte y se despide rápido de mí ya que tiene varias citas pendientes esta mañana. Le doy las gracias y le prometo invitarle a mi vuelta a una cerveza para ponernos al día y para que me cuente qué tal le va todo.

Al salir un soplo de aire fresco me golpea la cara y decido darle una sorpresa a Ruth acercándome a su aromática y espiritual tienda, que tan buenos momentos nos ha hecho pasar desde que abrió. Al llegar encuentro a su hermano y sale corriendo a abrazarme. Siempre nos hemos llevado genial. Tiene tres años menos que Ruth y nunca se han parecido en nada. Mientras que ella es alocada y extrovertida, Sergio es todo lo contrario: tímido, reservado, aunque en la intimidad divertido y cariñoso.

—Cuánto me alegro de verte. Espera un momento que vengo ahora. —Entra en la trastienda y vuelve pronto con una chica rubia encantadoramente guapa y con aires llenos de dulzura.

—Ella es Marta, mi chica. Te presento a la mejor amiga de Ruth, es mi amiga Xiomara. —Me da un par de besos y me sonrío con timidez. No necesito estar más tiempo con ellos para darme cuenta de que hacen una pareja perfecta.

—Hombre, ya veo que has conocido a Marta, *mi súper cuñi*, no pude tener una cuñada más *pibón*. —Entra Ruth en la tienda y me da un fuerte cachete en el culo—. Aunque mi mejor amiga no está nada mal, *hay* que ver el *tontito* de mi hermano qué bien rodeado está siempre.

—*Cállate, garrula*, ¿has traído cambio? Llevo más de dos horas esperando y he tenido que darle veinte monedas de diez céntimos a una señora por culpa de no tener ni una triste moneda.

—Oye, bonito, yo no tengo la culpa de que el chico del banco estuviera tan tremendo. Justo ha salido a fumar y he decidido acompañarle en su descanso. El chico era nuevo y solo quería mostrarle mi generosidad haciéndole más liviana su primera semana... Acaban de fidelizarme aún más como cliente. Cualquier gestión ajena al tema financiero, ya me ocupo yo.

—Hay cosas que nunca cambian, ¿verdad? —Me encanta lo desvergonzada que es. Su ausencia de pudor y la seguridad que tiene en sí misma son cualidades que siempre he admirado en ella.

—Por cierto, Sergio, ¿te importa si salgo a comer con Xiomara? Prometo volver a las cinco y así ya os dejo que disfrutéis la tarde como dos *tortolitos* enamorados que sois.

—De acuerdo, *jetas*, pero ni un minuto más, Marta y yo queremos ir a mirar pisos, en cuanto encontremos uno con más de quince metros cuadrados nos iremos a vivir juntos. La tarea está

siendo difícil pero justo me han llamado hace un rato ofreciéndome un *pisito* con poca luz pero de unos cincuenta metros cuadrados y tipo *loft* con espacios abiertos.

Es adorable verlos, transpiran purpurina por los cuatro costados. No puedo evitar pensar una vez más en Nico y en lo que me habría gustado haberle conocido hace unos diez años, antes de que pasara todo lo que pasó. Ojalá en aquella despedida de soltero me hubiera arrastrado a un hotel y me hubiera hecho ver que estábamos hechos el uno para el otro. Qué diferente habría sido todo.

Salimos a comer a mi restaurante japonés favorito y Ruth aprovecha a sonsacarme todo lo que ayer he conseguido esquivar:

—Te exijo que me cuentes qué tal va lo tuyo con Nico y te lo advierto, ni una *excusita* más para no abordar el tema conmigo, ¿de acuerdo? Que nos conocemos.

—No sé de qué me hablas, bonita, yo no esquivo nada de nada. Dios, ¿has visto con qué cara te está mirando ese tío de allí? Yo creo que te conoce de algo o...

—Xiomara Pazos, déjate de *mamarrachadas* conmigo.

—Vale, vale, de acuerdo. No sé tía, es que últimamente me da la sensación de que estoy metiéndome en un pozo sin fondo del que no voy a saber cómo salir. Nico cada día me hace sentir más a gusto, pero sin duda mi vida no está allí en Galicia. Él ni de broma encajaría en una ciudad como esta y encima ahora aparece esta oportunidad de trabajo que no sé si saldrá adelante pero que haría imposible que lo nuestro llegara a significar algo porque hay algo que tengo claro y es que una relación a distancia para mí es algo que no entra dentro de mis opciones y...

—¡*Frena frena frena!* Estás totalmente fuera de ti y lo entiendo, pero debes tomarte todo esto con más calma, *Xio*. Nico es un tío alucinante, eso me queda claro. Pero tú por primera vez empiezas a sentirte bien tras tu divorcio y parte de esa felicidad te la genera él. Espera a ver qué pasa con ese bufete, no te plantees nada hasta que te llamen y vuelve con ese culito guapo de vuelta a Galicia a disfrutar de estas últimas tres semanas. Todavía queda tiempo antes de que tengas que plantearte tomar alguna decisión.

—Tienes razón, la verdad es que ahora lo que más me apetece es volver a Galicia y verle. Creo que me he hecho adicta a él.

—Tu cutis así lo confirma, menudos meneos te debe de dar ese chico. Creo que nunca te había visto tan guapa, así que, *que te quiten lo bailao, morena*. ¡Y lo que tenga que ser... será!

DE VUELTA A TI

46

.....

Volver a casa de mi abuela es como encontrar sosiego tras diez días navegando contracorriente. Es tanta la calma que me quedo largo rato sentada en el quicio de la escalera mientras acaricio a Lor feliz por el hueso enorme que le he traído a modo de bienvenida. Le mando un WhatsApp a Nico diciéndole que ya estoy al fin en casa y me relajo un rato más a pesar del frío propio de esta época a estas horas. Son las nueve de la noche y me encuentro exhausta, tanto a nivel psicológico como a nivel físico.

Durante estas cinco horas al volante he intentado vaciar mi mente y no pensar en nada pero ha sido imposible. Tan solo me quedan dos semanas aquí y ya me da una pena horrible despedirme de este lugar al que desde luego no considero mi hogar, pero, por el contrario, me ha hecho descubrir una parte de mí misma que creía haber perdido para siempre.

Escucho un coche acercarse y como si una lugareña más del lugar fuera, me acerco con el miedo propio de un pueblo en el que apenas pasan coches. A estas horas no suele haber nadie ya que las únicas casas habitadas son la mía y la de Isa. En cuanto me asomo veo el coche de Nico y mi corazón, al momento y con vida propia, comienza a desbocarse sin remedio.

—Me vas a perdonar pero... no me aguantaba un segundo más sin verte. —Vestido con sus vaqueros oscuros rotos holgados aunque bien ceñidos en sus caderas y con una de sus sudaderas claras que marcan cada uno de los músculos de su ser, me acerco con rapidez a abrirle la trampilla y, sin poder evitarlo ni un segundo más, me subo a sus caderas rodeándole con mis piernas para seguidamente fundirme con él en un beso largo, intenso y ajeno al frío que inunda todo el exterior—. Veo que tú también me has echado de menos. Si me sigues besando así mañana nos ganamos una buena pulmonía porque ahora mismo soy capaz de dejarte sin ropa y de disfrutar de toda tú aquí y ahora. *Dios mío*, casi me había olvidado de tu delicioso olor. He venido porque quiero contarte algo, y es algo muy bueno, Xiomara, no sabes cuánto.

—¿En serio? ¡Madre mía qué intriga! Pasa que nos vamos a helar de frío. —Nico me agarra por las caderas y, pegados como si fuéramos uno, subimos las escaleras mientras me mete mano descaradamente haciéndome morir de la risa por sus cosquillas intermitentes.

Una vez dentro caliento el termo y nos preparo dos cafés bien cargados. Ambos somos bastante cafeteros y el olor invade toda la cocina. Nico enciende la estufa de leña y, en pocos minutos, el calor empieza a notarse en el salón.

—Zio vuelve a casa, Mariela ha decidido volver a vivir a Pontevedra. Me ha llamado esta mañana para decírmelo. Voy a poder ver a Zio todas las semanas, Xiomara, disfrutaré de mi hijo sin necesidad de meternos en juicios ni entrar en una batalla legal por la custodia compartida. Sin duda lo habría hecho si era necesario pero me alegra saber que aún nos queda jugar la última carta del entendimiento y sin duda pienso poner todo de mi parte para que Mariela y yo no tengamos necesidad de llegar a ese punto. —Dejo de preparar el café y me acerco a él para darle un fuerte abrazo.

—Nico, me alegro tanto por ti, en serio, es la mejor noticia del año. Te lo mereces de verdad. Me alegro de que haya entrado en razón, de verdad. —Me siento tan aliviada por él que incluso se me escapan un par de lágrimas furtivas de la emoción. Las borro antes de que tenga ocasión de

verme. Saber que su único tormento está a punto de finalizar es lo mejor que le ha podido pasar—. Esto tenemos que celebrarlo, voy a poner un par de pizzas al horno y a abrir esa botella de vino que me regaló Isabel de ese vino mencía que nunca he probado pero que me prometió que me iba a encantar, ¿te quedas a cenar entonces?

—Será todo un placer. Voy a salir a por unos troncos y así caldeo un poco más la casa. Cuanta más calor más capas de ropa fuera. Creo que no hay mayor motivación para poner esta estancia al rojo vivo, me muero por volver a ver cada centímetro de tu piel.

—*Ehh* eso es jugar muy sucio, pequeño, no te vayas a creer que te lo pienso poner tan fácil.

—Mmm, pues cuanto más difícil me lo pongas mejor. Llevo días imaginando las miles de maneras posibles de jugar con tu cuerpo y si puedo jugar a todas ellas y recrearme durante toda la noche, acepto el reto de buen grado. —Mi piel ya está a su merced solo con cuatro palabras y miradas que me dedica. Tengo la piel de gallina, he dejado de tener frío y la casa aún está a temperatura exterior de menos mil grados. Una parte de mi intimidad comienza a humedecerse sin remedio. Haga lo que haga, todos mis instintos mueren por dejarme arrastrar una vez más en sus brazos, en sus besos, en sus caricias, sin remedio. Me siento como una adolescente a la que le acaban de confesar que va a pasar la mejor noche de su vida por primera vez.

Hemos decidido sentarnos frente a la estufa con varias mantas dispuestas a modo de picnic. Ya hemos comido casi dos pizzas mientras disfrutamos de este vino típico gallego que nada tiene que envidiarle a cualquier otro tinto, sea rioja, toro o ribera. Años después descubriré que un buen mencía puede incluso superar cualquier denominación de origen de todo el panorama nacional.

Cuando ya llevamos un rato conversando y hablando sobre cómo nos ha ido todo durante estos tres días me planteo comentarle el tema de mi entrevista pero, finalmente, me echo para atrás y opto por no contarle nada. La verdad es que no sabría explicar el porqué.

—Oye te has tomado en serio lo de la estufa, ¿eh? Aquí hace un calor de morirse. —Ya me he quitado el jersey y la camiseta, así que una camiseta interior ajustada es lo único que llevo junto con mis pantalones vaqueros más ceñidos, que ahora mismo parecen haberse fundido con mis propias piernas. No veo la hora de quitármelos, si es que no se han pegado aún a mi piel. Observo a Nico y de forma descarada veo cómo se quita la camiseta y se queda tan solo con sus vaqueros rotos holgados que solo se ajustan en sus caderas y en su culo perfecto.

—Pues tienes razón, sin duda mi recomendación sería que no pases calor de forma innecesaria. Si quieres te ayudo a liberarte de esas prendas que ahora mismo te oprimen tus delicadas curvas de forma tan injusta... —Se acerca a mí y, arrimándose a la altura de mi cara mirándome con ese gesto pícaro de niño travieso, me coge la camiseta esperando a una aprobación de mi parte para que pueda liberarme de mi camiseta.

—Tan generoso y preocupado tú. Me parece bien, tengo tanta calor que mira qué sudor se ha formado aquí, entre mis pechos, *ufffff*. —Antes de este último *uffff* he mirado hacia mi escote mientras veo cómo él hace lo mismo. En el *uff* le miro con lujuria mientras acerco mis labios a los suyos, sin tocarlos.

—Jamás me cansaré de ti, Xiomara. Desencadenas tantas sensaciones que superas todo lo imaginable. Ven aquí. —Me coge en sus brazos y me lleva al sofá mientras suavemente se echa encima de mí y me besa con pasión durante unos segundos. Se separa al rato y delicadamente me quita los pantalones para comenzar a besar seguidamente una de mis piernas sin dejar de acariciar la otra mientras sube hacia mis caderas. Me quita la camiseta y me quedo en ropa interior. Decido tomar la iniciativa y me levanto para, una vez sentado en el sofá, colocarme encima de él para besarle de nuevo mientras con soltura le quito los pantalones dejándole con sus *boxers*, esta vez

de color amarillo chillón con pequeños patitos bien ajustados. Me hacen reír al instante.

—No deja jamás de sorprenderme, señorito.

—Todo lo que haga falta con tal de ver esa sonrisa.

A partir de ahí todo son sensaciones que superan el *culmen* de todo lo sensitivo. No pensé nunca que pudiera existir una conexión tan fuerte y una complicidad tan completa con alguien.

Nico personifica la generosidad, la entrega, el respeto, la pasión, la sensualidad, la amistad, la libertad...

Durante mis años ejerciendo la abogacía encontré hombres de una crueldad extrema. Personas que abusaban y maltrataban psíquica o físicamente y que, no bastándoles con eso, durante el trámite de divorcio complicaban aún más las cosas, arrastrando a sus propios hijos, usándolos como moneda de cambio, como juguete para extorsionar y dañar una vez más a la propia madre.

Pero desde luego encontré varios casos en los que los papeles se cambiaban. La exmujer sin escrúpulo alguno se aprovechaba de crear un personaje de víctima donde usaba la mentira como base de su alegato: afirmaba haber recibido maltrato de alguna clase, exigía grandes pagas para la manutención a sabiendas de que el padre no podía hacerse cargo mientras que ella igual disfrutaba de una solvencia más que clara. Arrancaban con todo de la manera más ruin para así destruir la vida de un padre destrozado que a mayores apenas podría ver a sus hijos de forma injusta.

Sin duda hay de todo en ambos géneros, y yo casi había ya perdido la esperanza de encontrar a un gran hombre.

Y puedo afirmar, a día de hoy, y casi convencida del todo de que jamás me equivocaré, que Nico representa lo que es un buen hombre.

Y encima, este hombre, es deliciosamente apetecible en todas sus facetas, siendo la sexual una de sus máximas virtudes.

Y así pasamos la noche: amándonos, disfrutándonos y deleitándonos el uno al otro, sin importarnos el futuro ni el pasado. Absorbemos así la necesidad de tenernos sabiendo un secreto que llevamos en silencio pero que pronto explotaría en nuestras vidas: la fecha de caducidad está más próxima de lo que esperamos.

¿Y AHORA QUÉ?

47

.....
—Hola, Xiomara. Te llamamos para comunicarte que has sido seleccionada como la nueva letrada del bufete Prado & Tarrago. Querríamos que te incorporaras lo antes posible por lo que necesitamos que nos des tu confirmación durante el día de hoy para poder mandarte las cláusulas del contrato y demás condiciones que hablaremos con calma el lunes a las nueve de la mañana.

¡Zas! Bomba al canto para la que no estaba preparada de ninguna de las maneras.

Nico se fue a trabajar bien temprano y tan solo me dijo que preparara una bolsa de viaje y que en cuanto regresara por la tarde nos iríamos de escapada de fin de semana. Llevamos dos días durmiendo juntos (desde que llegué de Madrid) y no puedo sentirme más a gusto.

Me temo que en caso de aceptar este puesto este sería nuestro último fin de semana juntos. Se me humedecen los ojos solo de pensarlo. Ahora que todo iba tan bien, pero... no puedo rechazar un trabajo así, no puedo, no me lo perdonaría jamás.

Sin pensármelo dos veces me pongo los *leggings*, una camiseta, y sin sudadera, muerta de frío, salgo al exterior y con una caricia rápida a Lor le hago saber que nos vamos a dar una buena ración de deporte. Me pongo la música a un volumen ensordecedor y corro unos quince kilómetros durante una hora y algo, hasta caer muerta.

Paso por casa y cojo una sudadera, tampoco es plan de coger el resfriado del siglo. Me la pongo y nos vamos a mi espacio *zen* favorito, en este río donde aquel verano siendo niña todo era tan fácil, sin complicaciones, con mi vestido de vuelo dando una y mil vueltas. Me sobreviene a la mente el vago recuerdo de un columpio de madera que colgaba de este árbol que ya considero parte de mi alma, de mi recuperación, al que le debo tanto, donde tantos malos pensamientos fueron absorbidos por sus raíces milenarias.

Me obligo a dejar la mente en blanco y me relajo. Lor parece tener un sexto sentido y en vez de jugar como un loco como suele hacer siempre que venimos decide echarse a mi lado, es su mejor manera de decirme que siempre estará para todo, su fidelidad siempre me ha hecho sentir menos sola, protegida y querida. No sé qué haría sin él.

Disfruto una vez más de la paz que me genera este lugar. A pesar del frío aún se puede estar a gusto a estas horas, casi la hora de comer. Se deja ver algo el sol así que sus rayos hacen que te sientas menos entumecida ante la humedad propia de esta época. Las hojas ya se han caído y todo el césped está tapado por una alfombra llena de hojas de color marrón claro. Al mirar hacia los árboles es bonito poder deleitarse ahora con todos los pájaros que descansan repartidos por todas las ramas, hace pocas semanas camuflados entre todas las hojas, ahora mostrando todo su color y al descubierto ante mis ojos. Recuerdo que los primeros días Lor se volvía loco y quería comerse a todos los pájaros que notaba revoloteando allá en lo alto. Saltaba y hacía amago de comérselos abriendo la boca.

Ahora Lor es uno más en este entorno y ya ve con naturalidad la presencia de estos hermosos animales que nos dedican sus melodiosos cánticos que tanto me relajan y a los que tanto me he acostumbrado.

No sé cómo será habituarse de nuevo al ruido incesante de coches que me despertaban todas las mañanas. Me encanta despertarme cada mañana con ese silencio que solo se ve interrumpido por

el sonido del agua que desciende en su caminar a través del río, el vaivén de las hojas al caer, el vaivén de los árboles mecidos por el viento, el sonido de las aves que dan la bienvenida al día con su pjar.

La nostalgia es grande, pero me prometo a mí misma que será visita obligada al menos dos veces al año. Este lugar se ha convertido en mi santuario y así lo seguirá siendo cuando la rutina laboral me lo permita con los breves descansos de que disponga.

Sin necesidad de plantearme si debo o no aceptar el puesto de trabajo, una parte de mí ya ha tomado la decisión y ya sabe que es lo que en esta etapa de mi vida debo hacer. Por una vez sé que no puedo desperdiciar algo así aunque mis sentimientos por Nico sean tan fuertes, aunque sea el hombre que me llena y con el que podría plantearme sin ningún agobio la idea de permanecer a su lado por siempre. Por una parte, si así lo hiciera, me sentiría desdichada por siempre, siempre me quedaría la duda de qué habría pasado si hubiera aceptado esta oportunidad que aparece una o dos veces en la vida.

Soy consciente de que va a ser duro desaparecer de este paraíso pero hasta mi abuela me hizo ver que esta escapada solo tenía un cometido: ser una escapada temporal que me hiciera volver a quererme, a aceptarme, a mostrarme la persona que quiero ser, la que me envalentona ante la vida y la que me hace amar este mundo. Lo que mi abuela no sabía era que la prueba sería doblemente difícil porque aquí he encontrado el que quizás sea el amor de verdad, el amor más puro y generoso y, el hecho de tener que soltarlo es quizás lo más duro que vaya a hacer en toda mi vida.

Vuelvo a casa más tranquila y con las ideas más claras. Preparo la bolsa y me hago algo de comer, Nico me ha dicho que llegaría sobre las cuatro así que aprovecho el tiempo libre que me queda antes de que llegue para llamar a Ruth y darle la noticia de que pronto estaré de nuevo en casa y de que todo volverá a la normalidad, a aquella que tan feliz nos hizo A. A. (antes de Albert).

Tras hablar con ella y contagiarme de su alegría ante la noticia hago la llamada más importante: me pongo en contacto con el bufete y les digo que acepto el puesto y que el lunes me tendrán allí a las nueve para concretar todo e incorporarme de manera inmediata.

Al colgar la llamada, sin apenas ser consciente, una lágrima resbala por mi mejilla. La borro pronto de mi piel y me digo a mí misma que voy a pasar un fin de semana inolvidable.

Me lo debo y se lo debo a él, fiel testigo y colaborador máximo de todo este cambio que se ha generado en mí. El que ha conseguido recordarme quién soy. Seguramente sin él lo habría conseguido por mí misma, pero desde luego habría sido mucho más difícil.

Mi primer mejor amigo de la infancia y con el que espero seguir ligada por siempre, sea de la forma que sea.

ESCAPÉMONOS Y QUE SE PARE EL TIEMPO

48

.....
—¿No me vas a decir adónde vamos?

—Por supuesto que no, solo te voy a dar una pista: espero que no tengas miedo a las alturas.

—¿Cómo? Dime que no es ninguna actividad en plan paracaídas o similar porque me tiro con el coche en marcha, me da un *parraque* vamos.

—*Jajajaja* esa actividad la dejamos para la próxima, pero no, es algo... creo que más de nuestro estilo.

—¿Ya tenemos estilo propio? Interesante.

—Por supuesto, pequeña, tengo que abrirte los ojos y decir que hemos creado un tándem perfecto, ¡qué va a ser de nosotros! —Dios, ¿tiene que decir este tipo de cosas precisamente hoy?, qué tomadura de pelo esta vida, en fin.

—Esto, te iba a preguntar ayer y se me fue, ¿cuándo se instalan Mariela y Zio aquí? Tendrás muchísimas ganas.

—Me dijo su hermano, con el que estuve ayer hablando, que vuelve a casa de su madre que vive a menos de diez minutos desde mi casa. El próximo finde ya estarán aquí y me ha dicho Mariela que si me parece bien Zio viene ya el viernes y pasará todo el fin de semana conmigo. No puedo sentirme más feliz la verdad. Parece que la vida al fin ha decidido darme todo aquello que quiero, incluyéndote a ti, preciosa. —*Arrrgggg* qué complicado va a ser este fin de semana.

Sé que tengo que decírselo cuanto antes pero me resulta muy difícil. Él ya sabe que mi estancia aquí era temporal y que tan solo estaría unos noventa días pero me temo que ha decidido olvidarse del asunto y dar por hecho que estaré en Galicia eternamente.

Tras una hora y media al volante al fin llegamos a nuestro destino. Lo que ven mis ojos, una vez más, vuelve a demostrarme a una Xiomara perpleja con la boca abierta y con cara de idiota asombrada ante las vistas que me rodean: estamos inmersos en un bosque en el que hay unas ocho casas prefabricadas en el lugar más inesperado que uno pudiera imaginar. En lo alto de los árboles más fuertes y robustos se abren unas casas modernas pero con un estilo rústico en madera que encajan a la perfección con el entorno a la par que muestran unas cristalerías donde seguro que, desde lo alto, te hace sentir como un pájaro más que se guarece a dormir entre sus ramas. Cruel destino que me susurra al oído «y es aquí, en este paraje hecho de sueños donde tendrás que confesarle a Nico que lo vuestro llega a su fin».

Maldito destino...

—Nico, que sepas que te has hecho un experto en dejarme sin palabras, esto es precioso pero, ¿me explicas cómo narices subimos a una de esas casas?

—Me alegro de que te guste. Subir es lo de menos, tu súbete a mi espalda que yo al más puro estilo *Tarzán* te llevo a nuestra guarida. —Me guiña el ojo y me señala unas escaleras laterales que se disponen de una forma muy sutil y que no había aún visto en uno de los laterales del tronco, ascendiendo hasta las puertas de las casas.

Una vez subimos observo una cama enorme llena de rosas y con una botella de champán en una

cubitera que debe de haberse puesto hace poco, porque aún tiene hielo y se muestra bien fría y apetecible. Solo hay un pequeño cuarto con un aseo pequeño y, junto a la cristalera en un lateral de este pequeño dormitorio lleno de ventanales se ve un jacuzzi rectangular con un generoso tamaño donde podrían entrar unas cuatro personas.

No me puedo creer que vayamos a pasar todo el fin de semana en este lugar. Ni en mis mejores sueños habría diseñado y creado algo tan bonito, es sencillamente perfecto.

—¿Qué te parece si cenamos aquí? He visto en esta *libretita* del hotel rural que tienen una colaboración con un restaurante cercano y que puedes pedir que te traigan lo que quieras. Ellos se encargan de subírnoslo hasta nuestra casa del árbol. Si quieres nos damos un baño y entre burbujas y champán vamos decidiendo qué es lo que nos apetece para cenar.

—Creo que me será complicado pensar en comida si te tengo en ese jacuzzi, y encima con champán de por medio. No me hago responsable de mí mismo, te lo advierto.

—Correcto. Primero baño y después cena. ¿Te he dicho ya que esta sorpresa es alucinante? Jamás lo olvidaré, Nico, este sitio es mágico. —Se acerca a mí y me abraza generándome ese bienestar que solo él sabe crear en mí. Ahora mismo lo único que deseo es sentirle, disfrutarle, saborearle memorizando cada poro de su piel. Quizás más adelante nuestros destinos se vuelvan a cruzar, pero ahora solo pienso en despedirme de él en secreto entregando todo de mí y cumpliendo mi anhelo al completo, toda esa necesidad que tengo de guardar en mi cajita de los recuerdos estos instantes que necesitaré en los próximos días, cuando el dolor de su ausencia me taladre con furia.

Me he prometido no atormentarme y ya lo estoy haciendo. Me doy un fuerte tortazo imaginario y me obligo a olvidar el futuro próximo, a centrarme solo en el ahora, algo que se ha convertido en mi mantra durante todas estas semanas y a lo que pienso acogerme hasta el final.

—Jamás pensé que un jacuzzi fuera capaz de dar tanto juego, ¿tú has visto lo sexy que se ve tu cuerpo con tanta espuma? Debería hacerte un *book* con mi móvil e inmortalizar este momento. — Este hombre es sexy en cualquier medio, y tengo que admitir que se ha manejado como pez en el agua. Me ha convertido en la sirena más afortunada de todo el mar Atlántico como poco.

—Eso lo dices porque no te has visto a ti, creo que voy a comprar esta caseta y te voy a raptar durante unos dos o tres años, seguro que la vida al más puro estilo *Tarzán* y Jane no está nada mal. Mientras nos traigan comida de vez en cuando todas nuestras necesidades estarán cubiertas, sobre todo la que acabamos de saciar. Esa necesidad se cubriría una y otra y otra y otra y otra y otra...

—Jajajajaja lo pillo lo pillo. —Se deja tan solo la toalla en la cintura y, aún medio mojado, se tira en la cama a mi lado, bien pegado a mí. Me da un beso en la sien y me acaricia el pelo mojado haciéndome sentir una vez más esa princesa de cuento a la que tantas veces hace referencia.

—Voy a encender la estufa de leña, han dejado en esa esquina apilados un montón de troncos, hagamos de esta cena un momento perfecto para que pueda proponerte algo.

—¿Pero aún hay más sorpresas? Mira que se me han agotado las caras de panoli súper flipada.

—Tranquila, preciosa, no es nada que te pueda sorprender, o al menos así lo espero.

Cuando nos traen la cena este pequeño espacio ya está invadido por el crepitar de la leña y un calorcito que me hace sentir muy a gusto. Decido ponerme un camisón fino ajustado de tirantes de color negro que compré en una de estas tiendas carísimas con una lencería fina que te apetece acariciar con solo verla. Ha merecido la pena solo por ver su reacción al verme con él, la verdad es que me veo guapa y radiante de felicidad, y por mucho que digan, cuando estás enamorada se te sale la guapura desde dentro, viene como un valor añadido mostrando al mundo todas esas sensaciones que se agolpan en tu interior y que, finalmente, afloran en el exterior. Nos lanzamos a

pedir una tabla de embutidos varios y unos crujientes de langostinos con varias salsas. A mayores Nico me recomienda una paella de marisco que es especialidad por esta zona, y todo ello con un ribeiro bien frío, todo ello hace de una cena ya perfecta, aún superior.

—Vale, no me aguanto ni un minuto más. Cuéntame eso que me querías contar.

—Pues bien, hace ya unas semanas que casi vivimos juntos. El otro día cuando Mariela me dijo que regresaba a Galicia tuve una revelación al quitarme esa angustia que no me dejaba ver más allá. Xiomara, tú y yo conectamos como pocas parejas logran hacerlo. Claro que nos prometimos no poner etiquetas ni pensar en más allá que en un presente inmediato. Pero al ver que Zio va a volver a ser parte de mi vida me di cuenta de que hay cosas que no podemos desaprovechar, y que algo tan intenso que ha aparecido de forma casual entre nosotros no deberíamos dejarlo escapar. Me gustaría proponerte que vinieras a vivir conmigo y que, juntos, busquemos algo que te pueda llenar y de lo que puedas vivir aquí en Galicia conmigo. Mi tía me dijo que eres una abogada de las que hay pocas, por ese motivo sé que si es lo que te gusta aquí no tendrás problema en hacerte pronto un hueco. Nada me haría más feliz que comenzar esta etapa de mi vida a tu lado. —Y ahí está la bomba, la que pensaba que podía llegar pero que imaginaba no llegaría a darse aún, librándome de este peso porque cortaría esta relación antes de que llegara a comenzar. Pero no, tuvo que ser precisamente en esta cena, a dos días de regresar a mi casa, cuando Nico se ha dado cuenta de que me quiere con él, a su lado, como pareja. Trato de recomponerme pero mi lucha interior se hace casi insostenible—. ¿Estás bien? Tienes muy mala cara, Xio.

—Estoy bien, solo que no me esperaba algo así ahora mismo. Verás, Nico, no te he querido decir nada porque no he tenido las cosas claras estos días. Me han hecho una propuesta de trabajo en Madrid y esta misma mañana la he aceptado. Es uno de los bufetes más importantes de España y las condiciones son inmejorables...

—Cuánto me alegro por ti, preciosa. No te preocupes, lo entiendo perfectamente. —Su rostro abatido me golpea tan duramente que si no fuera porque estamos a tantos metros del suelo echaría a correr y me escaparía de todo y de todos. No soporto verle sufrir y creo que ahora mismo le acabo de dar una estacada de las mortales.

—Lo siento de verdad, Nico. Lo que siento por ti es mucho más fuerte de lo que he sentido jamás por nadie. Pero toda mi vida ha estado basada en decisiones erróneas y siempre he desaprovechado oportunidades por falta de valor o por conformismo e inseguridad. Estar contigo estas semanas y este tiempo aquí me han hecho cambiar y creo que me debo esta oportunidad que ha aparecido casi sin avisar. Me va a resultar muy duro separarme de ti, pero creo que es lo mejor para ambos. No soportaría rechazar ese puesto y hacerte culpable de ello dentro de un tiempo, no te lo mereces. Lo siento de verdad, Nico.

—Sabes que jamás te he pedido compromiso alguno. Es algo que sabía que podía pasar y asumí ese riesgo sin importarme las consecuencias. Solo deseo que seas feliz, que nunca dejes de brillar con esa intensidad que te caracteriza y si, en algún momento, nuestras vidas se vuelven a cruzar, será un placer para mí volver a tenerte entre mis brazos. Ahora lo mejor es que disfrutemos estas últimas horas juntos igual que hemos hecho estas semanas.

—Me resulta muy duro separarme de ti, pero también sé que una relación a distancia no sería una opción para nosotros.

—Opino lo mismo, sería demasiado doloroso.

Terminamos la cena en silencio, ensimismados en nuestros propios pensamientos, asumiendo ambos que todo ha llegado a su fin y que en pocas horas nos separaremos hasta no sabemos cuándo.

Esa noche en el árbol fue, paradójicamente, la noche en la que dormimos abrazados sin separarnos ni un solo segundo, fue la noche en la que Nico y yo nos regalamos la entrega más absoluta, llena de caricias enviadas desde el subconsciente mientras nuestras mentes viajaban en nuestros propios sueños, ajenas a una realidad dura y complicada, protegiéndonos con visiones de un futuro juntos, el que habríamos podido tener si nos hubiéramos conocido unos cuantos años antes.

Anhelos, pasiones, personas que encajan a la perfección en un mundo en el que el destino les golpea con una separación necesaria y a la vez difícil de asumir...

El destino les golpeó a cada paso pero sin duda este ha sido el más traicionero de todos.

SÁBADO RARO

49

.....
Amanecemos con una sensación extraña. Como si fuéramos dos desconocidos que se han conocido en un pub la noche anterior y que, sin apenas acordarse de lo ocurrido, amanecen semidesnudos el uno junto al otro.

Decido romper el hielo, este silencio que nunca había estado presente entre nosotros me resulta insoportable:

—Nico, no quiero que nuestro último día juntos sea triste y distante. Quizás deberíamos plantearnos intentar vernos de vez en cuando algún fin de semana e ir viendo cómo nos va funcionando. Puede que nos adaptemos y que consigamos ser una buena pareja a distancia. No seríamos ni la primera ni la última que lo consigue.

—Preferiría dejarlo como está, Xiomara, si no funcionara sería estropear algo tan bonito. Creo que lo mejor es que nos llevemos este bonito recuerdo y que nos quedemos con la opción de que en un futuro, si la situación vuelve a regalarnos estar juntos, que así sea. Espero que tu nuevo trabajo te llene y te haga sentir aún más completa, sin duda la Xiomara que vuelve a Madrid es una versión más fuerte y mejorada. No me cabe duda de que los dejarás impresionados a todos. Y, pensándolo bien, no me vendrá mal tener a mano una buena letrada si a Mariela se le vuelve a cruzar el cable de nuevo. Me han dicho que hay una ruta alrededor del río digna de ver por esta zona. ¿Has traído ropa de abrigo?

—He traído hasta bikini porque como ni siquiera me has dado una pequeña pista...

El día transcurre tranquilo, conseguimos darle la mayor normalidad posible aunque de vez en cuando nuestro silencio delata esa pequeña pena de lo que está por venir.

La noche cae temprano y nos da la excusa perfecta para no tener que hablar de cosas sin sentido que evitan en todo momento todo lo concerniente a sentimentalismos absurdos. Ambos tomamos nuestra parte más física para evitar conversaciones profundas y nos entregamos al más puro placer carnal. Lo hacemos una y otra vez, usando todas nuestras herramientas físicas para dejarnos tatuada toda nuestra piel, para dejarnos impregnado nuestro respectivo aroma el uno sobre el otro, para dejar una única huella latente de que nos hemos amado, nos hemos sentido, nos hemos traspasado a niveles donde dudo que otra persona sea capaz de llegar.

Sobre las cinco de la mañana, cuando ya estamos exhaustos y donde agotada pero sin ganas de dormir me hago la dormida, Nico, creyendo que ya estoy durmiendo, me susurra delicadamente:

—Será imposible borrararte de mi mente, siempre formarás parte de mí. Has llenado mi vida y me has confirmado que esa dulce niña me había marcado por algún motivo. Siempre supe que de alguna manera esa dulce niña me había marcado por alguna razón, aunque fue hace poco cuando me di cuenta del porqué: eres la mujer de mi vida. Mi vida estará siempre ligada a la tuya y sé que, en el momento en el que me digas ven, sin pensármelo dos veces, lo dejaré todo. El presente no nos pertenece ya pero confío que en un futuro no muy lejano nuestras vidas se vuelvan a cruzar. Te quiero, preciosa, y siempre te querré.

Y así concluyo el final de mi aventura por estas tierras. Vine para curarme y para reencontrarme conmigo misma. Cumplí con creces mi objetivo más duro. Este lugar me dio la paz que necesitaba y, a mayores, me regaló algo tan preciado como conocer a la mejor persona que se ha cruzado en

mi camino. Hombre generoso y comprensivo, sexy y pasional, divertido y pícaro. Lo que yo llamaría un jodido pack completo.

No ha podido ser esta vez y aunque las lágrimas fluyan sin control por mis mejillas tengo la certeza de que es la mejor decisión para ambos. Jamás me atrevería a pedirle que se viniera conmigo, no sería justo. Él no me ha pedido en ningún momento que abandone mis sueños o mis aspiraciones, es algo que desde luego le agradeceré siempre.

El tiempo determinará si hay esperanza para nosotros como pareja, y si no fuera posible sé que tendremos el valor de respetarnos y apoyarnos como dos grandes amigos.

El domingo salimos temprano de esta hermosa casa que jamás seré capaz de olvidar y que vendrá a mi memoria cuando me note triste o nostálgica. En cierto momento decido la manera de despedirme de él y, a pesar de que quizás sea dolorosa, creo que será lo mejor para los dos.

Le pido que me deje en casa y que sobre las ocho se acerque a despedirse, que así dejo todo listo, preparo la bolsa y así podemos tomarnos un café juntos antes de marchar.

En cuanto llego a casa recojo todo rápido y me hago una ensalada rápida. Son las cuatro de la tarde. Me acerco a casa de Isa y ambas lloramos como dos vecinas que se sienten como familia. Le digo que cumpla la promesa de venir a verme a Madrid porque si no lo hace vendré yo misma a buscarla y me jura que pronto me hará una visita.

Confío en que así sea.

Son las seis de la tarde y ya tengo todo listo. Le he dado mi carta a Isa a lo cual ella me ha dicho que va a ser muy doloroso para Nico llegar sin poder verme una vez más, pero pidiéndole comprensión le digo que es lo mejor para ambos. No soportaría nuestra pena al despedirnos, prefiero quedarme con este último fin de semana tan cargado de amor y pasión.

Guardo a Lor en el coche y, por primera vez la veo, grande e imponente trabajando con esmero y con determinación, cual fémica independiente que sabe que su trabajo la hará más fuerte e independiente, esa araña que cada noche me dejaba un mensaje a modo de tela de araña.

Inmortalizo este momento haciéndole una foto y como si de una amiga más se tratara le digo:

«Gracias de verdad, por mostrarme tu perseverancia cada noche, por enseñarme que una misma puede hacerse fuerte, por ser parte de esta aventura, por hacerme sentir una lugareña desde el primer instante en el que entré por esta finca... Suerte en tu camino».

VUELTA AL BLANCO Y NEGRO

50

.....
La tuve entre mis brazos y ahora mismo me resulta insoportable saber que quizás eso no vuelva a ocurrir jamás.

Supe desde ese día en el río, cuando su adorable Lor no era capaz de salir del agua, que me iba a enamorar locamente de esa mujer, y que todo sería un espejismo temporal que llenaría mi vida a todo color y que todo formaría parte de algo perecedero y efímero. Aun así no me importó. Solo quería disfrutar de ella mientras estuviera aquí, a mi lado.

Cuando me fui a Barcelona tuve miedo de perderla para siempre y de no volver a verla. Zio es y será siempre el motivo de mi lucha diaria, de mi mejora a nivel laboral y de mis ganas por ser siempre mejor persona para inculcarle todos los buenos valores posibles y para poder siempre ayudarle en todo lo que necesite.

Cuando recibí ese WhatsApp diciéndome que estaba en Barcelona todo mi mundo se hizo menos cruel, mi frustración con Mariela se hizo más soportable y durante esos días en esa ciudad averigüé cómo, incluso en los peores momentos de tu vida, una sola persona puede darte el bálsamo necesario para darte luz ante la oscuridad, calma frente a la tempestad. Pudo darme la templanza que necesitaba para no caer ante la desesperación más absoluta.

Cuando volvimos de Barcelona de forma muy paulatina nos fuimos necesitando cada día un poco más. Siempre quise respetar su espacio y procuraba que durmiéramos separados aunque todo mi ser quisiera disfrutar de su cuerpo y su aroma cada noche. Era una lucha constante pero veía justo darle siempre ese espacio que tanto necesitaba para terminar de reaprenderse, de reconocerse como la mujer fuerte y vivaz que siempre había sido.

Supe desde el día en el río que había sufrido mucho en los últimos años. El brillo de sus ojos era casi inexistente. Eran pocas las veces que sonreía. Su silencio y su mirada ausente la llevaban siempre a lugares horribles de su pasado que no la dejaban ver más allá.

Poco a poco ella misma se fue destensando, y ser fiel testigo de ese cambio me hizo sentir muy afortunado y feliz por ella.

Ahora mismo estoy enfadado, me habría gustado despedirme de ella en persona aunque fuera doloroso. Abatido, me siento fuera en uno de los bancos que dejó mi tío como legado hecho de madera y con unas tallas preciosas y cuidadas. Miro hacia el cielo maldiciendo por la rabia y el dolor por no tenerla ahora que todo ya iba a mejor en mi vida y, sin compadecerme más de mí mismo, abro la carta y leo, con la esperanza de encontrar las palabras necesarias que hagan aflojar este nudo tan fuerte que se ha concentrado en mi pecho.

«Odio las despedidas así que perdóname de corazón por haberte engañado, por haberte dicho que nos despediríamos en persona, pero habría sido horrible para ambos, y es que si me dicen hace noventa días que iba a encontrarme con alguien como tú, no me lo habría creído jamás.

Has dado sentido a mi vida, Nico. Me has hecho creer de nuevo en la amistad y has hecho que mi piel desnuda bajo tu cuerpo, piel que no quería saber nada de sexo ni de acercamiento piel con piel, haya vibrado con una intensidad tal que pensé que no pudiera ser real, ni siquiera en las mejores películas de amor. Y es que no podemos negárnoslo, hemos vivido una gran historia de amor, una de las que se quedan grabadas a fuego en el corazón y de las que es difícil que uno

vuelva a ser capaz de regenerarse. Creo que mi corazón siempre te pertenecerá, en él no creo que haya hueco para amar a nadie más. No obstante hay una cosa que quiero pedirte: vuelve a enamorarte, vuelve a sentirte completo, porque no hay una persona capaz de amar y de ser amada con tanta entrega como la que tú das y de la que sin duda tú mereces ser correspondido. Nuestros destinos han podido cruzarse, han podido expresarse y me siento orgullosa de que, a pesar de haber estado el uno junto al otro durante tan solo estos noventa días, me quedo con la sensación de que hemos aprovechado esta oportunidad, de que la hemos sabido coger y disponer, de la que hemos sabido aprender y hacernos mejor personas con lo que nos hemos aportado el uno al otro. Quiero que dejemos pasar unas semanas sin tener contacto el uno con el otro, debemos enfriar tanta pasión y tanta entrega y hacer que todo esto sea menos duro de lo que ya es. No quiero perderte en mi vida, me gustaría si tú quieres poder tener contacto de alguna manera, tenernos en nuestras vidas al menos como buenos amigos. Y quiero que siempre siempre siempre que me necesites, que recurras a mí, en cualquier momento, en cualquier lugar y en cualquier situación. No podría soportar que estuvieras mal y que no esté ahí para ti al igual que tú has estado ahí en los peores momentos de mi vida, sin preguntas, sin exigencias, sin imposiciones.

Disfruta de tu pequeño Zio, el cual tiene la suerte de tener el mejor padre del mundo. Y, como siempre dices y de cuya frase pienso pedirte prestada por siempre, te pido lo más importante de todo: JAMÁS CAMBIES, NICO, PORQUE ERES SENCILLAMENTE PERFECTO.

Tu princesa de la falda de vuelo, *Xio*».

URBANITA Y SIN DESCANSO

51

.....
Casos acumulados en mi oficina; citas constantes que aprietan mi agenda hasta hacerla explotar entre tantos *post-it* con miles de tareas; juicios semanales cargados de presión, aquí ganar un juicio es casi una obligación; largas horas que nunca son suficientes para llevarlo todo al día; y mucho, mucho más.

Llevo ya tres semanas instalada en mi nueva oficina y, aunque el ambiente es bueno y profesional, aún no me he habituado al ritmo de vida frenético en el día a día de una empleada de mi categoría. El trato está siempre cargado de profesionalidad, es algo que me gusta, desde luego. Incluso tengo una secretaria propia que me ayuda con toda la planificación y que con su experta eficiencia consigue que mi agenda no se desmorone con tantas reuniones. Las pocas veces que he tenido tiempo libre he salido a tomar un par de cervezas con Carlos y algunos colegas más del bufete pero, aunque me cueste admitirlo, noto que no encajo en sus ideales, en su frialdad tan ausente de familiaridad y de empatía. Su rutina es tan estresante y agotadora que ni siquiera se paran a tomar un respiro, eso no está entre sus alternativas, asumen este modo de vida como el que ha de ser y desde luego no les juzgo, incluso les puedo llegar a envidiar ya que este cuerpo que tanto se había acostumbrado a la calma, a la vida tranquila y vacía de presiones me hace sentir fuera del tiesto en este mundo de abogados de alta valía, que incluso abandonan su vida familiar y se entregan por entero en largas jornadas de más de diez horas diarias.

Miro al pasado e incluso añoro trabajar en la *tapería* con mi familia como hace ya tantos años, donde a pesar del duro trabajo de un restaurante con sus tantísimas horas de entrega se hacía más satisfactorio. Siempre estaba rodeada de los míos y hasta aquellos clientes fieles que siempre se mostraban cercanos y generosos llegaban a formar parte de nuestro entorno más cercano, pasando también a formar parte de nuestra familia.

Es viernes por la noche y llevo dos semanas sin ver a Ruth. Hay veces incluso que no tengo ni tiempo de contestarle a sus WhatsApp.

«Uoola señorita. Viernes tarde y he decidido que no aguanto ni un segundo más en mi despacho. ¿Quedamos en un par de horas y nos vamos de parranda de la *güena*?».

«Ohhh jo lo siento, ha venido Manu, ya sabes, el guitarrista, y va a pasar el fin de semana aquí. He guardado mesa en el *Bluming*, estuvimos hace un mes y le encantó, pero si quieres cambio la reserva y añadimos una más, seguro que él encantado».

«Qué va, tía, disfrutad mucho de vuestro tórrido romance, mañana si eso quedamos cuando marche, nos tomamos unas cañas y me cuentas»,

«¿Todo bien?».

«Sí, *amore*, me iré a casa y me guardo para el domingo. Mañana iré a ver a papá y a mamá. La verdad es que hoy estoy derrotada».

«Ser *Ally McBeal* no ha de ser fácil, *baby*. Descansa y el domingo nos vemos, *amore*. Te dejo que tengo cita con *Loly*, la muy *perri* me mata de dolor pero me deja el *chichi* tan *depiladito* y mono que un día lo subo de *story* al Instagram a modo de *posturchichireo*».

«Mientras no me vuelvas a mandar la foto a mí, que casi me metes un virus en el móvil el día que me mandaste la *selfie chichi*... todo irá bien. Disfruta de tu machote, *neni*. Hasta mañana».

Recojo a las pocas horas y cuando estoy a punto de salir me cruzo con Carlos, que también se suele quedar hasta tarde. Son las diez de la noche y más de la mitad de los letrados se encuentra aún trabajando, de locos.

—¿Qué tal todo, *Xiomí*? Justo estaba pensando en tomarme una caña pero al no encontrar aliado me iba ya para casa, ¿te apuntas a una cerveza? Por tu cara de estrés creo que te la tienes más que merecida.

—Pues la verdad es que estoy cansadísima. Creo que será mejor dejarlo para otro día.

—Venga no me hagas ese feo, hoy he perdido el caso *Klus* y uno de los mayores traficantes ha salido impune. Te prometo que solo será una *cañita* rápida y para casa.

—Ok, una rápida y listo. —Cuando se dice una rápida nadie, repito, nadie nadie nadie se cree que vaya a ser una rápida y ya está. Creo que incorporar esta palabra en una frase antes de salir de fiesta genera un poder extraño que genera totalmente lo contrario.

Cómo pude ser tan insensata...

Nos vamos al pub cercano al que suelen ir todos los del bufete entre semana. Al ser viernes está a tope y nos conformamos con hacernos un hueco en la barra. Es una *vinoteca* estilo *gastrobar* y tiene vinos y tapas de todos los colores.

—Creo que me voy a lanzar por un rioja, veo que tienen un montón de vinos, voy a probar alguno nuevo. —Desde que he llegado a Madrid no he probado el vino, ha sido como un luto extraño ya que en Galicia solo había bebido vinos de varias clases. Antes de irme allí solía solo tomar cervezas de vez en cuando y poco más—. Ponme un rioja, bueno mejor un mencia, ¿tienes alguno?

—Sí, por supuesto, tengo este mencia que justo nos llegó hace unas semanas y que está buenísimo. —No podía ser de otra manera, ese mencia que Isa me regaló y que tomamos frente a la chimenea en casa de mi abuela Marina, con solo un sorbo ya me vienen todas esas imágenes de aquella maravillosa noche, este sabor mezclado con el sabor de su boca, con su lengua envolviéndome con agilidad y destreza, como si conociera al milímetro cada partícula sensitiva de mi ser, llevándome a la locura solo con sus besos...

—... Pues lo que te decía, ¿a ti te parece normal que me echen a los leones y que me tengan en el punto de mira por una sola derrota?

—*Ehh*, sí Carlos, la verdad es que lo veo bastante injusto. Pero podrás reponerte pronto, eres muy bueno en lo que haces.

—Gracias, *Xiomara*, la verdad que desde que estás en el bufete las largas horas se hacen mucho más amenas solo con tu presencia. Me alegro mucho de que hayas querido tomar algo conmigo, era algo que quería desde que entraste hace ya casi un mes. —Esto... ¿está tonteando conmigo?

Tierra trágame. No puedo dejar de pensar en Nico y ahora Carlos me está claramente tirando la caña. Menudo bajón.

—Dios, este vino está increíble, ¿quieres probarlo?

—Por supuesto. La verdad es que no soy mucho de vinos. Me sacas del whisky y de la cerveza y no controlo de nada de bebidas que no sean eso. ¿Sabes? Estás preciosa esta noche, aunque tengo que admitir que con los zapatos rojos estás aún más impresionante. Una mujer con unos buenos tacones es una mujer, de los pies a la cabeza. Y más con unas piernas como las tuyas. —Esto cada vez se pone peor. Se acerca un poco a mí y huelo un aroma que claramente me horroriza, huele a whisky así que desde luego no mentía sobre sus gustos.

—*Ehh*, gracias, Carlos, por estos piropos pero quiero dejarte claro que en ningún caso tendría ningún acercamiento con ningún compañero de trabajo, sin duda eso solo crearía problemas.

—Jajajaja tranquila, mujer, en este trabajo no hay tiempo para relaciones ni ataduras, pero son tantas las horas trabajando que creo que desestresarnos el uno con el otro no sería tan mala opción ¿verdad? —Carlos es un hombre que llama la atención. Es un chico de unos treinta y largos con una complexión fuerte, suele llevar el pelo algo alborotado lo cual contrasta con su vestimenta tan seria y formal. Tiene los ojos azules y el pelo rubio y suele hacer babear a la mitad de las chicas que trabajan en el bufete. Va por el mundo muy seguro de sí mismo y se ve claramente que es de los que consigue todo lo que se propone. En la oficina tiene fama de mujeriego y de acostarse con más de la mitad de las secretarias. Conmigo siempre ha sido bastante respetuoso y en ningún momento ha intentado nada conmigo por eso alguna vez me he animado a tomar algo con él y con otros compañeros más.

Supongo que tiene un mal día y que ha visto en mí como su atracción para esta noche. ¡Qué suerte la mía!

Acabo mi segunda copa casi de un solo trago y, al más puro estilo escurridizo, le digo que me noto demasiado cansada para tomar la tercera copa que, al volver del baño ya me ha pedido. Se queda con cara de «esta tía me ha rechazado y a ver qué hago ahora» y yo, una vez fuera y ya congelada de frío llamando al taxi más cercano me siento por primera vez tras mi vuelta de Galicia la mujer más vacía y sola del maldito mundo.

Al llegar a casa descorcho una botella de las que me regaló Isa y cuando llevo ya media botella «divirtiéndome como nunca» viendo los canales del tarot y demás patrañas propias de las altas horas de un sábado noche de madrugada hago la típica cosa que JAMÁS DE LOS JAMASES se debe hacer en una hora como esta y con un *pedete* etílico como el que ahora llevo.

«¿Y si me he equivocado? ¿Y si no debí irme de allí, del lugar que más feliz me ha hecho en toda mi vida? ¿Y si me faltó valor para decirte que te quería y que quería pasar el resto de mi vida a tu lado?»

No soy feliz, mi trabajo ya no me llena, me siento vacía y desdichada. Añoro tu olor, añoro tu cuerpo, añoro tu forma de mirarme, añoro cómo hacías sacar lo mejor de mí.

Mi falda ya no es de vuelo. Estoy encorsetada en este mundo que gira demasiado rápido sin dejarme disfrutar de la vida. Moriría por revivir nuestro fin de semana en el árbol una sola vez más. Te añora la que siempre será tuya, tu preciosa».

PERDIDA, UNA VEZ MÁS

52

.....
Ya llevo dos meses trabajando en el bufete. Parece que ya he conseguido acostumbrarme a estos horarios de locura. He de reconocer que está muy bien remunerado, pero a veces me pregunto si tanto dinero merece la pena ya que lo único a lo que me dedico fuera del trabajo es a organizar lo que haré al día siguiente, cenar y dormir.

Los fines de semana suelo pasarlos en casa recuperándome y solo salgo cuando Ruth viene a casa a sacarme a rastras. En cierto modo agradezco la rutina de la semana porque es entre el sábado y domingo cuando me descubro tomando un té en la cornisa de mi ventana mientras miro al infinito recordando mis maravillosos noventa días allí, en esas tierras que parecen haber sido producto de mi imaginación, ya tan lejanas para mí, en las que a veces pienso con cierta nebulosa como si solo hubiera sido un sueño.

Cuando le mandé ese WhatsApp a Nico, al despertar tenía unas cinco llamadas de él pero no fui capaz de enfrentarme a la situación que estaba viviendo y, si soy sincera, temía que al hablar con él los sentimientos tan fuertes volvieran a aflorar. Me aterraba volver a abrir esa ventana que me traería más frustración y dudas, aún más de las que ya tengo.

He decidido volcarme en el trabajo y hacerlo lo mejor posible. Parece que no lo hago mal porque en el bufete están cada día más contentos conmigo. Lo noto porque su trato es aún más profesional y cada vez me confían casos de mayor prestigio, lo cual me gusta aunque este trabajo no termine de llenarme del todo.

Creo que algo cambió en mí cuando estuve en Galicia porque ya no disfruto apenas con mi trabajo. Ganar los casos no me llena y esa empatía que era tan propia en mí, se ha vuelto inexistente. Actúo con una frialdad que no reconozco en mí, ya no me implico con los clientes igual que en el pasado y, a veces, cuando me miro en el espejo me doy cuenta de que el brillo de mis ojos ha casi desaparecido.

«¡Ey! Tierra llamando a *Ally McBeal*, ¿te parece si nos tomamos algo esta noche? Estoy preocupada por ti, tu vida social ha caído en picado y eso se tiene que terminar. Nos vemos en A Gata Meiga y luego nos vamos de *cañitas* por ahí, a las ocho allí, *baby*, no admito un no por respuesta».

«Ruth, tengo muchísimo trabajo acumulado...».

«¿Has leído mi última frase, *perri*? A las nueve y así finiquitas tus quehaceres».

«*Vaaaaaaaale*, nos vemos a las nueve y media».

«Mira que eres *pesadita*... Ponte guapa y quítate esas trazas de abogada amargada por dios te lo pido».

—¿Pero tú te has visto? No sabía lo que era ese *culito* en vaqueros. Qué *pibón* estás hecha cuando te quitas ese *uniformucho* que no va nada contigo.

—¿Eso es un piropo? Gracias, supongo. —La verdad es que hace semanas que solo me visto con pijama o con ropa de trabajo. Echaba de menos verme como una sencilla treintañera en modo persona normal de a pie.

—Vale, tenemos que hablar. Llevas ya casi tres meses aquí y he visto cómo semana a semana la Xiomara que volvió cargada de energía renovada se ha ido consumiendo. Creo que ese bufete está

acabando contigo.

—A ver, Ruth, este trabajo requiere una gran responsabilidad, tratamos con casos de suma importancia. Al principio me costó un poco adaptarme pero ahora ya he conseguido coger el ritmo y estoy segura de que con el paso de los meses podré ir reduciendo las horas de trabajo, así me lo han hecho saber. Mis compañeros ya me han advertido que los primeros dos años son los más duros.

—*Xiomi*, sabes que yo te voy a apoyar siempre con todo, pero no me gusta ver lo que ese trabajo está haciendo contigo. Ya no te veo animada y feliz. Sé que hace ya unas semanas que no hablamos del tema pero, ¿has pensando en llamar a Nico? No creas que no me he dado cuenta cada vez que salimos que no miras ni a un tío. Cada vez que alguien se te acerca los repeles como si fueras asexual, cosa que nunca ha sido así. Está claro que os echáis de menos.

—Es complicado, ya lo sabes. Prefiero de momento no tener contacto con él porque sé que si nos mantenemos en contacto lo echaré aún más de menos. A veces creo que he cometido un error y que mi trabajo ya no me hace feliz. Lo mejor será seguir adelante, sé que lo superaré y lo único que necesito es tiempo. Venga, dejemos de hablar de mí.

»¿Vuelve Manu este finde a verte? Me imagino que ya has dado el paso de cambiar tu estado de Facebook de soltera loca a *enamoraíta perdía*. Mi Ruth se ha vuelto monógama, aún no me lo creo del todo, ya lleváis unos cinco meses o así, ¿habéis pensado en dar un paso más?

—Hala, qué manera de escurrir el bulto, guapa. Ya seguiremos hablando de tu problema existencial amatorio. La verdad es que este músico sexy me tiene enganchadísima pero de momento nos gusta vernos de vez en cuando sin ataduras ni complicaciones. Para él también es algo nuevo ya que, al igual que yo, no está acostumbrado a una relación seria sin ir picoteando de flor en flor. Ambos estamos adaptándonos poco a poco y sin agobios. Lo que tenga que ser, será. Pero al menos yo no me cierro en banda como otras. Que al final esto te va a pasar factura, maja.

—Bueno, vamos a desconectar porque no pienso rayarme la cabeza más con este asunto. Entiendo que quieras ayudarme pero la mejor decisión es dejar que pase el tiempo, estoy segura de que es lo mejor que puedo hacer. —Ni yo misma me creo del todo mis propias palabras pero sigo en mi tozudez, la situación es esta y no quiero plantearme ningún cambio. Ahora solo me apetece tomarme unas cañas con mi amiga y dejar que la noche me haga despejarme y olvidarme un poco de lo mucho que aún le echo de menos.

Maldito maldito maldito...

EL PRECIO DEL ÉXITO

53

.....
Semana dura donde las haya. Me han incorporado una formación para seguir especializándome en otras ramas fuera de lo penal y ha sido agotador. Tengo la suerte de que he entablado bastante amistad con Silvia, una de las socias del bufete, la que me entrevistó el primer día.

Tenemos muchas cosas en común ya que ambas no tenemos familia y nos centramos solo en trabajar, trabajar y más trabajar. Tras lo que pasó con Carlos aquel viernes en el *gastrobar* he preferido distanciarme un poco y ya no suelo salir de cañas ni con él ni con los demás compañeros. Silvia me ha dado ese apoyo femenino que tan bien me ha venido y solemos salir a comer juntas a menudo.

El lunes como cada semana me levanto a las seis para ir pronto a la oficina y ver todas mis citas y demás compromisos de toda la semana.

A media mañana me acerco a ver a Silvia y veo que su oficina está vacía. Seguro que tiene algún juicio, luego pasaré a verla.

A la hora de comer tampoco la veo así que le pregunto a Carlos:

—Oye, ¿has visto a Silvia esta mañana? Los lunes solemos comer juntas y aún no la he visto.

—La verdad es que no la he visto, seguro que de tarde volverá a la oficina.

Pasa la tarde y decido mandarle un WhatsApp pero no obtengo respuesta. Me acerco al despacho de otro de los socios y, al preguntarle por Silvia, me anima a entrar y a sentarme mientras me ofrece un café.

—Xiomara, siento decirte que Silvia ha sufrido un ataque al corazón. Se encuentra hospitalizada desde el sábado por la mañana. Ha estado dos días en la UCI pero hace ya algunas horas que la han subido a planta, se encuentra por suerte fuera de peligro. Te digo dónde está por si quieres acercarte a verla.

—Muchísimas gracias. Pasaré a verla hoy mismo.

Recojo mis cosas y con los nervios a flor de piel me acerco al hospital. Al llegar a la habitación la veo sola y encamada. Al verme sonrío, aunque es imposible no darse cuenta de que su cara refleja un agotamiento excesivo y una palidez muy acusada.

—Hola, *Xiomi*, no hacía falta que te acercaras a verme, muchas gracias por la visita.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bastante cansada, pero al menos puedo disfrutar de un pequeño descanso aquí. Lo malo de nuestro trabajo es que nos consume tanto y nos aleja tanto de los nuestros que hoy solo he recibido la visita de mi madre, patético. —Me siento horriblemente mal por no haberle traído ni unas míseras flores para animarla. Pensé que mi vista sería fugaz porque imaginé que tendría personas cercanas a ella que estuvieran acompañándola—. ¿Qué tal todo por el bufete? ¿Ya se ha ido todo al traste sin mí? Debo reponerme pronto porque tus jefes sin una figura femenina que les mantenga a raya están destinados a perecer, no podrán vivir sin mí.

—Tienes toda la razón, hoy estaban todos perdidos y nerviosos, menos mal que ha sido solo un susto y que pronto te veremos de nuevo por allí.

—La verdad es que creo que me voy a tomar unas merecidas vacaciones. Llevo más de cinco años sin cogerme unas vacaciones y creo que ya ha llegado el momento de pensar un poco más en

mí.

—Pues es una idea estupenda. ¿Te han dicho algo los médicos?

—Me ha caído una buena bronca. Llevo meses con un cuadro de estrés y este ya es el segundo aviso. Me dicen que si sigo con este ritmo de vida la próxima vez será la definitiva. Lo peor es que no concibo una vida fuera del bufete. Siempre me ha apasionado esta profesión hasta el punto de sacrificar tener una familia. Para una mujer es muy difícil de conciliar, ya sabes. El ochenta por ciento del bufete está formado por hombres pero eso nunca me ha hecho amedrentarme, al contrario, me ha dado fuerzas para dejar una huella bien palpable de nuestra profesionalidad como mujeres, aunque sea siempre más difícil que para un hombre, por desgracia. Pero creo que ya he dejado esa huella que tanto quería y ahora ha llegado el momento de hacer un *parón* y de hacer todas esas cosas que no he podido hacer todos estos años.

—Me alegro de que hayas tomado esa decisión. La salud es lo primero y seguro que al final te darás cuenta de que es lo mejor que has podido hacer por ti.

—Xiomara, déjame solo decirte una cosa. Si amas con todas tus fuerzas este trabajo pelea por él. Pero si en algún momento te sientes desdichada y vacía, si a la hora de poner en una balanza tu profesión con todo lo demás ves que el desequilibrio es acusado y que notas o sientes que pierdes más de lo que ganas... No te dejes arrastrar por la marea, lucha contra ella y toma decisiones arriesgadas. A veces me veo reflejada en ti y admito que eres una letrada con un porvenir envidiable. Sé que si te lo propones llegarás mucho más lejos que yo, pero si lo haces hazlo con pasión, amando lo que haces, nunca dejes de ser fiel a ti misma, a tus sueños, a tus mayores anhelos. La vida es solo una, Xiomara, y es cuando llegamos a los momentos más críticos, como cuando nos vemos cerca de la muerte, cuando se nos revelan cosas como esta. Por eso quiero compartirlo contigo. Gracias de verdad por venir a verme. Me noto algo cansada así que voy a dormir un rato, ¿de acuerdo? Eres una gran persona, Xiomara, gracias por acercarte a verme. Nos vemos pronto, preciosa.

Esta última palabra la dice casi como un suspiro y una vez más me transporta a él, cosa que anulo de mi mente al momento. Se duerme al instante y me quedo un rato sentada a su lado cogiéndola de la mano y transmitiéndole todo mi apoyo. En pocas semanas le he cogido mucho cariño. Desde que me sonrió en aquella primera entrevista supe que conectaríamos y se ha mostrado amable y cercana conmigo en todo momento. Me siento afortunada de haberla conocido y de haber trabajado con ella aunque espero no volver a verla por el bufete en mucho tiempo y que consiga encontrar esa calma y esa felicidad que tanto se merece tras tantos años entregando toda su alma en el bufete, llegando a ser una de las mujeres más prestigiosas del país con una larga trayectoria cargada de éxitos profesionales.

XIOMARA, ¿QUIERES...?

54

.....
Esta mañana me han dado una gran noticia: Silvia se ha ido a Bali y ha dicho que tiene billete de ida pero no de vuelta, esa es mi chica. Estoy tremendamente orgullosa de que haya tomado esa decisión y, al recibir su WhatsApp al día siguiente, me ha dejado tan buen sabor de boca que me ha durado toda la semana:

«¿Te puedes creer que aquí las playas, los paisajes, la gente, hasta la cerveza tienen todas ellas un poder curativo? Solo llevo un día aquí y ya me da la sensación de que no querré volver nunca. Las playas son de agua cristalina, con una arena fina cargada de brillo. La gente tiene un rollo *zen* que, aunque me ponga algo nerviosa porque no estoy acostumbrada a tanta tranquilidad y tendré que ir acostumbrándome, creo que pronto será capaz de contagiarme y que conseguirá *mimetizarme* con este entorno tan especial. Cuento con que vengas en unos meses a verme, si no amenazo con volver para traerte secuestrada, tú eliges. No me olvidaré nunca de los meses que compartimos juntas en el bufete. Te deseo éxito en la vida, sea en el bufete o donde tenga que ser. Te dejo que acabo de ver un hombre *madurito* sexy en el chiringuito y creo que voy a tomarme una cerveza mientras alegre aún más las vistas. Deséame suerte en esta aventura».

He reflexionado en varias ocasiones sobre los consejos que me dio Silvia en el hospital. He decidido que voy a tomarme con más calma este trabajo y que voy a esforzarme por sacar tiempo para mí y para hacer cosas ajenas al trabajo.

Viernes tarde, llamo a Ruth para quedar pero me dice que se va de fin de semana con Manu. Me alegro muchísimo por ella aunque una parte de mí se siente algo abandonada. Cada vez nos cuesta más vernos y la echo mucho de menos, aunque sin duda espero que les vaya genial y que tengan *retoñitos cañeros*, porque entre un rockero y una alocada como lo es Ruth... esos retoños serían dignos de ver.

Cuando voy de camino a casa con la idea de hacerme una cena rica y con la intención de darme un homenaje a modo de maratón con una de las series que estoy devorando en Netflix, al llegar al portal me quedo inmobilizada y en estado de shock al ver a un hombre imponente y sexy esperando de forma relajada apoyado en un lateral de la puerta.

—¿Eres tú?

—No sabes las ganas que tenía de verte. ¿Cómo está la abogada más sexy de todo el país? Me alegro mucho de verte, preciosa.

Y así es como mi mundo se resquebraja de nuevo, un tornado se crea en todo mi ser y una sensación de irrealidad se apodera de mi cuerpo y de mi mente. La persona que ha estado más presente en mis sueños durante todos estos meses cobra vida y se muestra en vivo y en directo frente a mí. La cordura vuelve a mí y lo único que puedo hacer es lo siguiente: me lanzo a él y lo abrazo, un abrazo largo y lleno de alivio, haciéndome una vez más recordar esa sensación de hogar, ese olor que me recuerda a tierra mojada, a ausencia de contaminación, ese aroma tan suyo que recuerda a madera y a bosque.

—Déjame que te vea, estás impresionante. ¿Pero se puede saber qué haces aquí? No me creo que seas tú en serio. ¿Quieres subir a cenar? Tenía pensado hacerme algo rico. Mi plan para esta noche iba a ser holgazanear pasando mi viernes noche en modo *streaming*.

—Tengo que reconocer que estoy aquí porque he tenido algo de ayuda. Ruth y yo nos hemos mantenido en contacto estos meses. Me mataba el no saber si estabas bien y no quería molestarte, sabía que necesitabas tu espacio. Ella y Manu me han mantenido informado. No he podido aguantarme ni un mes más sin verte así que aprovechando que este fin de semana Zio no venía a casa, no me lo he pensado dos veces y he decidido venir a hacerte una visita sorpresa. Sé que corría el riesgo de que no quisieras verme pero soy un hombre de emociones fuertes, así que decidí arriesgarme. —No puedo evitar sentirme en una nube, me quedo embobada mirándole y sin pensarlo dos veces le cojo de la mano y le arrastro dentro de mi edificio. No es momento de pararme a pensar y lo único que me apetece es darle un premio a este cuerpo que lleva tantas semanas sin ser tocado, solo dedicado a subsistir rememorando escenas que ahora se me antojan tan lejanas. Me merezco actualizar ciertos recuerdos y ver si los he ido idealizando con el paso del tiempo o si, por el contrario, fueron en su día tan mágicos como los veo a día de hoy en mi imaginación.

Nos sentamos a cenar un tanto incómodos ya que para ambos resulta extraño llevar tanto tiempo sin vernos, y ninguno de los dos sabemos cómo actuar.

—¿Qué tal en ese gran prestigioso bufete? ¿Te tratan bien?

—No hay queja. Me ha costado habituarme al ritmo frenético pero están contentos con mis resultados y poco a poco he conseguido adaptarme.

—Me alegro mucho por ti. Fue el principal motivo de tu vuelta así que me reconforta saber que todo ha ido bien.

—Sí... —Este «sí» ha sonado más falso y más fraudulento que hasta yo misma pongo cara de idiota—. A ver, no ha resultado ser como esperaba y parece que esta profesión ya no me hace tan feliz como años atrás. Es un modo de vida al que tienes que entregarte casi por completo y este sacrificio lo vería como algo temporal, pero vivir entregada a mi trabajo muchos años... la verdad es que me resulta difícil hacerme a la idea.

—Entiendo lo que dices, y creo que se debe a que Galicia te cambió, y la nueva Xiomara ya no tiene las mismas aspiraciones que años atrás. He venido porque quiero proponerte algo.

—¿Ah sí? ¿Vas a abrir sucursal aquí en Madrid y me vas a hacer capataz máxima? —Me resulta tan cómodo estar a su lado. De hecho advierto en él aún más madurez, se ve que volver a tener a su hijo cerca le ha dado un carácter más adulto y más seguro de sí mismo. Me hace feliz ver lo que estos meses han hecho en él. Una pena que él no pueda decir lo mismo sobre mí. Estoy segura de que con esa forma de leerme ya a estas alturas se ha dado cuenta de que esta nueva vida no me está haciendo tan feliz como yo imaginaba que sería. Desde luego sé que no me lo va a decir, es demasiado generoso conmigo para confesármelo.

—Pues seguro que verte en mono de trabajo genera en mí múltiples fantasías pero la verdad es que no tiene nada que ver con eso. He traído una cosa para ti y quiero que la veas. —Se acerca a la cocina y saca de su bolsa una carpeta de cuero. No tengo ni idea de por dónde van los tiros, pero intrigadísima espero con impaciencia para ver de qué trata.

—Como bien te he dicho al llegar hoy me gustan los riesgos, y tengo que admitir que lo que voy a proponerte es la mayor locura que he hecho en toda mi vida, pero asumiendo que puede salir bien o que puede salir rematadamente mal voy a jugar a esta ruleta rusa asumiendo todas las consecuencias, y ¿sabes por qué? Porque me he dado cuenta de que la vida sin ti no tiene sentido. Estos cuatro meses han sido horribles, pero he volcado todas mis fuerzas en jugar mi última carta. Esta carpeta contiene esta última carta, ¿quieres verla? —Mi corazón comienza a desbocarse, no tengo ni la más remota idea de lo que contiene esa carpeta, pero la emoción me embarga y lo

único que ahora mismo quiero saber es lo que tiene en su interior.

—Estás loco ¿lo sabes? No tengo ni idea de lo que me estás hablando pero por supuesto que quiero ver lo que hay ahí dentro.

—Voy a hacer una cosa: te voy a dejar esta carpeta, la vas a abrir cuando me marche. Mañana volveré por la mañana y, sea cual sea tu respuesta entenderé y asumiré la decisión que hayas tomado. Creo que es justo que te deje asimilarlo todo y meditarlo sin que te veas forzada a tomar una decisión en el momento. Creo que no seré capaz de dormir esta noche pero, pase lo que pase, me conformo con tenerte en mi vida a partir de ahora, de cualquiera de las maneras.

Me besa en la sien mientras me acaricia el pelo. Había olvidado esa capacidad tan suya de hacerme erizar toda la piel con tan solo un roce.

Coge su bolsa, me da las buenas noches y ahí me deja, con esa carpeta enigmática que ni en mis mejores presentimientos habría logrado revelarme lo que en su interior podía contener.

UN PEDACITO DE GALICIA PARA MÍ

55

.....
Hace un rato que mis lágrimas han empapado los folios que al fin se han mostrado ante mis ojos. Ya he visto lo que contenía la propuesta que Nico tenía preparada para mí.

En un primer momento no entiendo nada. Al abrir la primera hoja veo un edificio imponente de dos plantas con una gran fachada con piedra robusta y llena de grandes espacios abiertos donde en su día acogieron grandes ventanales. Esta especie de casona muestra una apariencia que deja entrever una especie de antiguo hotel que sin lugar a dudas lleva muchas décadas inactivo.

Lo que veo en la siguiente página es algo que ya empieza a clarificarme el mensaje que Nico está a punto de revelarme: este mismo edificio vuelve a aparecer en la imagen, pero en esta ocasión está lleno de andamios. Varias personas se ven trabajando tanto en la parte inferior como subidos en la planta superior. A su lado hay una imagen del interior de la construcción con un amplio comedor en la parte superior en proceso de reconstrucción. Una parte de mí empieza a atar cabos, aunque la otra se niega a aceptar que Nico haya sido capaz de hacer algo así.

Sigo pasando las páginas de este misterioso dossier y voy viendo cómo este edificio que al comienzo se ve tan en ruinas, poco a poco va cogiendo la forma de un inmueble que aúna los sistemas de construcción más actuales sin obviar lo más valioso de su construcción original. La piedra se ve como nueva tras haberse limpiado con esmero, y en los grandes huecos se han colocado unos ventanales con marcos de madera que hacen de este conjunto un edificio sencillamente delicioso, al más puro estilo Nico.

Al fin veo cómo las piezas del puzle han encajado ante mis ojos. Aquí es donde mis lágrimas comienzan a fluir de forma natural, sin apenas darme cuenta: un cartel luminoso en la parte superior central con unas letras rústicas llenas de vida revelan con toda su magnitud el motivo de todo este dossier: «A Gata Meiga» aparece protagonizando a modo de marco ante este inmueble que con todo ese cariño y ese buen hacer ha sido transformado por y para mí.

El sonido de mi móvil me hace despertar de este aturdimiento y, en modo zombi, lo cojo sin apenas salir de mi ensimismamiento:

«No he sabido encontrar una mejor manera para demostrarte lo que significas para mí. He creado mi propia terapia para sobrellevar estos cuatro meses sin ti, con la esperanza de que algún día estas cuatro paredes estén llenas de amor y de complicidad. Durante estas últimas semanas nos he visualizado en este lugar, juntos, enamorados, cómplices, contagiando con nuestra forma de amar regalando buenos momentos a todos aquellos que quieran disfrutar de tu propia esencia, la de tu familia, la de tu abuela Marina, que de alguna manera me regaló tu presencia y a la que le estaré eternamente agradecido. Solo puedo hacerte esta pregunta y saber que solo tú tienes la llave de mi destino, y que sea cual sea tu respuesta, nunca hará que mis sentimientos por ti cambien, mi preciosa Xiomara. Decidí que tomaras esta decisión en tu soledad, creo que es la mejor manera. Como no estoy ahí contigo quiero que me imagines arrodillándome frente a ti. La pregunta que te voy a formular es sencilla y directa. La respuesta está en tus manos así que, querida Xiomara, ¿quieres asociarte conmigo?».

EPÍLOGO - EL HILO ROJO

.....
Salto de la cama al escuchar la alarma. Sé que fuera hace frío, pero no hay nada que me guste más que salir a correr con Lor. Me pongo mis *leggings*, mi camiseta y mis tenis de correr y bajo las escaleras con mucha emoción, qué ganas tenía de que llegara este día. Adoro nuestras comidas en familia, y hoy va a ser una particularmente especial. Me muero de ganas por verlos a todos.

Lor se hace un poco el remolón y, dándole un premio a base de *galletita*, consigo generarle esa motivación que necesita para salir al exterior. Pongo mi música a todo volumen y, sin pensarlo dos veces, abro la puerta, y con el cronómetro a cero, comenzamos nuestra rutina matutina diaria.

Me detengo y cierro los ojos. Aún me llena de calma el sonido que nos regala cada día la madre Tierra. Este lugar contagia serenidad y esta melodía que la naturaleza entremezcla con la presencia de ríos, montañas, árboles, pájaros, flora y fauna, todos ellos crean el mejor de los lienzos impresionistas con una gran perfección en estado puro. Comienzo a correr aspirando todo el aroma y, una vez más, doy gracias a la vida por haberme devuelto a este lugar, del que no pienso separarme jamás, mientras la vida me lo permita.

Vuelvo a casa cansada pero satisfecha. Al entrar en la cocina veo a un hombre que muestra un torso de infarto al desnudo que, junto con unos pantalones negros holgados con rayas blancas que se ciñen en su cadera marcándole de forma sugerente un trasero prominente y sexy, se vuelve hacia mí y me regala la sonrisa más sensual de la historia.

—Buenos días, portento. ¿Quieres ducharte conmigo? No sé si eres consciente pero he de decirte que eres un pecado para los ojos.

—*Uy uy uy*, veo que mi estudiada vestimenta ha surtido efecto en ti. —Me guiña el ojo y yo, como una colegiala, me derrito ante este seductor que nunca me canso de tener a mi lado—. Dúchate que te preparo un buen desayuno. No sé de dónde sacas las ganas de salir a correr todas las mañanas, con lo bien que se está en cama.

—No todos tenemos la suerte de mantenernos tan esculturales sin hacer nada. Que sepas que una parte de mí te odia por ello. No obstante te diré que me encanta esta rutina diaria. Disfruto de ella cada mañana y sé que Lor también lo hace, así que merece la pena. ¿Preparado para la comida de hoy?

—Aún no me creo que Mariela haya confesado lo que tú y yo ya sospechábamos hace tiempo.

—La verdad que han tardado demasiado en compartirlo con nosotros, pero sin duda es lo mejor que les ha podido pasar.

Me ducho tranquila sabiendo que me espera un buen desayuno abajo, y no me refiero al café, ni al zumo, ni a las tostadas. Llevo más de un año viviendo aquí en Galicia y nunca me he sentido tan plena y tan feliz. Decidimos hace ya unos meses que lo mejor era mudarme aquí a su casa y, poco a poco, haciendo algunos cambios a mi gusto, hemos hecho de este lugar un bonito y acogedor hogar.

Los lunes, martes y miércoles son solo y exclusivamente para nosotros (aunque Nico se centra en que su empresa siga adelante. Pero ha tenido la suerte de delegar en grandes personas que han trabajado tantos años a su lado y que, con suma responsabilidad mantienen la empresa a flote siendo empleados fieles e implicados, tratando su negocio como si fuera de ellos mismos. Además Nico se preocupa siempre por los suyos y procura mantenerlos satisfechos a nivel económico y a

nivel horarios, sin caer en la explotación de miles de horas). Intercalamos todo esto con su paternidad, pudiendo ver a Zio con total libertad durante estos tres días. Desde el primer momento Zio me ha acogido como una más de la familia. Mariela también ha sido comprensiva y no ha visto en mí a una rival. Hemos encontrado el entendimiento y yo siempre procuro mantenerme al margen con respecto a su educación, sin jamás involucrarme a nivel maternal, cosa que no me pertenece y que, si dios quiere, algún día llegará a cumplirse. Nico y yo llevamos unas pocas semanas en búsqueda de nuestro propio hijo. No es algo prioritario pero sí que es algo que nos gustaría cumplir. Creo que ambos seríamos unos buenos padres.

Durante los jueves, viernes, sábados y domingos nos entregamos a A Gata Meiga. Nos hace felices compartir este lugar y trabajar juntos. Hacemos un gran equipo y hemos creado una clientela fiel y cercana al más puro estilo de su alma mater madrileña, pero con ese carácter rústico inmerso en una zona tan privilegiada como lo es la zona más rural de Pontevedra, en esta montaña profunda llena de paisajes envidiables.

Hoy hemos cerrado el restaurante para hacer una comida familiar. Celebramos algo muy importante para mí y es que mis padres, tras su merecida jubilación, han decidido traspasar su *tapería* y hace tan solo una semana se han mudado a la casa de mi abuela Marina. Nico la ha restaurado con mucho cariño y, una vez más, ha dado vida y modernidad sin perder su esencia centenaria haciendo de esta casa un lugar acogedor.

Nico y yo preparamos la mesa y organizamos todo el comedor juntos. Nuestra cocinera se ha animado a venir y a preparar sus platos más sabrosos. Ha cocinado durante la mañana mientras nosotros dejábamos todo listo. Ella entró a trabajar desde el primer día y aún permanece con nosotros por lo que ya es una más de la familia. Incluso su marido y su hijo se han animado a venir a comer.

Pulpo a la gallega, mariscos varios, empanadas típicas del lugar, embutido, tortillas que ha traído mi madre y que tanto furor crean allá donde van, risas, música, alboroto generado por conversaciones animadas... Miro a Nico y ambos sonreímos. Creo que los dos somos conscientes de que todo ha salido bien desde hace ya más de un año cuando con algo de vértigo rompimos con todo y decidimos arriesgarnos. El resultado es nuestra mayor recompensa.

Miro a Ruth y a Manu y ahí siguen como siempre, besándose y metiéndose mano delante de todos sin vergüenza alguna, cualquier excusa es buena para toquetearse por debajo de la mesa.

En frente de mí veo al pequeño Zio, que pronto se convertirá en un hombrecito y que, junto a su madre, refleja el rostro de un chico feliz que tiene una vida completa disfrutando de su padre y de su madre a partes iguales. Ahí está Mariela, también enfrente de mí. Al igual que yo fue una mujer que perdió el brillo en su mirada. Hoy por hoy ese brillo está en su pleno apogeo, y el motivo es él.

Jagger la coge de la mano y la mira con dulzura. No hace falta ser muy observador para darse cuenta de que están enamorados. Para él fue muy difícil dar el paso. En cierto modo sentía como que traicionaba a su mejor amigo, pero sin duda Nico se sintió feliz y aliviado al saber que la madre de su hijo había encontrado a un buen hombre, y así se lo hizo saber dándoles su innecesaria bendición, pero que para Jagger fue tan importante. Su fidelidad como amigo prevalecía ante todo lo demás.

Isabel está hablando de forma animada con mi madre. Desde luego mi madre también tenía medio corazón siempre en estas tierras, al fin ha cumplido otro de sus sueños, vivir aquí, y cerca de su hija.

Catorce personas compartiendo una comida, y ninguna es consciente (ni siquiera nosotros) de

que una futura vida comienza a crecer en mi interior. Y es que un pequeño Durán se está formando dentro de mí.

«Cuenta una leyenda oriental que las personas destinadas a conocerse están conectadas por un hilo rojo invisible. Este hilo nunca desaparece y permanece constantemente atado a sus dedos, a pesar del tiempo y la distancia.

No importa lo que tardes en conocer a esa persona, ni siquiera importa el tiempo que pases sin verla o si vives en la otra punta del mundo: el hilo se estirará hasta el infinito pero nunca se romperá. Su dueño es el destino».